

EL ÉTER, DIOS Y EL DIABLO

Wilhelm Reich

INDICE:

| | Nº pág. |
|--|----------------|
| I El laboratorio del funcionalismo orgonómico | 2 |
| II Los dos pilares del pensamiento humano: “ DIOS ” y el “ ÉTER “ | 7 |
| III La sensación de órgano en tanto que instrumento de estudio de la naturaleza | 22 |
| IV Animismo, misticismo, mecanicismo | 33 |
| V El reino del Diablo | 53 |
| VI La energía orgón cósmica y el éter | 61 |

NOTA: Faltan algunos folios en los apuntes traducidos, son los siguientes:

Cap. II. Faltan los folios en las páginas 11, 18 (dos), 19 y 21

Cap. IV. Faltan los folios 1 y 2 (Pág. 33)

Cap. V. Falta el folio 3 (Pág. 56)

Cap. VI. Faltan los folios 6 y 7 (Pág. 67)

"Orgonomic Functionalism, Part I: Ether, God & Devil", Annals of the Orgone Institute (Editor Wilhelm Reich; Orgone Institute Press, New York), vol. II (1949), (partially reprinted in 1960b; reprinted in ETHER, GOD & DEVIL / COSMIC SUPERIMPOSITION; Farrar, Straus & Giroux, NY,1973).

CAPÍTULO I

EL LABORATORIO DEL FUNCIONALISMO ORGONÓMICO

El descubrimiento de la energía orgón cósmica ha podido ser realizado gracias a la aplicación consecuente de la técnica de deducción funcional. Los actos sometidos a un control metodológico riguroso han conducido, mediante el examen continuo de una serie de hechos, en el espacio de veinticinco años, a la elaboración de una imagen unitaria de la función natural poniendo en relación hechos en apariencia muy distantes unos de otros, imagen que hoy –en 1947– afronta el estudio del mundo bajo la forma del sistema todavía incompleto de la "Orgonomía". Es pues indispensable describir primeramente la técnica de razonamiento funcional.

Es siempre ventajoso presentar a los estudiantes serios del dominio de las ciencias naturales no únicamente los frutos de la investigación, sino iniciarlos también en los secretos del laboratorio donde el producto se elabora al precio de inmensos esfuerzos. Es un error en materia de comunicación científica el exhibir –como en una galería de arte– únicamente los productos bien acabados e irreprochables de la investigación científica. Tal exhibición solamente de los productos acabados comporta numerosas desventajas y peligros tanto para el creador como para los utilizadores. El creador estará tentado de poner delante la perfección y pureza de su producto disimulando lagunas, incertidumbres y contradicciones desagradables. Haciendo esto, falseará el sentido de la investigación auténtica. Por su lado, el utilizador no se dará cuenta del rigor y la austeridad de las exigencias que afronta el investigador cuidadoso de desvelar y describir de una manera "útil" los enigmas de la naturaleza. No aprenderá nunca a participar activamente en el pensamiento y en los esfuerzos de formulación lingüística del investigador. Pocos automovilistas se hacen una idea exacta de la categoría de los esfuerzos humanos, de la complejidad de las operaciones mentales y manuales que implica la fabricación de un automóvil. Nuestro mundo sería más vivible si los beneficiarios del trabajo del prójimo estuviesen mejor informados del "proceso" del trabajo y de la vida práctica de los trabajadores, y no tuviesen el hábito de recoger con indolencia los frutos del trabajo de otros.

En materia de orgonomía, es particularmente importante presentar algunos aspectos del trabajo de laboratorio: en efecto ha habido en ello siempre superabundancia de actividades y de datos observables. Superabundancia de hechos, de relaciones nuevas; era necesario corregir visiones superadas y erróneas, reconsiderar entre ellas las diferentes ramas de la investigación científica especializada. Por este hecho, a menudo he tenido que defenderme del reproche de no imponerme límites, de haber emprendido demasiado a la vez. En realidad, no me he dedicado a demasiadas actividades a la vez, no he alimentado ambiciones científicas excesivas. Nadie ha padecido tanto como yo de la "superabundancia" de material. No he ido nunca a la caza de los hechos, sino que son los hechos y las relaciones las que se han impuesto a mí de manera imperativa. He tenido mucho cuidado en observarlos correctamente y en valorarlos. Aunque observaciones de gran trascendencia han sido perdidas en el camino, y otras no han podido ser explicadas, la parte esencial y fundamental del descubrimiento de la energía cósmica está asegurada de tal manera que otros podrán finalizar el edificio que no he podido terminar yo mismo. La superabundancia de hechos y relaciones nuevas, y más especialmente las vinculaciones del animal humano con su universo, se explican ahora muy cómodamente.

¿Cristóbal Colón ha descubierto New York, Chicago, las pesquerías del Maine, las plantaciones del Sur de los Estados Unidos, las grandes barreras, las riquezas naturales de la costa occidental?. No, él no es quien ha descubierto todas esas cosas, no las ha construido ni imaginado en detalle. El simplemente ha descubierto una banda costera de la cual los Europeos de su tiempo ignoraban la existencia.

El descubrimiento de esta banda costera fue la llave de todo lo que, en el transcurso de algunos siglos, iba a convertirse en América del Norte. La gran proeza de Cristóbal Colón no ha sido la

edificación de los Estados Unidos de América sino su victoria sobre innumerables prejuicios y obstáculos que hacían difíciles la preparación y la puesta en marcha de su expedición, el desembarco en una playa desconocida y peligrosa.

El descubrimiento de la energía cósmica se ha realizado en condiciones análogas. En verdad no he hecho más que "un sólo descubrimiento": el de LA FUNCIÓN DE LAS CONVULSIONES ORGÁSTICAS DEL PLASMA. Ella ha sido esa banda costera a partir de la cual todo se ha realizado. Vencer los prejuicios humanos a nivel de la emoción biopsíquica que preocupa tanto a los hombres ha sido, en comparación, bastante más difícil que observar los biones, o el hecho tan simple como evidente de que la biopatía del cáncer es debida a la atrofia y a la degeneración del aparato vital. —¿Cuál es la cosa más difícil? La que te parece más fácil: ver con tus ojos lo que se encuentra delante de tus ojos—, dice Goethe.

No es la existencia y el funcionamiento del orgón lo que me ha sorprendido, sino el hecho de que durante veinte siglos se le haya ignorado o intentado, por medio de discusiones sin fin, negar la evidencia, cuando investigadores al corriente de los fenómenos de la vida lo han percibido y descrito. Existe no obstante una diferencia entre el descubrimiento del orgón y el de América: la energía orgón funciona en cada ser humano y ante los ojos de todos. En el caso de América se ha necesitado ir allí para descubrirla.

Una parte de mi trabajo de laboratorio consistió en poner en claro las razones por las cuales los humanos en general y los sabios en particular rechazaban "por principio" el fenómeno de la convulsión orgástica. Otra tarea me aguardaba que no marchaba sin remover mucho barro y levantar mucho polvo: se trataba en efecto de sentir, de comprender, de superar el odio implacable que emanaban tanto mis amigos como mis enemigos al respecto de mis investigaciones sobre el orgasmo. Estoy convencido de que muchos científicos se habrían dedicado a la biogénesis, a la cuestión del éter, a la función vital, a la naturaleza humana, si esos problemas fundamentales pudiesen ser aprehendidos de otro modo que por el de las convulsiones orgásticas del plasma.

Habiendo conseguido, a despecho de todos los obstáculos y de las actitudes hostiles, profundizar durante tres decenios en ese problema central, adueñándome del mismo, tomando como punto de referencia una función natural "fundamental", me di cuenta poco a poco que había trascendido el marco mental de la estructura caracterial del hombre tal como existe en nuestros días y traspasado la civilización de esos cinco últimos milenios. Sin querer, me encontraba fuera de sus límites. Me arriesgaba pues a no ser ya comprendido, incluso exponiendo hechos y vínculos muy simples y fáciles de verificar. Me veía inserto en un dominio mental nuevo, desconocido, se trataba de explorar antes de avanzar más lejos. Mi desorientación en ese dominio mental nuevo, funcional, y en contradicción con el pensamiento místico–mecanicista de la civilización patriarcal, se ha efectuado en el espacio de catorce años, entre 1932 y la redacción del presente estudio, en 1946–47.

Se reprocha a menudo a mis escritos ser demasiado densos, de exigir demasiado gran esfuerzo mental a mis lectores. Se pretende querer juzgar un libro importante como se juzga un bello paisaje, que se contempla a paso moderado en un vehículo confortable. Se rechaza ir directamente al grano a una velocidad vertiginosa.

Estoy de acuerdo en que habría podido exponer "La Función de Orgasmo" en mil páginas, en lugar de trescientas, que habría podido presentar la orgonterapia de la biopatía del cáncer en quinientas páginas en lugar de cien. Estoy de acuerdo también de que no me he tomado la molestia de familiarizar al lector de mis textos con mis métodos de pensamiento y de investigación, gracias a los cuales, he podido llegar al descubrimiento de la orgonomía. Ello ha podido causar bastantes daños. Puedo invocar como excusa que he puesto en circulación, en el curso de los últimos decenios, varios dominios científicos que se trataban de presentar bajo una forma sucinta y clara a fin de no perder el contacto con el desarrollo de mis investigaciones. Sé muy bien que he creado solamente los cimientos y el armazón del edificio, que las ventanas,

puertas, instalaciones importantes todavía ocasionan privación por más que ofrezca todavía muchas comodidades.

Pido al lector aceptar como excusa el carácter de novedad absoluta de una investigación de un género fundamentalmente diferente a todas las otras. Me he visto en la obligación de acumular rápidamente datos científicos de allí donde los encontraba; me he dedicado a ello durante breves períodos de calma entre seis cambios de domicilio que fueron necesarios en parte por circunstancias pacíficas, en parte por intervenciones malévolas. He necesitado además asegurarme las bases de mi existencia material, primeramente en 1930 en Alemania, después en 1933 en Copenhague, en 1934 en Suecia y en Noruega, en 1939 en los Estados Unidos. Retrospectivamente, me pregunto cómo he podido, en tales condiciones, elaborar a menos lo esencial. Durante dos decenios, he vivido como el pájaro sobre la rama. Constituía todo ello un conjunto de circunstancias incompatibles con una atmósfera de confort; así pues, sin una atmósfera de confort y de trabajo científico es imposible redactar comunicaciones amplias y detalladas. Hecho de menos en cambio el reproche de haber alarmado al público insertando en el título de mi obra la palabra orgasmo. No hay el menor motivo para sentir vergüenza de esa función. En cuanto a las personas que se ofuscan, no tienen más que cerrar libro. Nosotros en tanto que científicos no aceptamos que se fijen límites a nuestras investigaciones.

Emprendiendo la redacción de la presente obra, he tomado la resolución de suministrar al lector los adornos y los detalles que he debido hasta aquí de privarle como me los privaba a mí mismo. Espero que no se me reprochará esta vez por haber tomado demasiado en serio mis investigaciones concediéndoles tanto espacio.

Siendo dado que la naturaleza forma un conjunto en el cual todas las partes dependen, de alguna manera, unas de las otras, el funcionalismo orgonómico resulta ser un campo prácticamente inagotable. Fueron esencialmente las realizaciones humanas y científicas del siglo XIX y del comienzo del XX las que, refundidas al crisol de mis investigaciones y de mis estudios científicos, desembocaron en esta cosa viviente que, ha llegado a ser finalmente el funcionalismo energético. Se presentaba así bajo una forma práctica u útil.

Si es verdad que la técnica de razonamiento funcional es descrita aquí mismo por primera vez en tanto que sistema, no ha sido menos empleada de forma más o menos consciente por muchos investigadores antes de haber podido superar, bajo la forma de la "orgonomía", todas las barreras rígidas entre las diferentes ciencias de la naturaleza. Es aquí, nos parece, donde conviene citar los autores hacia los cuales hemos contraído una deuda de reconocimiento: Coster, Dostoyevski, Albert Lange, Friedrich Nietzsche, Lewis Morgan, Charles Darwin, Friedrich Engels, Semon, Bergson, Freud, Malinowski y otros.

Diciendo más arriba que me he encontrado transplantado en un nuevo dominio del pensamiento no entendía implicar que el funcionalismo energético me haya aguardado enteramente estructurado o que hubiese podido apropiarme la técnica de pensamiento de un Bergson o de un Engels y aplicarla sin adaptación al problema que me preocupaba. La puesta a punto de un técnica de pensamiento formaba parte del trabajo que me imponía mi lucha en tanto que médico e investigador contra la interpretación mecanicista o mística de los fenómenos vivientes. Al contrario de lo que se imaginan algunos de mis amigos, no he desarrollado una filosofía nueva capaz de aprehender, compartiendo o colaborando con otras filosofías de la vida, el dominio de lo viviente. De hecho no se trata en absoluto de una filosofía. Se trata de un nuevo instrumento de pensamiento con el cual deberán familiarizarse todos aquellos que deseen explorar o manipular la materia viviente. El funcionalismo orgonómico no es pues un objeto de lujo que uno puede ponerse o quitarse a su antojo. Resume las leyes del pensamiento y las funciones de percepción de las cuales es necesario hacerse dueño si se quiere dar a los niños y a los jóvenes una visión positiva de este mundo; si se quiere restablecer la armonía entre el animal humano, su constitución natural y la naturaleza circundante. Es perfectamente posible rechazar tal objetivo por razones filosóficas o religiosas; se puede afirmar fundándose en un razonamiento puramente filosófico que la armonía entre la naturaleza y la civilización es imposible, nociva, antiestética o de poco interés. Pero nadie podrá levantarse y pretender que la disociación del

animal humano en un ser cultural y ser privado, un ser oficial y un ser personal, en un representante de los valores superiores y un sistema de energía orgonótica, no mina, en el sentido propio del término, su salud, ni disminuye su inteligencia, ni destruye su alegría de vivir, ni apaga su espíritu de iniciativa, ni precipita sin cesar la sociedad en el caos. La protección de la vida presupone la brújula del pensamiento funcional (oponiéndose al pensamiento mecanicista o místico), lo mismo que la seguridad en ruta exige impecables frenos y una señalización bien adecuada.

Hago aquí profesión de fe en favor del "orden de la libertad" más rigurosamente científica. La cuestión de saber si un niño de cuatro años vive sus primeras emociones genitales en la angustia o sin ella no atañe ni a la filosofía ni a la moral, sino a la seguridad del funcionamiento social. No se puede emitir en tanto que médico, educador o administrador social más que un único dictamen, y no cinco, sobre las fantasías sádicas o lúbricas que un o una adolescente desarrolla bajo la constricción del moralismo. Impedir por todos los medios que millares de mujeres perezcan de cáncer de útero por haber sido educadas en la continencia, porque miles de cancerólogos rechazan admitir la evidencia o no osan proclamarla por pusilanimidad social, no es un problema filosófico sino una "necesidad" social y personal. Una filosofía que se obstina en preconizar la represión de las funciones vitales de los niños y adolescente es una filosofía asesina.

Cuando se investiga en los orígenes y las innumerables ramificaciones de la formación de la opinión pública, se desemboca siempre en las antiguas filosofías clásicas de la vida, del Estado, de los valores absolutos, del espíritu del mundo. Filosofías adoptadas sin examen crítico por una época en que esas mismas filosofías anodinas han precipitado en el caos que ha hecho perder al animal humano su reorientación, el sentido de su propio valor y que ha vaciado su vida de todo significado. No se trata pues de filosofías sino de utensilios prácticos y decisivos que permitan remodelar la vida humana; se trata de escoger entre los buenos y los malos utensilios para la edificación y la reorganización de la sociedad humana.

Así, pues, un utensilio no podría cumplir por sí sólo algún trabajo. Son los animales humanos vivientes quienes inventan útiles con el fin de adueñarse de la naturaleza. Es la estructura caracterial del hombre la que determina las cualidades del utensilio y los objetivos al servicio de los cuales será empleado.

El hombre acorazado, fijado en su rigidez mecanicista, produce pensamientos mecanicistas, crea útiles mecanicistas y se hace una idea mecanicista de la naturaleza.

El hombre acorazado que siente sin comprenderlas, las emociones orgonóticas de su cuerpo a pesar de su rigidez biológica, es un místico. No se interesa por las cosas materiales, sino por las cosas espirituales. Elabora una ideología mística, sobrenatural de la naturaleza.

El hombre mecanicista y el hombre místico evolucionan ambos en el interior de los límites y de las leyes mentales de su civilización marcada por el estigma de una mezcla confusa de máquinas y dioses. Es esta civilización la que produce las estructuras mecánico-místicas de los hombres, y son las estructuras caracteriales mecánico-místicas quienes reproducen la civilización mecánica y mística. Los mecanicistas al igual que los místicos se sitúan en el interior del marco preestablecido de la estructura humana de la civilización mecánica y mística. Son incapaces de comprender los problemas fundamentales de esta civilización puesto que su pensamiento y su visión del mundo corresponden exactamente a la situación que reflejan y reproducen continuamente. Piénsese en la lucha sangrienta entre Hindúes y Musulmanes en el momento de la partición de la India, respecto a los efectos del misticismo. Piénsese en la era de la bomba atómica y se captará la verdadera naturaleza de la civilización mecanicista.

El funcionalismo orgonómico se sitúa desde un principio fuera del marco de la civilización mecánica y mística. No ha nacido del deseo de minar esta civilización. Así pues no es "a priori" revolucionario. El funcionalismo energético representa una técnica mental del HOMBRE EN TANTO QUE SER VIVIENTE, "desprovisto de su coraza" y que ha mantenido el contacto con la

naturaleza en sí mismo y fuera de sí mismo. "El animal humano viviente actúa como todo animal de manera funcional; el hombre; el hombre acorazado actúa de manera mecánica y mística. El funcionalismo energético es una manifestación vital del animal humano no acorazado, un instrumento que le sirve para aprehender la naturaleza". Este método de pensamiento y de trabajo se convierte en motor de la evolución social por el hecho mismo de que valora, critica y modifica la civilización mecánica y mística desde la perspectiva de las leyes naturales de la materia viviente y no desde la perspectiva del Estado, de la Iglesia de la economía, de la cultura, etc.

Siendo dado que la materia viviente es, en el marco mental de las estructuras caracteriales mecánicas y místicas, mal comprendida, mal tratada, reducida y a menudo perseguida, resulta que el funcionalismo energético se sitúa fuera del ámbito social de la civilización mecanicista. Por tanto cuando se encuentra en el interior de ese contexto, está obligado a abandonarlo para funcionar. Funcionar quiere decir en este nuevo contexto explorar "lo viviente en tanto que fuerza natural, aprehenderlo y protegerlo". Desde sus orígenes, la biofísica del orgón había adquirido la convicción de que la materia viviente se limita a funcionar, que el funcionamiento viviente es la esencia misma de la vida, que no tiene ningún fin, ni ninguna significación trascendente. La búsqueda de un fin significativo de la vida ha nacido de la coraza del organismo humano que abolió el funcionamiento viviente y los sustituyó por fórmulas vitalistas rígidas. El ser viviente no acorazado no busca descubrir un sentido o un fin a su existencia por la sencilla razón de que funciona espontáneamente, según un esquema sensato y significativo, sin el menor imperativo moral.

Las vinculaciones entre métodos de pensamiento, estructuras caracteriales, limitaciones sociales, son simples y lógicas. Explican porqué todos los humanos que, de una manera o de otra, han comprendido verdaderamente la vida se encuentran marginados "fuera" de las leyes mentales que rigen desde hace milenios la sociedad humana. Porqué han sufrido y perecido. Allí donde parecían imponerse, se constata que los defensores acorazados de la civilización mecánica y mística habían despojado al elemento viviente de su doctrina de todo aquello que le daba originalidad, con el fin de reintegrarlo en un marco de pensamiento tradicional mediante un esfuerzo de empalago y adaptación. Volveremos más en detalle sobre la cuestión. Nos basta señalar aquí que el pensamiento funcional se sitúa fuera del marco de nuestra civilización porque está inexplorado, incomprendido, y causa miedo.

CAPITULO II

LOS DOS PILARES DEL PENSAMIENTO HUMANO: DIOS Y EL ÉTER.

Quienquiera que estudie dentro de mil o cinco mil años la evolución de la sociedad humana constatará sin duda que nuestra época, el siglo XX marca un giro esencial en la orientación del hombre. Desligado de las alteraciones emocionales de nuestro tiempo, con una visión imparcial, distinguirá en sus grandes líneas los extravíos del animal humano. Es posible que distinga también sus primeras y débiles tentativas por dirigir sus pasos hacia los tiempos nuevos. El punto de vista a partir del cual el animal humano considerará y juzgará su historia y su presente será la doctrina de la "vida". Someterá a la crítica histórica todo aquello que hoy, y en el transcurso de los seis milenios pasados, ha dictado al animal humano sus formas de existencia. Lo que hoy se encuentra en el "exterior" de nuestra civilización servirá, si mi técnica de pensamiento funcional se demuestra exacta, de criterio del pasado (N. T. me parece una contradicción de la traducción francesa, entiendo que debería decir "de criterio en un futuro", o "de crítica del pasado"). No hay aquí una profecía sino una deducción lógica. Pues si es verdad que las filosofías de la vía mecanicista y mística han contrarrestado, cada una a su manera, los fundamentos vivientes del animal humano, si es verdad que el mecanicismo y el misticismo en tanto que métodos de razonamiento derivan ambos de la "negación de la vida", es verdad también que su hundimiento seguirá inevitablemente al descubrimiento de la vida. Desde hoy es manifiesto que el mecanicismo como la metafísica han encallado lamentablemente como instrumentos de la existencia humana.

Es una regla de la evolución que los sistemas de pensamiento erróneos persisten en tanto que su desmoronamiento no ha conducido a la puesta a punto de otros métodos mentales susceptibles de tomar a su cargo el destino humano. Para que los sistemas de pensamiento en quiebra hagan nacer pensamientos vivientes susceptibles de asegurar la existencia del animal humano, es necesario que esos sistemas hayan sembrado antes la miseria y la masacre. Cuando un organismo agoniza, su función vital se defiende mediante potentes convulsiones, las convulsiones de la muerte, contra la detención de las funciones de la vida. Igualmente la sociedad se defiende contra el ahogo al cual la exponen los sistemas de pensamiento erróneos, por medio de sistemas de pensamiento nuevos que, a la luz de las ideas predominantes, pueden parecer revolucionarios o fundamentalmente nuevos; al mirarlos más de cerca, se trata de tentativas desesperadas de reanimar ideas "muy antiguas" que no habían podido imponerse o que la masa de hombres perezosos de espíritu había dejado estériles. La energía que actúa en las convulsiones de un animal agonizante no es una energía esencialmente nueva, «extraña», no es una energía traída del exterior; es la energía vital habitando el organismo que le ha propulsado y le ha permitido gozar del amor. De la misma manera, las formas de pensamiento calificadas por error de radicales o de revolucionarias y que, en tiempos de crisis, preparan los nuevos órdenes sociales, no son ni de instauración ni de nueva invención; en realidad, se las puede encontrar remontándose a los orígenes de la organización humana. Se puede incluso constatar que son en general mucho más antiguas que los sistemas de pensamiento que intentan a menudo en vano suplantarlo. Esta observación se aplica tan efectivamente al pensamiento mecanicista como al pensamiento místico. Reencontramos los postulados de la materia viviente en los sistemas de pensamiento antiguos en varios milenios, obra de los fundadores de las grandes religiones asiáticas, del hinduismo y del brahmanismo, en los orígenes de la religión cristiana, en los comienzos del pensamiento científico de la antigüedad.

La posición del ser humano en el dominio biológico no es pues "nueva", no se trata de instaurarla. Al contrario es la posición "más antigua" del pensamiento humano, estaría tentado a decir: la más conservadora. Lógicamente se impone la cuestión de saber porque esta posición tan antigua ha estado siempre afectada de una impotencia manifiesta, porque ha dejado vía libre a otros sistemas de pensamiento que no han cesado de empujar a la humanidad hacia el abismo. Uno se sorprende y el observador que vivirá dentro de cinco mil años se sorprenderá de que los sistemas de pensamiento antibiológicos hayan podido, a despecho de su crueldad y de su

esterilidad, mantenerse durante tanto tiempo y atormentar a la humanidad. Haciéndose tales preguntas, sin duda se da prueba de un espíritu lógico que merece que se le aporte una respuesta. ¿Pero la respuesta es posible?

Lo que quisiera hacer aquí, es poner algunos jalones del marco general en el interior del cual se sitúa el objeto de nuestro estudio. En la época en que abordaba la tarea de hacer el recuento de los principios de técnica mental sobre los cuales se basa la orgonomía, afrontaba un penoso dilema:

La orgonomía es la teoría de las leyes funcionales de la energía cósmica. Para clasificar la materia, dos vías se presentaron a mi elección: una era la vía académica, "desinteresada"; la otra la vía humana, la vía comprometida. ¿Comprometida al servicio de qué? En primer lugar al servicio de la exactitud de las observaciones, de los datos y de las relaciones científicas. Necesitaba describir y definir ciertas funciones naturales hasta aquí desconocidas. Procediendo a ese trabajo importante, me tropezaba continuamente con una cuestión embarazosa que se enunciaba así: ¿"Porqué el hombre se ha extraviado de manera tan grave, tan catastrófica, tan obstinada elaborando, a través de milenios, sistemas científicos, filosóficos o religiosos"?

El escepticismo científico es una actitud necesaria y justificada. Nosotros en cuanto hombres de ciencia somos por nuestro oficio incrédulos, pues sabemos que el hombre se equivoca, que sus impresiones son poco seguras, que el margen de sus apreciaciones erróneas es inmenso.

Uno puede sin embargo preguntarse a sabiendas si el hombre debe necesariamente equivocarse. Si el error humano está racionalmente fundado. "si todo error es necesario y racionalmente fundado".

Examinando cuidadosamente las fuentes del error humano, se las puede clasificar en varios grupos netamente delimitados:

Las lagunas del conocimiento humano sobre la naturaleza son la causa de numerosos errores. Los errores de la medicina antes del descubrimiento de la anatomía del cuerpo y de las enfermedades infecciosas eran errores inevitables. Pero uno puede preguntarse si las amenazas lanzadas contra los primeros exploradores de la anatomía animal eran también errores inevitables.

La idea de que la tierra estaba inmóvil era un error inevitable derivado de nuestra ignorancia de la naturaleza. ¿Pero la ejecución por el fuego de Giordano Bruno y el encarcelamiento de Galileo eran también errores inevitables?

Haciéndonos la pregunta no descubrimos ningún móvil racional, comprensible que explicaría la ejecución de Bruno y de otros malhechores de este género; es necesario pues profundizar la materia. La explicación de que siempre ha sido así no es una explicación, sino una prueba de pereza de espíritu.

Cuando el animal humano concibe una visión errónea de la naturaleza, edifica un sistema de pensamiento objetivamente inexacto pero intrínsecamente coherente en vistas a explicar los fenómenos incomprendidos. La lógica "interna" de los sistemas de pensamiento inexactos puede compararse a la consistencia y a la coherencia internas de un fantasma paranoide. El sistema de pensamiento social erróneo comporta al igual, como el fantasma, una referencia a la realidad. Pero en ambos casos, el pensamiento pierde, en determinados momentos el contacto con la realidad objetiva y desarrolla una lógica del error interna y específica.

Nos damos cuenta de que el pensamiento humano no puede exceder, en cada situación dada, un cierto límite. Pero no se comprende porque la inteligencia humana no se conforma y dice: "Es el límite actual al que llega mi comprensión. Esperemos que una perspectiva nueva venga a abrir nuevos horizontes". Esta sería aquí una forma de pensamiento racional, comprensible, útil. Así pues, quedamos sorprendidos al constatar en este punto preciso la transformación de un comienzo de pensamiento racional en ilusión irracional. El irracionalismo y la ilusión se caracterizan por la intolerancia y la crueldad de las que se convierten en mantenedores. La observación nos muestra que los sistemas de pensamiento se acompañan de un espíritu de tolerancia en tanto que quedan en contacto con la realidad. Cuanto más el proceso mental se

aleja de la realidad, mayor intolerancia y mayor crueldad son necesarios para asegurar su permanencia. No se podría explicar esta actitud por la constatación de que "el hombre está hecho así". Eso no es una explicación; más bien al contrario, la obstinación en repetir esta respuesta delata siempre una intención profunda. Intentemos traslucirla.

Los nuevos sistemas de pensamiento tienen por función superar los errores de las doctrinas antiguas. Tienen su raíz, como sabemos, en las contradicciones de un pensamiento deficiente, que va a la deriva con respecto a la realidad.

El hecho de que el nuevo pensamiento esté extraído de un medio infestado de pensamientos erróneos conduce a la introducción de fuentes de error en el sistema nuevo. Esto se desarrolla en el antiguo edificio mental concebido, a despecho de sus errores, según una lógica interna. El espíritu innovador está socialmente ligado a su tiempo. Hay aquí otro factor que entra en juego: el pionero no se siente en absoluto empujado a abandonar un sistema de pensamiento erróneo pero en suma muy confortable. Tiende a que se le comprenda su viveza, le repugna situarse completamente fuera del marco mental tradicional. Es porque su sentido crítico pierde rigor, que adopta conceptos inexactos o arropa sus innovaciones en términos caducos e inutilizables. La aportación nueva es demasiado frágil, demasiado insegura para imponerse verdaderamente. El sistema de pensamiento erróneo al que combate goza del favor de muchedumbres, de honores oficiales; se apoya en la organización y la autoridad.

Para ilustrar nuestro pensamiento citemos rápidamente la lista de los grandes errores humanos que han marcado el estudio de la naturaleza.

El gran revolucionario de las ciencias, Nicolás Copérnico, ha elaborado su sistema de pensamiento examinando a la luz de su crítica el sistema de Claudio Ptolomeo. Pero adoptó de Ptolomeo la idea de que el universo tenía un centro inmóvil, reemplazando la tierra por el sol. Retomó también de su predecesor la idea de un universo "perfecto", lo que, en esa época, implicaba la noción de "círculo" y de "movimiento" uniforme. La idea de «perfección» transplantaba en el esquema nuevo la idea de lo «divino». Este error ha persistido a través de los siglos. Se apoyaba en tres conceptos erróneos: lo «perfecto», lo «divino», lo «inmóvil».

Si uno se pone a la búsqueda de una motivación razonada de uno de los tres elementos de ese sistema de pensamiento, no se encuentra ni un solo hecho que hable en su favor. Así pues, este error grandioso bien debe tener una función y un origen.

Képler desarrolló su sistema de pensamiento en el ámbito del esquema copernicano. Transformando la órbita circular de la tierra en órbita elíptica hizo una contorsión al perfeccionismo. Es verdad que no descubrió ningún proceso natural susceptible de imprimir a la órbita de la tierra un trazado elíptico, pero formuló aun tres célebres leyes del movimiento planetario, leyes siempre en vigor. Veremos a continuación que la organometría se ratifica en la ley kepleriana de la armonía, confirmándola y deduciendo los aspectos energéticos. Képler ha hecho igualmente tabla rasa de la uniformidad del movimiento demostrando que los vientos barridos por los rayos vectores yendo del centro del sol al centro del planeta son proporcionales al tiempo empleado para medirlos; dicho de otra manera, la tierra se desplaza más rápidamente en el perihelio o punto de la órbita más próximo al sol que el afelio o punto de la órbita más alejado del sol.

Como veremos más adelante, Képler incluso ha presentido la energía orgón cósmica haciéndose la pregunta de la fuerza responsable de la atracción de la tierra por el sol. Conocía la noción de campo energético, sabía que el sol gira sobre su eje y con él su campo; pero su sol se sostenía todavía inmóvil en el espacio cósmico. Para Képler no estaba animado de ningún movimiento propio, le servía de última referencia al movimiento de la tierra.

El error de la inmovilidad del sol fue corregido a continuación, pero en el plano práctico se continuaba basándose en ella: los cálculos actuales de los movimientos planetarios están siempre fundados en la idea de un sol inmóvil. Sin ella, la ley funcional de Képler, que describe el movimiento de la tierra como una elipse en la cual el sol ocupa uno de los focos, no podría ser aplicada puesto que la elipse es, al igual que el círculo, una figura geométrica "cerrada". Un sol en movimiento en el centro del sistema planetario destruiría lógicamente la idea de órbitas elípticas y

transformaría la órbita de los planetas en figuras "abiertas".

Si tratamos de descubrir la raíz de esos grandes errores, caemos siempre en la noción de "inmovilidad". Se insinúa en todas las representaciones científicas. Incluso Kant, que ha corregido tantos errores de su tiempo, que ha hecho de la función del conocimiento humano objeto de estudio de la naturaleza, no ha podido librarse completamente de la idea de inmovilidad que se ha deslizado en su obra bajo la forma del principio moral, metafísico, ABSOLUTO. Se diría que el pensamiento humano es incapaz de desligarse de lo estático... o que no quiere desligarse. Por todas partes, se descubre la noción de reposo, de inmovilidad, en la vasta marea de movimiento. Ella se ha concretizado en el «polvo cósmico» de la cosmología moderna. Lo inmóvil se identifica con lo absoluto, no está sometido a ningún proceso funcional. La eternidad parece aferrarse a él. ¿Cuál es la significación de todo esto? La futilidad de tales conceptos se impone como una evidencia, antes incluso de que se suministre la prueba: de lo nos encargaremos, por supuesto.

Quien quiera que se apreste a denunciar un error fundamental afectando a todo el pensamiento humano debe preguntarse en primer lugar si las asideras de su propia técnica mental son inquebrantables. La cuestión que se impone es pues saber si hay "seguridades contra errores fundamentales de razonamiento" y de qué naturaleza pueden ser esas seguridades. Nuestro libro, que pasa revista a los principios de razonamiento fundamentales de la organomía, es el fruto de esta autocrítica indispensable. Se puede aquí y ahora aventurar algunos enunciados:

1) Existen principios fundamentales de la técnica de razonamiento de una validez objetiva y controlable.

2) Existe, en la recogida de datos naturales, un desarrollo lógico susceptible de confirmar o de invalidar la técnica de razonamiento puesta en acción. Una teoría no es adecuada más que si desemboca en el descubrimiento de nuevos hechos fundamentales (y no solamente de algunos detalles interesantes de los hechos conocidos).

3) Los fundamentos fácticos de una técnica de razonamiento juiciosa son a la teoría elaborada lo que la base de una pirámide es a su cúspide. Cuanto mayor es el número de hechos lógicamente engarzados entre sí que se corresponden a la teoría, más tiene de certeza esta última. Cuanto más delgada es la base fáctica de la teoría, más frágil es ésta. Es necesario pues rechazar como poco científicas las técnicas de razonamiento donde la teoría es a los hechos como

la base de la teoría es

su cúspide, o que carecen totalmente de base fáctica.

4) El observador debe conocer bien su posición para evitar toda afirmación susceptible de error. Debe saber en qué dominio funcional de la naturaleza se encuentra él mismo, así como el objeto de sus estudios.

5) El investigador se extraviará en la misma medida en que descuidará su propio aparato sensorial y perceptivo. Es necesario que sepa cómo funciona cuando él percibe y cuando él piensa.

Si aceptamos esos criterios de razonamiento juicioso, obtenemos de golpe el acceso a una de las fuentes más importantes del error humano: la ignorancia del aparato sensorial y perceptivo del investigador y del pensador". Dicho de otro modo: todas las técnicas de razonamiento de las cuales se había servido hasta aquí el animal humano comportaban siempre el riesgo de imputar a la naturaleza misma los atributos de la estructura humana, que no se encontraban en el objeto natural considerado. Otro peligro consistía en eludir ciertas funciones de la naturaleza humana desconocidas o vergonzosas, por mucho que formen parte de esa naturaleza.

La ignorancia total de la existencia de la energía cósmica original debe ser atribuida a esa segunda tendencia.

Si digo "ignorancia total de la existencia de la energía cósmica", hablo de "la puesta en evidencia científica" y no de su simple expresión conceptual; hablo de la prueba "efectiva" de su existencia y no de una simple construcción del espíritu desprovista de todo fundamento factual. Esa distinción es importante puesto que cuento precisamente probar que el animal humano ha

tenido conciencia de la existencia de la energía cósmica original desde que escribe la historia. Si insisto en este punto, es porque es importante para la definición de mi propia posición de cara al estudio de la naturaleza.

Decía al comienzo de mi introducción que mis investigaciones y mi técnica de razonamiento me colocaban fuera de los métodos mentales en vigor en la civilización desde hace cinco o seis milenios. ¿Pero "dónde" exactamente? Ello no era fácil de determinar. Cuando descubriendo y describiendo la función del orgasmo me he encontrado en el dominio de las

FALTA UNA PÁGINA

consideradas como entidades preexistentes, metafísicas, jamás indestructibles. La crítica de la moral de la que Nietzsche había trazado el cuadro grandioso había quedado sin ninguna trascendencia social. No se había integrado en el espíritu de su tiempo a igual título que la voluntad y la culpabilidad. Pero había preparado un nuevo paso adelante, en el dominio de la vida psíquica inconsciente que fue aprehendido y explorado por Freud. Observemos a propósito de éstos que la religión eclesiástica se ha servido mucho de la culpabilidad en la conciencia moral, pero que no situaba su anclaje en la conciencia del hombre. Volveremos sobre este punto.

La psicología de las profundidades pone término al carácter absoluto de la conciencia y, por este hecho, a la culpabilidad "consciente", demostrando la dependencia de la conciencia con respecto a la vida psíquica "inconsciente". Pero arrastró como una cadena lo absoluto, la culpabilidad, lo eterno, que traspasó del dominio de la conciencia moral al del inconsciente. En adelante, no eran ya la mala voluntad consciente y la inmoralidad quienes determinaban la culpabilidad humana, sino las PULSACIONES DEL INCONSCIENTE. El niño tomaba la figura de un ser «perverso polimorfo», de una "bestia feroz" que se trataba de domar y de "adaptar" a la cultura. Ese fue el gran error del "segundo" dominio del conocimiento.

El sentimiento de culpabilidad nacido del "inconsciente pernicioso" del hombre domina en nuestros días el pensamiento de amplias capas de público. Cabe dudar, siendo dada la terquedad del animal humano a persistir en el error, de que este no se reproduzca todavía durante siglos. Es ello uno de los rasgos esenciales de este género de errores, que tienen tendencia a aislarse, a invadir un dominio tan vasto como es posible, a erigirse en un dogma bien arraigado a despecho de la ausencia de pruebas. Lógicamente, se podrá hacer ahora la pregunta siguiente: ¿De dónde vienen las pulsiones malvadas? ¿En qué dominio funcional de la naturaleza la racionalidad del pensamiento toma raíz? ¿De qué función de la naturaleza deriva la razón humana tan encomiada gracias a la cual deberá operarse la adaptación del animal «perverso» en el niño pequeño a la «noble cultura»? En psicoanálisis, la razón se presenta, al igual que la pulsión inconsciente, como una institución gigantesca, estática, eterna. No se sabe de donde viene ni a donde va. Este error de la psicología de las profundidades, que ha sido refutado por medio de las experiencias clínicas de la economía sexual, se encuentra agravado por la ignorancia de la mayor parte de los psicoanalistas, que tienen muy poca o ninguna noción de las ciencias naturales en general y de las relaciones entre la psicología y la biosociología en particular. Sacando provecho de la miseria emocional del animal humano, un gran número de psicólogos se atrincheran si no han preferido acantonarse en el antiguo reino de la conciencia detrás de la idea estática de un inconsciente esencialmente perverso y rechazan todo ataque contra este bastión con todos los medios exceptuados los medios científicos.

Hay que decir como he expuesto en detalle repetidas veces que no niego la existencia de una vida psicológica inconsciente perversa. Pero a mis ojos el hombre forma parte del resto de la naturaleza. Es por lo que su maldad se inserta en un sistema funcional más vasto. Como todas las otras funciones naturales, tiene un origen, una razón de ser, un fin.

Poco importa saber si el hombre es en su interior un animal bondadoso o un animal perverso. La teología moral no es nuestro propósito. Lo que nos interesa es el lugar del hombre, con sus pulsiones buenas y malas, en la naturaleza entera de la cual es un fragmento. Esa es la posición de partida de nuestras investigaciones.

Si tratamos de describir con más detalles la «naturaleza» de la que el animal humano forma un fragmento ínfimo, desembocamos en otros dos grandes sistemas mentales, la "sociología" y la

"biología" (III y IV de nuestro esquema). Si adoptamos un punto de vista que se aparte de las opiniones recibidas, la respuesta parece simple: en un tiempo y en un lugar determinados, la materia viviente se ha desarrollado a partir del resto de la naturaleza. En el vasto dominio de la vida se ha diferenciado después de millones de años lo que llamamos hoy la sociedad humana. La sociedad humana es una parcela particularmente diferenciada del dominio de la vida, al igual que ésta es una parcela particularmente diferenciada de la naturaleza. Esta deducción es juiciosa, aunque no sepamos todavía nada de esas dos diferenciaciones y de sus funciones internas. La deducción inversa de que la naturaleza no sería más que una parte del dominio de la vida o incluso del principio social, sería un absurdo. La respuesta es pues simple, casi banal. En tanto que individuo, el hombre está sometido a las leyes de la biología "y" de su entorno social. Esta simplicidad grandiosa de la posición del hombre en la naturaleza ha sido trastornada en el fondo de la prehistoria por la irrupción de una mezcla infernal de conceptos erróneos. El animal humano no ha conseguido hasta la fecha librarse de los mismos; ese tercer gran error costará sin duda en el porvenir tantas víctimas como en el transcurso de los milenios pasados.

Toda ciencia natural auténtica se sitúa "fuera" del ámbito de la vida social existente; aprehende la esencia de la existencia humana en los grandes contextos de la naturaleza. El marco social no concuerda con la posición objetiva del hombre en la naturaleza, sino con las ideas "erróneas" que el animal humano se ha forjado, en el transcurso de milenios, sobre su lugar en la naturaleza.

Ese error monstruoso se explica en gran parte por la incapacidad de la muchedumbre de animales humanos para reflexionar sobre su lugar en la naturaleza y por su tendencia a **casarse** ciegamente con las doctrinas erróneas defendidas por algunos animales humanos, y, lo que es peor, a perseguir y atormentar a aquellos que denuncian el error. La masa no ha traspasado jamás, en el siglo XX, el estadio de la **¿morne , (pobre)?** aceptación de una existencia vegetativa en la cual ha zozobrado desde la irrupción de los grandes errores. Uno puede preguntarse por qué reacciona con una actitud de rechazo odioso a toda revelación sobre los fundamentos de la naturaleza.

Echemos una mirada rápida sobre los rasgos más visibles de los grandes errores. Como nosotros estamos situados fuera del marco de la civilización contemporánea, nos dispensamos de mirar a derecha y a izquierda para ver si lesionamos algunos «intereses» o si herimos algunas sensibilidades personales. Nuestra posición es demasiado solitaria para que podamos permitir a alguien violar nuestra integridad intelectual. Poco nos importa que alguien respalde o no acredite nuestras afirmaciones, puesto que, de todas formas, nada podría perturbar la lógica de nuestras operaciones mentales.

Uno de los errores más manifiesto del animal humano es su tendencia a inferir de su propia naturaleza, de la cual no tiene el menor conocimiento, "la esencia de la naturaleza en general". Esta observación no solamente se aplica a la antigüedad precientífica y a la Edad Media, sino más especialmente al presente. Esto es un error que afecta a los "fundamentos" mismos del pensamiento; siendo dado que el hombre es una parte de la naturaleza y no a la inversa, "no se puede ir más que de la naturaleza al hombre y jamás del hombre a la naturaleza". Cuando incluso se tratase de explorar el aparato de percepción y de pensamiento del animal humano a fin de examinar su "manera propia" de percibir el mundo, estamos obligados a investigar las funciones "naturales" en "el interior" del hombre. Dicho de otro modo: debemos hacer derivar la sensación en tanto que tal de procesos físicos naturales teniendo cuidado en no examinarla fuera del marco de los procesos de la naturaleza.

Si hacemos abstracción de la masa no pensante de los animales humanos víctimas de la miseria social, constatamos que los grandes sistemas de pensamiento, con sus errores, han sido siempre obra de algunos individuos aislados. Es verdad que su pensamiento no se ha desarrollado en el vacío. Las preguntas que se han hecho sobre la existencia del hombre y la naturaleza eran siempre tributarias de su existencia biológica y social. Más se han situado frente a esos dos dominios funcionales y los han hecho objeto de sus reflexiones. La primera cosa que ha debido de extrañarles era su capacidad de pensar: «¡Cogito, ergo sum!». La historia de la filosofía naturalista es la historia de la admiración ante la facultad del hombre de pensar, de percibir, de juzgar, hasta Kant, hasta en los cursos de lógica en nuestras escuelas secundarias y superiores.

Sorprende verse pensando, el hombre cae en la trampa del paralogsimo infiriendo de él mismo la naturaleza. Emprendemos muy bien la admiración y el paralogsimo al cual ha dado lugar. Pero no comprendemos la obstinación y la crueldad con las cuales el hombre se aferra a ello. Comprendemos el origen de la concepción según la cual la tierra era el centro del universo, comprendemos las razones que han conducido al hombre a poblar el Olimpo con dioses de todo género teniendo figura humana. Pero no comprendemos su mortal aversión por todo lo que seria susceptible de corregir el error de su argumentación.

Comprendemos la evolución de la idea del "Homo Sapiens". Pero nadie ha podido explicar de manera plausible la prohibición hecha en la Edad Media de explorar el organismo del hombre. Esta prohibición es tanto más incomprensible en cuanto que el animal humano ha hecho por todas partes de él mismo el modelo de sus concepciones. En el orden racional, el hombre habría debido por consiguiente dedicarse "en primer lugar" sobre su organismo. La visión antropomórfica de la naturaleza es mucho más antigua que la visión mecanicista. Incluso ha precedido al conocimiento del hombre. Este conocimiento no cuenta hoy, en el siglo XX, apenas ciento veinte años.

Lanzamos todas esas preguntas a fin de delimitar mejor nuestra posición y la del mundo que nos rodea. Incluso no intentamos proponer respuestas. Lo que nos anima es el deseo de conocer las particularidades de la región donde contamos dirigir nuestros avances científicos. De momento no es nuestro propósito explicar este entorno, nos basta con discernir los atributos. Cuantas más preguntas nos hacemos mayor sorpresa se apodera de nosotros. Nos sorprendemos del gran número de errores mentales cometidos en el transcurso de algunos milenios. Lejos de alardear con un aire de triunfo, adoptamos una actitud de gran modestia: ¿"Cuál es el origen de esa potente compulsión al error"? Las filosofías estoicas y «desprendidas» no podrían suministrarnos indicaciones útiles. Si no logramos encontrar la causas de esa «compulsión al error», mejor haríamos en no añadir otro error a una lista ya larga. Los animales humanos tienen el hábito de escribir mucho y de divagar hasta perderse de vista. Cualquiera que pretenda explorar la función del conocimiento tendrá cuidado en someterse a un autocontrol riguroso. Cualquier otra actitud no seria tomada en serio.

Recuperemos nuestra línea de horizonte.

Está permitido afirmar que la psicología es el método más antiguo por el cual el animal humano se orienta en el mundo que le rodea. Tampoco es un hecho del azar si la psicología ha formado parte, hasta hace poco, de las enseñanzas de la filosofía. El estudio de la naturaleza se emparentaba con el estudio de la vida del alma. La técnica de las máquinas no ha producido filosofía naturalista. Pero ha introducido en la psicología y en la filosofía naturalistas el punto de vista mecanicista.

El término mecanicista designa aquí una mezcla indefinible de ideas diversas basculando alrededor de la "materia" y de sus "movimientos". Hasta el descubrimiento del radio, dicho de otro modo hace 40 ó 50 años, la materia era considerada como algo estático, visible, palpable, inalterable, regida por la ley de la "conservación de la materia", movida por una «fuerza» absoluta, eterna, bajo la forma de «átomos» o de «polvo cósmico». Incluso las escuelas de psicología situadas bajo el signo del dinamismo como la escuela de Freud han introducido la idea de lo "absoluto", de lo "estático" en su concepción del inconsciente. Jung amplió la noción de vida psíquica inconsciente a la concepción estática del «inconsciente arcaico» y del «inconsciente colectivo». Bajo la influencia de esta visión estática, todas las psicologías trataron por su cuenta, incluso después de su divorcio con la filosofía, el problema de la "culpabilidad". Haciendo esto, se enredaban en un callejón sin salida, ya que abandonar la visión estática y absoluta del aparato psíquico sensorial es abandonar la psicología en tanto que ciencia de las últimas funciones naturales. Una deducción perfectamente lógica nos conduce a la constatación siguiente: los elementos psicológicos no pueden haber existido desde siempre, se han necesariamente "desarrollado". Esta lógica voltea a muerto el punto de vista materialista y estático, pues la evolución es de por sí un proceso "dinámico". No hay puntos fijos, todo es fluctuante. De golpe, el hombre para el cual la psicología es algo estático y absoluto pierde su punto de apoyo espiritual. Si los «culpables» no son ya el inconsciente arcaico, y el complejo de Edipo considerado como un hecho biológico absoluto, ¿quien podría ser hecho responsable de la falta (pecado original)? ¿QUIEN ES RESPONSABLE DE LA INMENSA MISERIA?

Hasta aquí nosotros estamos centrados en el segundo dominio, el de la vida psíquica inconsciente. He aquí que abordamos el "tercer" dominio, el de la comunidad "social". Aquí todavía, vamos a encontrar lo absoluto, lo estático, el «chivo expiatorio». Miremos bien alrededor de nosotros. No nos preocupamos todavía en comprender.

Como en el dominio de la psicología y de la moral, reencontramos una vez más la idea del pecado original: una vez más es la pecaminosidad fundamental del animal humano quien lleva la responsabilidad de todo. Si no fuese tan lúbrico, tan carnal, tan pecador, la tierra sería un paraíso. Es espantoso constatar que un sistema de pensamiento que se ha mantenido durante milenios no ha desembocado jamás en la cuestión de saber de donde provienen las inclinaciones lúbricas, carnales, pecadoras del hombre. Si existen desde toda la eternidad, si son «absolutos», si el hijo de Dios debía morir en la cruz para liberar a la humanidad de su gran culpa la creación de Dios no puede tener el grado de perfección que más de uno se complace en atribuirle. Admitir que el hombre, criatura de Dios, es un ser en pecado comporta una contradicción flagrante. Uno no podría decir más que la doctrina escolástico-eclesiástica responda a una realidad. Pero es una realidad estática tendente a perpetuar la culpabilidad, el pecado, la idea de la eternidad, de Dios. Estamos más cerca de la verdad afirmando que no es la culpabilidad quien ha suscitado la Iglesia, sino que es la Iglesia quien ha proclamado la tesis de la culpabilidad. ¿Pero cual es el sentido profundo de la tesis absurda de la culpa eterna?

Gracias a su error metafísico de la culpabilidad absoluta, la religión ha sabido extender su imperio al dominio más vasto, el dominio "cósmico" (V). Partiendo de ahí, ha invadido los dominios sometidos a la existencia biológica, social y moral, transportando su teoría de lo absoluto y del pecado original. La humanidad dividida en innumerables fracciones, grupos, naciones, y para terminar en Estados, no ha cesado de despedazarse a consecuencia de acusaciones recíprocas. «¡La culpa es de los griegos!», decían los Romanos. «¡La culpa es de los Romanos!», decían los Griegos. Y se hicieron la guerra. «¡La culpa es de los viejos sacerdotes judíos!», gritaban los jóvenes cristianos. «¡Los cristianos han predicado al falso Mesías!», gritaban los judíos antes de crucificar a Jesús, personaje anodino. «¡La culpa es de los Musulmanes, de los Turcos, de los Hunos!», gritaban los Cruzados. «¡La culpa es de los brujos y herejes!», aullaban los Cristianos quienes asesinaron, colgaron, ejecutaron sobre la rueda y en la hoguera durante siglos... Falta examinar de dónde la leyenda de Jesús saca su grandeza, su potencia emocional, su perennidad.

Tomemos distancias con respecto a este aquelarre. Cuanto más miramos a nuestro alrededor, más vemos el frenesí. Centenares de pequeños patriarcas habiéndose proclamado reyes o duques se reprochaban recíprocamente tal o cual pecado contra esto o contra aquello, para hacerse la guerra, entrar a saco en el país, y llevar a los pueblos el hambre y la enfermedad. De resultas, todo esto fue bautizado de «historia». Y los historiadores no han dudado jamás de la autenticidad de esta historia.

Poco a poco, el pueblo entra en escena. «¡La reina es la responsable!», gritan las tribunas y se decapita a la reina. El pueblo danzaba aullando alrededor de la guillotina. «¡La culpa es de los Austriacos, de los Prusianos, de los Rusos!», «¡La culpa es de Napoleón!» aullaba el eco. «¡La culpa es de las máquinas!», gritaban los tejedores. «¡La culpa es de la chusma proletaria!» decía el eco. «¡La monarquía es responsable, viva la Constitución, matadles! Viva la dictadura del proletariado», «¡La culpa es de los capitalistas!» lanzaban las dictaduras proletarias. «¡La culpa es de los Rusos!» «¡Alemania es la responsable!», decían en 1915 los japoneses y los italianos». ¡La culpa es de Inglaterra!, declaraban en 1939 los padres del proletariado. ¡La culpa es de Alemania, gritaban los mismos padres del proletariado en 1942. En 1940, se decía: «¡Los responsables son los Italianos, los Alemanes, los Japoneses!»

Sólo el hombre que se mantiene a distancia de ese infierno es capaz de sorprenderse de que el animal humano continúe designando culpables sin dudar de su inteligencia, sin que una sola alma humana se haga la pregunta sobre el "origen" de esa culpabilidad. Así pues, las psicosis de masa tienen un origen y una función. La obstinación en el error y en la represión salvaje de todo aquello que podría corregirlo es ciertamente la obra de seres vivientes que tienen alguna catástrofe que esconder.

"La respuesta no podía venir más que de la biología del animal humano". Así pues, el hombre

se había obstaculizado también el acceso a ese dominio. Apenas había encontrado la vía del pensamiento biológico, que ha cerrado la puerta a todo progreso cayendo en el gran error de las disposiciones hereditarias y la degeneración hereditaria. En adelante, los responsables de todas las desgracias no serán solamente los Judíos, los Japoneses, los Cristianos, los Hunos, los Rusos, los capitalistas, los negros, sino además las «disposiciones hereditarias». Los niños a los que sus padres enfermos habían arruinado, eran puestos en la picota bajo el pretexto de taras hereditarias. Los borrachos que la miseria social había hundido en el alcohol eran declarados con una «herencia cargada». La herencia explicaba también el comportamiento de mujeres que vendían su cuerpo porque tenían hambre o porque no encontraban ninguna satisfacción en el dominio del pecado católico contra la carne. Las neurosis, incapaces de alcanzar o ganarse la vida, eran etiquetadas de «enfermedades hereditarias». Se explicaba de la misma manera la miseria profunda de las enfermedades mentales, víctimas de una educación que encasilla el resorte viviente desde la primera infancia. Se esclavizaba a los negros de África, que vivían según las normas de la naturaleza, «pecadores» a los que era necesario ir a “liberar” de su pecado. Se les proponía como modelo la virtud de los capataces blancos operando en África.

Nuestro conocimiento psiquiátrico de las funciones del animal humano nos enseña que el hombre lucha contra una penosa autopercepción cuando imputa a «genes defectuosos» su brutalidad y sus errores grotescos hacia millones de víctimas. «¡Son las taras hereditarias!» He ahí la palabra clave de la biología (está siempre a la búsqueda de genes responsables de las relaciones sexuales «criminales» en la edad de la pubertad), de la patología, de la psiquiatría, de la legislación, de la medicina social, a despecho de la evidencia, a despecho de la experiencia de todos los días.

El animal humano sentía en el fondo de él mismo una degeneración, una desviación de las vías naturales. Pero en la incapacidad en que se encontraba de ir al fondo de las cosas, imputaba la culpa a las víctimas de su degeneración. ¿Qué es lo que impedía al animal humano hacer un retorno a él mismo?

Cuando fue descubierta la coraza biológica, los campos, no hace mucho enemigos, se aliaron: psicoanalistas y comunistas, comunistas y fascistas, biólogos y patólogos de la herencia, brevemente, todos aquellos que debían a los grandes errores su prosperidad social se unieron para ahogar todos juntos el conocimiento naciente de la degeneración biológica universal. Si esos medios hubiesen puesto una fracción de la energía que gastaron para combatir la verdad, al servicio de la lucha contra la pornografía ostentosa en las revistas de los kioscos de todas las grandes metrópolis, contra la politiquería, contra los verdugos de toda crin, la tesis de la «culpabilidad» habría sido barrida.

He ahí los errores del cuarto dominio, el dominio biológico.

Si es verdad lo que todo lleva a creer— que los grandes errores de los sistemas de pensamiento humanos están ligados a la idea de «estático absoluto» y de «culpabilidad», toda reorientación científica debe asumir en primer lugar dos tareas fundamentales:

1) Se trata de saber porqué el animal humano, en contradicción con todas las experiencias sensoriales en la naturaleza, se mantiene en la idea de lo “absoluto” estático, es decir en el inmovilismo”, en la tesis de la culpabilidad. Esta tarea incumbe a la psicología.

2) En segundo lugar, se trata de establecer si el absoluto responde a una realidad en la naturaleza objetiva.

Pero retornemos al dominio del pensamiento “social”. Inmediatamente descubrimos una falta de razonamiento en el cual lo grotesco y la perversidad superan a nuestro entender todo lo que la humanidad ha producido en materia de errores a todo lo largo de su historia. La crítica del punto de vista moral y psicológico “absoluto” en materia de pensamiento social es esencialmente obra de Karl Marx. Es a él a quien se debe la abolición de la idea de que la vida moral y psíquica sería algo absoluto o eterno; sin negar su existencia, sencillamente la ha relacionado con las circunstancias sociales en las cuales evoluciona el animal humano. Ello fue una realización científica muy encomiable. El tercer dominio de la existencia humana, el dominio social, es mucho mas pequeño que el dominio biológico, pero supera al dominio de la psicología, de la conciencia,

de la moral. La existencia espiritual y moral se insertan en la existencia social y extraen el contenido de sus ideas de manera permanente de esta condición; no es a la inversa como ocurre. La ciencia del dominio social se llama «sociología» o «historia». No manipula valores cuantitativos, salvo en materia de estadística, y se basa en el sistema de pensamiento "sociológico". En este sistema se ha «relativizado» el dominio psíquico y moral; dicho de otro modo, se lo ha limitado a las "relaciones entre seres humanos". Como Karl Marx, el creador de esa doctrina, ha vivido en la época del capitalismo naciente, se comprende muy bien que haya puesto el acento principal sobre la estructura social "capitalista". Pero era bastante sabio para «relativizar» también la estructura capitalista, es decir para hacerla derivar de organizaciones sociales anteriores (feudalismo, etc.). Así pues, el sistema de pensamiento social no ha penetrado en el cuarto dominio, la biología, del cual constituye sin embargo una función parcial. Calificando de "proceso natural" el "proceso social", el creador del sistema de pensamiento social atestigua que tenía perfecta conciencia de la dependencia de lo social con respecto al dominio biológico. Marx no ha pensado jamás en hacer al capitalista en tanto que individuo responsable de la miseria que denuncia, poniendo en evidencia la brutalidad con la cual se trataba en su tiempo al proletariado (trabajo de niños, ausencia de garantías legales, etc.). Es entonces que se produce un fenómeno grotesco:

El animal humano adoptó este sistema de pensamiento reintroduciendo lo absoluto y lo estático. Y he ahí que el «capitalista» era y es el gran responsable. El animal humano caza, masacra, cuelga, tortura a millares de capitalistas, pero manteniendo bajo una forma disimulada el sistema al que entendía demoler; instauró el terror permanente contra el individuo y su libertad de pensamiento, magnifica y absolutiza el concepto de Estado y acusa a los capitalistas de países "extranjeros". ¡El capitalista, he ahí el culpable!... Es la nueva fórmula, absoluta, estática, es el gran error. El estado absoluto es todo, el hombre no es nada. Si la Iglesia ha necesitado siglos para desnaturalizar los grandes ideales a los cuales debe su nacimiento, el fascismo rojo no ha necesitado más que algunos años para arruinar y pervertir la gran doctrina de la emancipación humana en una decepción entre las más sombrías de la historia humana.

Nosotros estamos siempre haciéndonos preguntas. Nuestra actitud es a sabiendas la de un turista en una gran ciudad extranjera. Lo que nos interesa es saber porqué ciertas cosas ocurren así y no de otro modo. El habitante instalado desde hace muchos años en la ciudad no pensará en hacerse tales preguntas. Todo le parece familiar, evidente. Tiene la impresión de haber comprendido todo en el marco de su existencia física y psíquica. Para él no hay problemas fundamentales. Los atascos de circulación no constituyen problema a los Neoyorquinos de nacimiento: ¡Es como eso!, constata él «¡Es New York!». Ciertamente, intenta superar las dificultades prohibiendo el estacionamiento en ciertas calles, creando sentidos únicos. New York es una ciudad de varios millones de habitantes, los embotellamientos ahí son inevitables durante las horas de apertura de oficinas y almacenes.

Dentro de sus límites, todos los sistemas de pensamiento son lógicos y juiciosos (observación que se aplica también a un sistema de ilusiones). Para percibir lo absurdo, es necesario que un visitante extranjero llegue y haga preguntas embarazosas. Ejemplo: ¿porqué ocho millones de habitantes permanecen amontonados en una isla exigua hasta el punto de estar obligados, para economizar espacio, a construir inmuebles de cuarenta pisos? El Neoyorquino se extraña de tales preguntas, las encuentra estúpidas. El extranjero declara: América es un país muy vasto. Millares de hectáreas de tierras están deshabitadas. ¿Porqué ocho millones de individuos han escogido establecerse precisamente en Manhattan y sus alrededores? El Neoyorquino no es corto en explicaciones: New York es una gran metrópoli... o bien ¡Eso es así! ...o aun todavía «es muy agradable vivir en medio de tal muchedumbre»... ¿Bueno para qué? preguntará el extranjero. Centenares de miles de niños no ven nunca un árbol o una pradera. El aire está húmedo y viciado. Los almacenes están abarrotados aunque se debe esperar mucho tiempo para ser servido. Los apartamentos son pequeños, su equipamiento es rudimentario, son caros. Invirtiendo en el campo sumas análogas, se podría vivir en muchas mejores condiciones. «¡New York es la capital del mundo!», os responderán. Cuando se mira la vida humana desde la perspectiva del universo viviente y no desde la de una religión, de una industria, ni de un Estado o de una civilización, se hacen preguntas muy simples que el miembro practicante de una Iglesia, el propietario de una fábrica, el hombre de Estado o el presidente de tal asociación cultural calificarán de

estúpidas, de ingenuas o incluso de insensatas.

Cuando el funcionalismo orgonómico hizo hace una treintena de años, sus primeras preguntas ingenuas sobre la vida humana, nadie dudaba de que había tomado partido por la "vida". Las preguntas eran simples y lógicas, las respuestas eran zigzagueantes e injuriantes por parte del mundo de lo estático y de lo absoluto. Citemos la lista de algunas de esas preguntas ingenuas:

¿Por qué todos los programas sociales de los partidos políticos han fracasado? ¿Para qué tienen a bien establecer sin descanso nuevos programas que encallarán como los otros? ¿Por qué el hombre es incapaz de realizar los antiguos y excelentes programas? Todos manifiestan las mejores intenciones: la caridad cristiana, la idea de libertad, de igualdad, de fraternidad, la Constitución americana, la Constitución de 1848; la democracia social de Lenin, etc., etc. Son siempre las mismas aspiraciones, los mismos ideales.

¿Si todos los hombres quieren la paz, por qué hay tantas guerras que contrarían las aspiraciones y los intereses vitales de la población del globo?

¿Si no hay Dios personal, de dónde viene el poder extraordinario de todas las religiones personificadas? Eso debe tener alguna razón.

¿Si la naturaleza realiza la madurez sexual en la época de la pubertad, por qué el amor está prohibido a esa edad?

¿Porqué la verdad tiene tanta dificultad para imponerse frente a la mentira y a la calumnia? ¿Porqué no es la mentira quien se retira a la defensiva?

En los Estados Unidos la doctrina de los derechos cívicos de los ciudadanos es uno de los fundamentos de la Constitución. ¿Por qué la Civil Liberties Union tiene que combatir la violación de los derechos cívicos, por qué, contrariamente, le reacción política no tiene que defenderse contra los derechos cívicos?

¿Por qué los niños son maltratados? ¿Por qué los envuelven de tal manera que no pueden moverse? ¿Por qué se acuesta a los lactantes sobre el vientre imponiéndoles grandes esfuerzos para levantar la cabeza de la almohada? ¿De dónde viene ese odio universal al niño?

¿Por qué el hombre detesta toda idea nueva y válida? Aprendiendo a pensar bien, no agravaría las condiciones de vida sino que contrariamente las mejoraría ¿Se puede decir que el hombre piensa verdaderamente? ¿O bien el pensamiento juicioso es un don particular?

¿Cómo sucede que millones de trabajadores sean oprimidos por un puñado de potentados?

¿Por qué el hombre medio esquivo las cuestiones serias que tocan a fondo las cosas?

¿Por qué en las reuniones de las Naciones Unidas no se habla más que de lo accesorio, jamás de lo esencial? Es manifiesto que se evita lo esencial, que se esquivan las respuestas sencillas. ¿Por qué razones?

¿Por qué se organizan elecciones cuando se trata de escoger a un secretario mientras que la cuestión de la guerra y de la paz, que pone en entredicho la vida de millones de seres humanos, no es jamás incluida en las votaciones?

Sólo los locos o los sabios hacen preguntas simples. Uno conoce las respuestas:

Se establecen programas políticos porque el hombre es un «animal político».

Los programas naufragan porque los políticos del partido "opuesto" están corrompidos.

Los responsables de la desdicha son la culpabilidad humana, la clase de los aristócratas, los capitalistas, los bolcheviques, los judíos.

Se maltrata a los niños para que aprendan a imponerse en el áspero combate de la vida, para "templar" su carácter.

Los adolescentes no tienen derecho a disfrutar de los placeres del amor en la "madurez" de su pubertad porque no están todavía "maduros", son incapaces de casarse, tienen todavía mucho

que aprender, o bien porque tales cosas “no se hacen”, porque ello trabaría el surgimiento de su sentido moral, porque la “familia es sagrada”.

La verdad siempre ha sido perseguida y lo será siempre. Es por lo que es necesario tener una moral.

La «Civil Liberties Union» ha sido precisamente fundada para combatir la violación de los derechos del hombre.

Si los hombres piensan mal o no lo hacen en absoluto, es porque “vegetan”.

No es costumbre organizar referéndums sobre la guerra o sobre la paz. Tales proposiciones no obtendrían ninguna mayoría.

No es “costumbre” en los círculos diplomáticos hacer preguntas directas. Ser diplomático es la regla de oro de todo diplomático.

Los hombres detestan las ideas nuevas porque su espíritu es perezoso o porque se apegan a la tradición. Los hombres están hechos así...

FALTAN DOS PÁGINAS

Citemos la lista esquemática de las características antagónicas de los dos sistemas:

| DIOS | EL ETÉR |
|---|--|
| Vía afectiva | proceso en energético en la naturaleza |
| espiritual | físico (incluso aunque uno no pueda demostrarlo) |
| incumbiendo a la religión, al dominio subjetivo | incumbiendo a las ciencias de la naturaleza, al dominio objetivo |
| misticismo | mecanicismo |

Dios y el éter tienen además esto en común en el pensamiento humano: que la existencia del uno como la del otro es negada por los pensadores científicos. La filosofía naturalista materialista de La Mettrie, Buechner, Marx, Lange, etc, niega la existencia de Dios. Los físicos que admiten las teorías de Einstein niegan la existencia del éter. Pero ni el concepto de Dios ni el del éter han podido ser sustituidos por una hipótesis plausible explicando la esencia y el origen de la existencia.

Para llevar a buen término nuestra demostración hemos escogido como punto de partida los grandes errores del pensamiento humano. Lo que nos empuja, es el deseo de comprender "por cuál razón" los hombres se extravían tan completamente y se aferran a sus errores. Nos resultaría fácil lanzar una nueva teoría cosmológica. Pero nada prueba que nosotros no hiciésemos más que añadir un nuevo error a los errores del pasado. Cuanto más popular fuera nuestra teoría, mayor sería el daño que ocasionaría. Las nuevas teorías importan tan poco como los nuevos programas políticos. Lo que nos preocupa aquí, es únicamente el descubrimiento de la fuente de errores inveterados del pasado. El control de nuestra técnica de razonamiento es una tarea que supera todas las otras. No es un azar si el descubrimiento del irracionalismo del carácter humano ha coincidido con la puesta en cuestión de los fundamentos de todos los conceptos de la física cosmológica.

La verdadera ciencia de la naturaleza siempre ha tratado de verificar la exactitud de sus juicios. Según esto, se tropieza con una gran dificultad metodológica: con todo, describiendo las funciones "objetivas" de la naturaleza, debe hacer intervenir a las percepciones sensoriales sin las cuales sería incapaz de formular el menor juicio. Pero las percepciones sensoriales son la base del aparato de percepción "subjetivo" del investigador. Se les pide ser «objetivos» mientras que son incapaces de franquear el elemento subjetivo. Esta dificultad fundamental, que afecta a todas las operaciones científicas, es tan grande que escuelas influyentes se han escindido porque no han podido ponerse de acuerdo en la cuestión de saber si lo que nosotros percibimos por

nuestros sentidos responde a datos objetivos (empírico-criticismo) o incluso si hay una realidad independiente de nuestras percepciones y sensaciones (solipsismo). A esas tesis se oponía el empirismo, que no dudaba en tomar al mundo por lo que él parecía (positivismo, materialismo mecanicista). A lo cual se añadía la potente corriente de pensamiento del espiritualismo metafísico que es sin duda el sistema de pensamiento más extendido de todos. Para él, el problema de la exactitud de nuestras afirmaciones sobre la naturaleza no tiene lugar. Se apoya sobre las simples sensaciones subjetivas e infiere, sin el menor espíritu crítico, del hombre a un espíritu absoluto del cual se dice la imagen.

FALTA UNA PAGINA

tengo en lugar apartado del barullo. Manteniéndome a distancia, me pregunto lo que ha podido provocar la disputa. Me pregunto también si la disputa, a primera vista insensata, era "necesaria" y si se habría podido evitarla.

No me esfuerzo en edificar un sistema cosmológico, aunque disponga de datos naturales mucho más numerosos y mucho más importantes que cualquier otra tendencia científica. Es posible que las circunstancias terminen por obligarme a esbozar un cuadro de conjunto de la naturaleza. Pero este cuadro no será más que un esquema mental. Erigiré ese esquema mental solamente

1) Cuando **haya** comprendido porqué los sistemas de pensamiento existentes han caído en errores tan graves y tan característicos.

2) Cuando mi «imagen del mundo» **derive** lógicamente de la abundancia de hechos verificables.

3) Cuando **haya** comprendido la "lógica" del encadenamiento de mis descubrimientos en el curso de los tres decenios pasados.

Este encadenamiento lógico de los descubrimientos de funciones desconocidas debe ser en sí mismo una importante función natural. Atestigua las **relaciones** entre el investigador y la naturaleza que explora y de la cual constituye una parte.

No creo que en el dominio del estudio de la naturaleza alguien se haya rodeado jamás de tantas precauciones. Pero son indispensables puesto que el objeto de mis investigaciones es de una amplitud insospechada y de una importancia vital. Estoy por otra parte siempre dispuesto a corregir eventuales errores.

He ahí mi actitud frente a los errores en que podría yo mismo caer. La comprensión, de un proceso de investigación cubriendo varios decenios y que comenzó por el análisis de la sensación de placer (¡sujeta entonces a tabú!), para desembocar en el descubrimiento de una energía cósmica desconocida y extendida universalmente, es en sí indispensable y constituye una garantía contra todo error fundamental.

Añadiré para tranquilidad de las almas religiosas que no pretendo haber inventado a DIOS o al ÉTER. Afirmo sencillamente haber hecho el descubrimiento, bajo una forma prácticamente utilizable, de un hecho de la naturaleza, caracterizándose por una serie de cualidades atribuidas no ha mucho a Dios y al éter. Pero se muy bien que la energía orgón cósmica tiene propiedades que tengo exploradas sin "ninguna referencia" a Dios o al éter; propiedades que ignoraba cuando empezaba este estudio, como las ignoraban todos los otros investigadores. Es por medio de observaciones y de experiencias como he podido adueñarme de las mismas, progresivamente. Han sido mucho el resultado de un encadenamiento lógico de operaciones mentales. Puedo afirmar además que en enero de 1941, cuando mantuve una larga entrevista con Albert Einstein sobre mi descubrimiento, no pensaba todavía en una relación posible entre la energía orgón y la idea que el animal humano se hacia de Dios y del éter. Hasta qué punto cualquier acercamiento entre el orgón y el éter me parecía fuera de lugar mientras trabajaba sin influirme las menores ideas preconcebidas surge del hecho de que durante toda mi entrevista con el físico no pensé en ningún momento en la "supresión del éter" y en su sustitución por algunas ecuaciones matemáticas sobrevenidas en un intervalo y de las cuales tenía conocimiento en esa época. Yo no

había partido al descubrimiento de Dios o del éter. El descubrimiento de los hechos naturales que se encuentran en la base de la concepción humana de un Dios o de un éter invisibles ha sido pues un proceso fortuito y objetivo. Estando simplemente empeñado en mi firme resolución de mantenerme a distancia de todos los sistemas de pensamiento habituales, de no dejarme influenciar por ningún prejuicio, de atenerme escrupulosamente a las observaciones y a sus consecuencias, de ejercer un control riguroso sobre mi propia técnica de razonamiento, de no dar confianza a ninguna tesis científica enunciada en tono autoritario cualquiera que fuese su origen. Añadiré que temprano había decidido proseguir mi camino sin tener en cuenta las amenazas que las autoridades eclesiásticas, estatales o políticas hacían caer sobre mi existencia. Afirmando que fui el primero sorprendido de los resultados de mis investigaciones proseguidas con rigor. Hice la experiencia del poder irresistible de la búsqueda de la verdad y me sorprendí tanto como algún visionario enfermo y maléfico ha podido sorprenderse, en Alemania, de las consecuencias sociales de sus embustes repetidos con obstinación.

La búsqueda de la verdad se emparenta estrechamente con la organización natural del animal humano. Se debe inferir que la evasiva ante la verdad y el hábito de limitarse a la superficie de las cosas responde igualmente a la estructura del animal humano. La función del estudio de la naturaleza debe ser de alguna manera impedida si se constata una gran tendencia a la evasión ante hechos bien establecidos.

Ese razonamiento me ha suministrado la llave del enigma de la obstinación del hombre a agarrarse, para su desgracia, con tanta persistencia y terquedad a sus errores de pensamiento: EL ERROR HUMANO PERFECTAMENTE EVITABLE ES UNA PARTICULARIDAD PATOLÓGICA DEL CARÁCTER.

Una vez más la autocritica nos aparece. ¿Seré víctima de la idea presuntuosa de que no he cometido nunca un error? ¿Soy bastante estúpido o vanidoso para pretender que el destino me ha gratificado con el don rechazado a otros de no equivocarme jamás?

Los que conocen mis escritos saben que no soy lo suficiente vanidoso o estúpido para atribuirme tal privilegio. Saben también que he combatido, a riesgo de mi vida, toda especie de mesianismos y de infalibilidades desde que me honro del título de sabio. A mis ojos la pretensión del déspota «proletario» ruso, de ser omnisciente y todopoderoso, es tan patológica y nociva como la arrogancia del Papa que se proclama el representante omnisciente e infalible de Dios. Haciendo esto, me situó en la perspectiva “científica” que pone en entredicho no al padre de los pueblos alemán, ruso o católico, sino exclusivamente a la estructura del animal humano. Como

he expuesto repetidamente, la raíz del mal no reside en las intenciones, la crueldad o las pretensiones de algunos individuos, sino en la biología del animal humano. Convirtiéndome en guadaña contra la opinión común he mantenido» sin cesar que «"la responsabilidad incumbe exclusivamente a los animales humanos"».

Conozco el error humano por mis experiencias personales. Durante años he hecho como los demás y he señalado con el dedo a los “culpables”. Si alguien quiere comprender esos extravíos, basta referirse una vez más a nuestro esquema de la página 35 (N. T. aquí Pág. 6). (FALTA)

He cometido una primera falta tomando por "única" responsable de nuestras miserias, a la religión. No sabía que el error religioso no era más que un síntoma y no la causa de la biopatía humana. Me equivoqué atribuyendo a los intereses "personales" de una capa social, padres o educadores, la represión de la vida amorosa del hombre. Ignoraba que la represión de toda vida amorosa no era más que un acto mecánico, que no era de ningún modo la causa última y todavía mucho menos el fin perseguido por ciertos medios sociales.

Fuertemente comprometido en el gran movimiento socialista y trabajando como médico en las capas más modestas de la población, cometí el grave error de imputar nuestras miserias a los “capitalistas”. Es la experiencia traumatizante de la degradación de la revolución rusa quien me ha librado de ese error. Se había masacrado a los capitalistas y la miseria no cesaba de crecer. La mentira, la diplomacia, las intrigas políticas, el espionaje, la delación a los cuales se había pretendido querer poner fin campaban por sus fueros. Fueron estas experiencias muy dolorosas.

Durante años, me encontré prisionero de esa teoría falaz que, por influencia de Freud, proclamaba el "inconsciente" «perverso y responsable» de todas las miserias humanas. Necesité diez años de práctica médica para franquear ese error. Ello me reportó el odio implacable de muchos negociantes en psiquiatría que vivían y se enriquecían de la miseria profunda psíquica de los humanos.

Así pues he desposado a los errores más graves de mi época, de los que incluso me he hecho defensor convencido. No obstante, no me he atascado como tantos de mis colaboradores y colegas: "he sabido salvaguardar mi movilidad".

Ignoro si soy hoy víctima de un nuevo error. Tengo la impresión de estar en la verdad vinculando la miseria a la estructura patológica del hombre, que ella es debida a la coraza, una coraza cuya causa es la impotencia orgástica del animal humano. No obstante, constatando esto no hago más que describir un mecanismo. El nudo del problema se sitúa en ese dominio de nuestra existencia que la religión organizada no ha hecho más que oscurecer y alejar fuera de nuestro alcance. Está probablemente ligado "a las vinculaciones del ser humano con la energía cósmica" de la cual es tributario.

Si es que me equivoco aún esta vez aquí, me esfuerzo sin embargo en descubrir las fuentes de mi error. Y esa es aquí una cosa perfectamente "posible". En tanto que rechazo plegarme a las opiniones cuya nulidad ha sido ampliamente probada, me siento perfectamente capaz de aceptar ciertas correcciones e integrarlas en mi pensamiento. ¡He dado prueba de ello! Pues no creo ya, como no ha mucho, que la causa moral (**falta**) de la "mala voluntad" se sitúe en el primer dominio, el de las "pulsiones inconscientes y perversas" en el segundo, el de los "malvados capitalistas" en el tercero, el de las "disposiciones humanas inmutables" en el cuarto, el del "pecado contra el Espíritu Santo" en el quinto. "En realidad, no hay falta del todo: ha habido una catástrofe en la evolución biosocial del animal humano, una catástrofe que no ha sido todavía bien comprendida. Luego, el resorte principal de esta evolución abortada ha sido la coraza biológica", pero ella no es la causa; pues la coraza bien debe tener, además de su mecanismo y de sus consecuencias conocidas, un origen explicable.

Investigaremos en adelante el origen de la tendencia al error en la coraza del animal humano. La coraza es la única función humana conocida que se distingue por su inmovilidad. Se opone a la movilización de las funciones vivientes y ha hecho aparición en tanto que función de frenado. La "inmovilidad" que aparece como el rasgo fundamental de todos los errores humanos, de todo lo que ellos contienen de estático, de absoluto, de eternamente congelado, podría muy bien ser una manifestación de la coraza. Pero para que nosotros estemos en lo cierto, necesitaría que los rasgos característicos del error humano se encuentren en la coraza,

AQUÍ FALTA ALGUNA PÁGINA MÁS

CAPÍTULO 3

LA SENSACIÓN DE ÓRGANO EN TANTO QUE INSTRUMENTO DE ESTUDIO DE LA NATURALEZA

El placer, la nostalgia, la angustia, la cólera, la tristeza son poco más o menos en este orden las emociones fundamentales de la materia viviente. Presuponen una motilidad total del organismo. Cada una de esas emociones tiene su carácter particular. Expresan en todo momento un estado de movimiento del organismo que tiene una «significación» (un «sentido» en términos psicológicos) con respecto al Yo y al mundo. Esta significación es "racional". Corresponde a estados "reales" y a procesos de movimiento del protoplasma. Las emociones primarias de la materia viviente tienen también una "función racional". La función del placer desemboca en la descarga de la energía celular excedente. La angustia se encuentra en la base de toda reacción de cólera. La cólera tiene, en el dominio de la vida, la función muy general de superar o eludir situaciones que comportan una amenaza para la vida. La tristeza expresa la pérdida de un contacto habitual, la nostalgia el deseo de un contacto con otros sistemas orgonóticos. Demostraremos por consiguiente que es la "función" de la emoción quien constituye la finalidad de una pulsión y no a la inversa, como afirman los metafísicos. Nos basta indicar aquí que las emociones de la materia viviente son "racionales" y deben de serlo si es verdad que las funciones de la vida tienen un «sentido». Su existencia prueba que es así.

Pongo aquí el acento sobre la racionalidad de las emociones primarias de la materia viviente ya que los mecanicistas de la psicología de las profundidades han encontrado el medio de acreditar la tesis, de que "todas" las emociones derivan de pulsiones y son, por esta misma razón, irracionales. Esta herejía, cuyas consecuencias para los seres vivientes son perniciosas, tiene su función irracional y su origen en una estructura caracterial cuya racionalidad será objeto de un estudio aparte. De hecho, se han hallado las emociones primarias racionales y las emociones secundarias irracionales en "un mismo lugar" y no se ha tenido el valor o la inteligencia de separarlas. Es ahí donde hay que buscar una de las causas esenciales de la tragedia que vive el animal humano. Para captar bien el aspecto biológico de esta tragedia, es necesario profundizar la función y la expresión de lo viviente en su estado "natural".

Las emociones son funciones específicas del protoplasma viviente. La materia viviente responde a diferencia de la materia no viviente mediante los «movimientos» o «emociones» a las excitaciones. Deriva necesariamente de la identidad funcional de la emoción y del movimiento plasmático, e incluso la partícula más ínfima del protoplasma tiene sensaciones. El tipo de reacción corresponde naturalmente al tipo de excitación. Esas reacciones de las partículas del protoplasma no se distinguen en nada de las de los organismos altamente evolucionados. No es posible trazar una línea de separación.

Si las «impresiones» de los movimientos de la materia viviente reflejan correctamente sus «expresiones», si las funciones fundamentales de la materia viviente son las mismas en todo el dominio de la vida, si las sensaciones derivan de emociones, las emociones de movimientos plasmáticos objetivos, "nuestras impresiones deben ser objetivamente correctas". Ello a condición de que nuestro aparato sensorial no esté disociado, acorazado o sufra otro trastorno.

La materia no viviente no tiene sensaciones porque no está animada de movimientos de pulsación. La visión de la materia no viviente, ya se trate de una roca o de un cadáver, nos da la impresión de "inmovilidad", por lo tanto de "insensibilidad". Esas impresiones están perfectamente de acuerdo con la "inexcitabilidad" de la materia no viviente. "Lo que no vive no tiene emociones", es decir ignora los movimientos espontáneos.

Examinaremos más tarde la cuestión de saber porqué tantos organismos humanos «animan» a la materia no viviente, le atribuyen sensaciones. Anticipo sobre mis conclusiones:

“Al igual que todas las sensaciones y reacciones de la materia viviente derivan de sensaciones

de órgano y de movimientos expresivos a los cuales responden, del mismo modo la materia viviente forma sus ideas del mundo circundante en función de las impresiones extraídas a partir del cúmulo de expresiones del mundo que le rodea, así todas las sensaciones, reacciones e ideas del organismo acorazado están determinadas por su propio estado de movimiento y expresión".

El punto de vista de la «crítica objetiva», según el cual toda sensación del mundo circundante sería «subjetiva» -esté el organismo acorazado o no- y carecería de ese hecho de «objetividad», puede ser refutado mediante el ejemplo de la imagen de un mismo objeto en dos espejos diferentes. Uno de los espejos es liso, el otro tiene una superficie deformada. El primer espejo refleja los objetos diferentemente que el segundo. El reflejo, es decir la «sensación», es en los dos casos «subjetiva» o «arbitraria». Las imágenes reflejadas por los dos espejos son irreales. Uno no podría sin embargo decir que el espejo liso refleja los objetos tal como son, mientras que el espejo deformado los refleja de manera deformada.

Quisiera mostrar mediante este ejemplo que mis adversarios, ya se trate del partidario de la ciencia «absolutamente objetiva» o del «subjetivista» crítico, tienen, el uno y el otro, "perfectamente razón" cuando afirman que no accedemos a la realidad de nuestro alrededor más que por medio de nuestras sensaciones y percepciones, que esta sensación es la única puerta que nos vincula al mundo circundante, que no se ven nunca los objetos como tales sino solamente su imagen. Todo esto es verdad, pero se convierte en obsesión si uno se detiene ahí. Desde la perspectiva de la biofísica del orgón uno puede incluso felicitarse del acento que nuestros «objetivistas» y «subjetivistas» ponen sobre la dependencia de toda actividad emocional enfrente de la estructura del aparato vital. Veremos a continuación que nuestros objetivistas, nuestros «investigadores objetivos», son en realidad subjetivistas y que los subjetivistas son observadores objetivos sin saberlo y sin incluso sospecharlo. Ambos afirman percibir solamente sensaciones cuando describen el mundo. Pero ni el uno ni el otro se preocupan por la naturaleza de las sensaciones o, mejor dicho, de la estructura del aparato vital que siente. La biofísica del orgón nos enseña con precisión: el ser viviente no acorazado tiene una sensación de sí mismo y del mundo circundante que se distingue esencialmente de la del ser viviente acorazado". Como la autopercepción colorea todas las sensaciones, ya que la sensación es el filtro a través del cual el mundo se nos revela, es efectivamente nuestra manera de sentir quien determina todas nuestras percepciones y nuestro juicios. Esta conclusión es necesaria e imperativa. Ella se aplica a mí tanto como a mis adversarios, a los objetivistas como a los subjetivistas. Es rigurosamente válida y estoy dispuesto a someterme en esto a cualquier discusión porque el punto de vista de mis adversarios –por poco que se razone hasta el fin confirma el funcionalismo y no el mecanicismo o el misticismo. Siempre he sido del parecer de que cada uno tiene siempre un poco de razón, incluso aunque no sepa en qué punto exacto.

Por nuestros razonamientos ulteriores, partimos pues de la constatación siguiente:

"El ser viviente percibe el mundo circundante y a sí mismo exclusivamente por sus sensaciones. De su manera de sentir dependen tanto sus juicios como sus reacciones fundadas sobre esos juicios; de su manera de sentir depende su visión de las cosas, lo que se designa habitualmente por el término «imagen del mundo»". No he tenido jamás la intención de fabricar «imágenes del mundo». Pero las «imágenes del mundo» tan a menudo han puesto en peligro mi trabajo y mi persona que es útil examinar un poco más de cerca las funciones y los fundamentos de lo que se designa por este término.

El educador en el aspecto del espíritu "funcional" ve en el niño al ser viviente y modela el entorno del niño en función de sus necesidades vitales.

El educador "mecanicista y místico" ve en el niño una máquina mecánica y química, el sujeto de algún Estado o el objeto de alguna religión. Encierra al niño en un mundo que le es extraño y llama a ese proceso «adaptación» si es liberal, «disciplina» si es autoritario.

Así pues, el principio de vida que está en el niño obedece a leyes cósmicas que no han cambiado desde milenios. Desarrolla de una manera autónoma nuevos medios y contenidos vitales. La adaptación a las formas de vida "inestables" de la civilización mecanicista y religiosa crea un caos de contradicciones en las cuales el animal humano se encuentra trabado.

Si Cristóbal Colón hubiese sido un carácter compulsivo con las funciones mecanizadas habría contado, antes de embarcarse para su viaje alrededor del mundo, todos los clavos de su navío y habría redactado minuciosamente la lista. Si lo hubiese sido, asimismo cuando alcanzó América, habría comenzado la colonización del nuevo continente contando los árboles, las ramas, las hojas, redactando el inventario de los arroyos, de los ríos y colinas. Brevemente, se habría perdido en los detalles y habría muerto antes de volver a Europa y anunciar a sus contemporáneos su descubrimiento.

Nuestra civilización mecanicista y mística está en camino de perecer porque ha filmado y clasificado millones de reacciones del recién nacido sin jamás percibir la biosexualidad del ser viviente que es el niño, y porque los educadores evidencian un odio implacable en lo referente al hecho biosexual universal que supera en importancia a todos los otros. Así, la pedagogía se ha empeñado en la caza de los detalles, en la confusión sin salida. Si se viese en el niño al ser viviente y no al futuro ciudadano, todas las complicaciones desaparecerían, las instituciones tendrían en cuenta las necesidades vitales del niño.

"Para escapar al caos, es necesario pues remodelar las formas de vida de conformidad a las leyes de la materia viviente". Esta tarea presupone un conocimiento perfecto de las actitudes fundamentalmente diferentes frente a la vida, en razón de que se trate de un organismo no acorazado o acorazado.

Tendremos pues entre manos dos modos de vida completamente diferentes. "Una corresponde a la materia viviente funcionando libremente en base a los procesos naturales. La otra corresponde a la materia viviente cuyas funciones plasmáticas están entorpecidas por una coraza crónica autónoma". Tenemos buenas razones para creer que las sensaciones de los dos modos de vida se distinguen esencialmente. "El organismo no acorazado tiene sensaciones fundamentalmente diferentes a las del organismo acorazado". Como el plasma del cuerpo es el receptor y el transmisor de todas las impresiones, un sistema plasmático fluyendo libremente debe recibir impresiones que se distinguen de las del sistema entorpecido, es decir acorazado. Esto no son aquí especulaciones filosóficas sobre "la sensación y el cosmos", esto son hechos probados, acumulados en el transcurso de un trabajo largo y penoso sobre organismos humanos. Han sido reunidos, clasificados, verificados y finalmente valorados durante un cuarto de siglo. Estos hechos son el resultado de observaciones concretas sobre el comportamiento humano.

El organismo acorazado no siente, a diferencia del organismo no acorazado, ninguna corriente plasmática. En la medida que disminuye la coraza, las sensaciones de corriente se restablecen, sensaciones que el organismo siente primeramente bajo la forma de angustia. Después de la disolución completa de la coraza, las sensaciones de flujo orgonótico son sentidas como placenteras. Todas las reacciones se encuentran tan "fundamentalmente" modificadas que uno está en el derecho de hablar de dos "estados biológicos" esencialmente "diferentes", sin comunicación el uno con el otro. Hay que decir que este cambio no se obtiene en todos los casos. Cuando se ha obtenido, se acompaña de modificaciones fundamentales de las sensaciones de órgano; con las sensaciones de órgano se modifica también rápida y radicalmente «la imagen del mundo».

El orgonoterapeuta no se entrega a meditaciones filosóficas sobre el mundo y la vida. El médico y el educador, el enfermo y el alumno no piensan en profundizar la «posición del individuo en la sociedad y en el cosmos. Es a sabiendas que insisto en el carácter "clínico" de las experiencias. Pues existen estructuras caracteriales que ahogan toda empresa cualquiera que sea por medio de consideraciones que revelan un relativismo estéril. Así ciertas personas dirán: «Estamos aquí en el dominio de la ideología. Todas las ideologías valen. Un sólo y único hecho puede dar lugar a múltiples verdades».

Así pues, sobre un sólo y único hecho no puede haber más que UN solo enunciado objetivamente válido; no hay treinta y seis verdades". La cuestión del origen de la energía en las biopatías no comporta más que una sola respuesta y no diez: "la energía de las reacciones biopáticas proviene del estasis de energía biológica sexual". Existen efectivamente capas y grados diferentes en la evolución de una biopatía, puede haber ahí funciones y aspectos diferentes. Uno puede llegar por varios caminos a la "sola y única respuesta". Pero hay también

un factor "común", la función fundamental del estasis de energía. Los detalles pueden variar en función de la situación social particular, y de las experiencias precoces del sujeto. Pero lo que constituye el vínculo entre todos esos detalles tan variados como sean, lo que se refleja "fundamentalmente" por la deformación de la función vital, es en todos los casos y exclusivamente el estasis de "energía biológica (biosexual) y la coraza". A despecho de todos sus esfuerzos, la ciencia médica "no podrá a la larga escapar a esta conclusión ineludible".

Tratando en mi "Análisis del carácter" del problema de la salud biopsíquica, he distinguido entre el carácter «genital» y el carácter «neurótico». La señal distintiva fundamental, que permite separar los dos caracteres, es la presencia o ausencia de una estasis sexual crónica y de una coraza automática. La significación de esas distinciones clínicas sobrepasa en mucho el dominio individual. Interviene en la formación de «filosofías de la vida» e «imágenes del mundo».

El lector habrá comprendido que la vida funciona en el carácter "genital" en conformidad a "sus leyes" naturales y específicas, mientras que obedece en el carácter "neurótico" a las exigencias de la "coraza" y no de la materia viviente. Una serpiente en buen estado de salud se propulsa y agita según las leyes del orgón cósmico. Una serpiente con una ligadura siente y reacciona en función del "obstáculo" opuesto a sus movimientos. Este ejemplo puede ser generalizado:

"El ser viviente no acorazado" siente y comprende claramente los movimientos expresivos de otros organismos no acorazados gracias a sus propios movimientos solidarios e involuntarios y a sus sensaciones de órgano. "El ser viviente acorazado" no siente ninguna sensación de órgano, o bien la siente de forma deformada: pierde así el contacto con la vida y no comprende sus funciones*

Así, el hombre acorazado siente su tórax rígido y enderezado como una expresión de fuerza ("toughness"(1)). Sus sensaciones son "correctas" en su propio medio vital. La actitud "militar" de su tórax tiene la función de mantener su equilibrio y darle la fuerza necesaria para sostener la lucha por su existencia cotidiana. Sin embargo ignora totalmente hasta qué punto la coraza torácica "debilita" sus fuerzas vitales naturales. Peor, no comprende que la motilidad del tórax permite reaccionar libre y enérgicamente. Considera la movilidad del tórax como un signo de blandura y abulia. Temiendo no poder imponerse si "cede" ("yield"(2)) en lugar de "resistir". No sabe apreciar la fuerza natural que deriva de la libre motilidad de la materia viviente. En cuanto al ser viviente no acorazado, no comprende como se pueden sacar fuerzas en la rigidez torácica. Si intenta imitar durante algún tiempo la "fuerza de carácter dominada" reteniendo su aliento y enderezando su pecho, tiene la sensación de hacer un esfuerzo inmenso que es incapaz de sostener mucho tiempo. El organismo no acorazado se pregunta cómo se puede soportar durante años la constricción de la coraza.

(1), (2) en inglés en el texto (N. T.).

El principio vital en el orgonoterapeuta con buen estado de salud comprende y siente la expresión del enfermo acorazado por así decir por "efecto antinómico", por la impresión de extrañeza y perturbación que recibe. Así, la visión de un tórax rígido o de un sonreír gesticulante le molesta o le causa embarazo, ocurriendo de otro modo en el hombre acorazado. Para él, el tórax rígido y el sonreírse gesticulante han llegado a ser una segunda naturaleza. No lo concibe como una molestia, como el esfuerzo que representa en realidad. No sabe incluso que su tórax expresa una «desconfianza continua», que su sonreír crónico disimula un deseo de llorar o una cólera reprimida. El organismo no acorazado en cambio siente el sonreír compulsivo como lo que es, una carga penosa que se trata de arrojar lo más rápidamente posible.

El organismo no acorazado siente pues la coraza de otro organismo como desagrado. De la misma manera, el organismo acorazado siente la motilidad de otro ser viviente como extraña y enervante. A menudo le exaspera; pero en todos los casos, la coraza va acompañada en la profundidad del organismo, con un miedo mortal a la libre expresión del movimiento. Cuando se examina una biopatía en profundidad, se constata siempre el miedo mortal a la libre motilidad del organismo. Todos aquellos que aplican la orgonoterapia en su forma original, es decir centrada en la teoría del orgasmo, están en condiciones de verificar lo bien fundamentada de esta afirmación.

El hecho de que la filosofía de la vida o «imagen del mundo» sea tributaria del funcionamiento del plasma del cuerpo se hace patente cuando se ha devuelto al organismo acorazado su capacidad de sentir la corriente orgonótica.

No podemos acceder a la comprensión de la naturaleza en nosotros y a nuestro alrededor más que por nuestras impresiones sensoriales. Las impresiones sensoriales son en el fondo sensaciones. Luego las sensaciones son esencialmente "sensaciones de órgano"; dicho de otra modo, "exploramos el mundo circundante gracias a los movimientos de órgano" (movimientos plasmáticos). Nuestras emociones son las respuestas a las impresiones que recibimos del mundo circundante. En la percepción como en la autopercepción, impresiones sensoriales y emociones se funden en una unidad funcional.

"Por esta razón, la sensación de órgano es el instrumento más importante del estudio de la naturaleza".

La afirmación de que la sensación de órgano es el instrumento más importante del estudio de la naturaleza es confirmada también por las investigaciones de la filosofía naturalista clásica. Ella ha puesto en evidencia de una manera particularmente clara en la crítica kantiana del conocimiento que la naturaleza real de las cosas nos es inaccesible. La observación y el juicio son tributarios de nuestra organización física. Hasta hace poco, esta organización era el dominio de la naturaleza menos conocido. La incognoscibilidad de las «cosas en sí» es pues una consecuencia fundamental de la naturaleza de nuestro aparato sensorial. Esta premisa juiciosa de la crítica del conocimiento conduce a la biofísica del orgón a una conclusión extremadamente importante:

"Si el hombre lograra aprehender en el plano energético y orgonótico la función de la percepción y de la sensación, es decir, a explorar las profundidades de su propia naturaleza, habría abierto de golpe un acceso a la "cosa en sí". En la investigación freudiana el inconsciente desempeña el rol de la «cosa en sí» de la organización psíquica, y por consiguiente el instrumento de estudio de la naturaleza. El descubrimiento de la energía orgón fue el resultado de la exploración sistemática de las funciones energéticas, primeramente en el dominio del funcionamiento psíquico, más tarde en el del funcionamiento biológico. La base material de esta exploración era la sensación de órgano, que forma parte integrante de nuestra sensación del Yo y es al mismo tiempo una parcela de la naturaleza funcionando objetivamente. La autopercepción es verificable objetiva y experimentalmente: un sujeto de experiencia, dotado de una sensibilidad de órgano afinada, puede descubrir gracias a la intensidad de sus sensaciones de órgano las oscilaciones cuantitativas de un oscilógrafo situado en una habitación vecina. De la misma manera, el observador situado ante el oscilógrafo es capaz fundándose en la amplitud de las oscilaciones da energía, de indicar la intensidad de las sensaciones de órgano a las cuales está sometido el sujeto de la experiencia (1). Así fue derribada la barrera que, durante milenios, ha impedido el estudio de las sensaciones de órgano. La radiografía del campo energético de las manos fue el resultado de la unificación, mediante un método de razonamiento apropiado, de las sensaciones y la excitación objetiva. El campo de energía no comporta zonas de sombra cuando la sensación atracción se echa en falta.

(1) Cf. RSICH: «Experimentelle Ergebnisse Uber die Funktion von Sexualitat und Angst», Oslo, 1937.

Estudiando minuciosamente las sensaciones de órgano, nos familiarizamos con el instrumento del cual nos servimos consciente o inconscientemente, bien o mal, en todos los estudios de la naturaleza. Así, la organización y el funcionamiento de la materia viviente llega a ser la condición esencial e indispensable de cualquier conocimiento de la naturaleza. Estamos perfectamente de acuerdo con la crítica del conocimiento de Kant que veía en la organización biológica el fundamento de "todo" conocimiento.

Lange ha sacado en buen momento una conclusión juiciosa: Quizás alguien encontrará escrito en su "historia del materialismo", el fundamento del concepto de causalidad en el mecanismo de los movimientos reflejos y de la excitación simpática. De esta manera, traduciríamos la "Crítica de la razón pura" de Kant en términos de fisiología y la haríamos más concreta. (Lange, "Materialismus", II, p. 44, 1902).

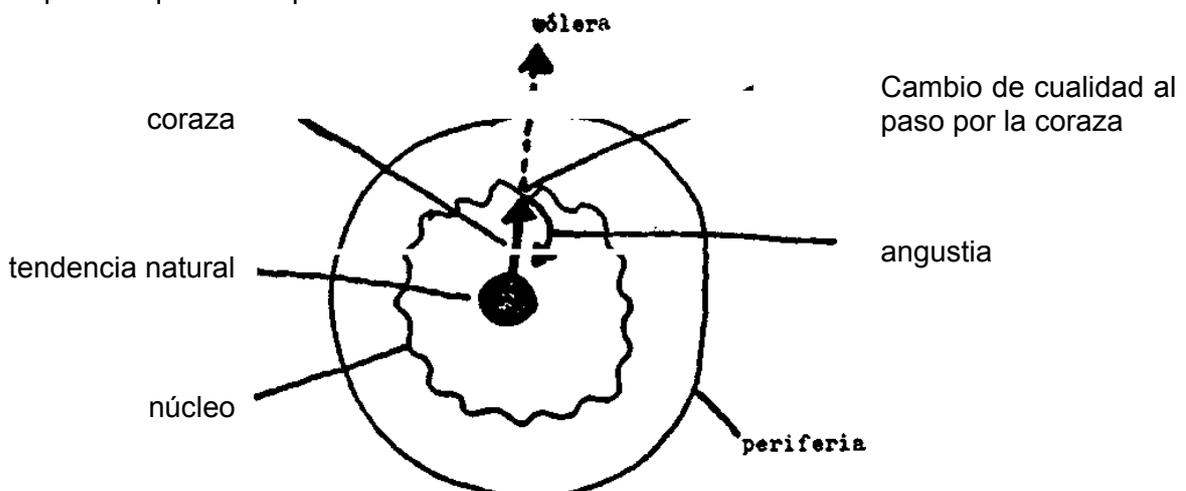
La visión maravillosa de Lange se ha convertido en realidad. "La biofísica del orgón opera con la sensación de órgano en tanto que primer sentido de esencia estrictamente fisiológico". .

Para explorar la naturaleza debemos "amar" en el sentido literal de la palabra el objeto de nuestro estudio. O, para emplear el lenguaje de la física del orgón, debemos realizar un "contacto orgonótico" directo e inalterado con el objeto de nuestra investigación. El dinamismo de la función orgonótica del cuerpo se pone de relieve en la orgonoterapia.

De esta manera, tomamos conocimiento de los mecanismos que están en la base de las diferentes actitudes frente a la vida ("Weltanschauungen"). Podría escribir un grueso volumen sobre los innumerables mecanismos de la coraza que caracterizan al místico, al político, al criminal, al táctico, etc. Pero no es ese el objetivo de nuestro estudio. También nos limitaremos al estudio de los mecanismos fundamentales que distinguen a la materia viviente de sus formas de expresión desnaturalizadas biopatológicas. Confrontaremos esos dos mundos separados el uno del otro para traspasar el misterio de las tragedias sociales que agobian al animal humano desde hace milenios, desde la aparición de la coraza en su organismo. La materia viviente desarrolla en su propio dominio una infinidad de formas vitales. De la misma manera, el ser viviente acorazado produce en su propio dominio una gran variedad de reacciones biopáticas. Lo que nos interesa es el tipo en su totalidad, es la oposición a las sensaciones vitales que está en la base de todas las otras oposiciones.

"El organismo acorazado se distingue esencialmente del organismo no acorazado por un muro rígido que se intercala entre su núcleo biológico, origen de todas las pulsiones naturales, y el mundo en el cual vive y actúa. Se deduce que todas las pulsiones naturales y más particularmente la pulsión de amor se encuentran frenadas". El núcleo viviente del organismo acorazado ha mantenido todas sus pulsiones, pero no llegan a desplegarse libremente. "En su intento desesperado de «expresarse», toda pulsión natural está obligada a atravesar, o traspasar el muro de la coraza. La pulsión debe emplear la violencia para conseguir salir a la superficie y cumplir su finalidad". En su esfuerzo por atravesar brutalmente el muro de la coraza, la pulsión de cualquier naturaleza que sea en su origen "se transforma en rabia destructiva". Poco importa en ese contexto el destino futuro de esta reacción de cólera secundaria, después de su paso por la coraza. Que sea transformada en acto o frenada, que se convierta en piedad mórbida o que alcance su finalidad bajo la forma de sadismo abierto: "el elemento esencial del proceso es la transformación de todas las pulsiones de amor en rabia destructiva en el momento del paso por la coraza". Es e insistimos en este punto su esfuerzo en vistas a expresarse naturalmente y llegar a su finalidad que transforma todas las pulsiones biológicas del núcleo en rabia destructiva. Este es el porqué el aspecto general del hombre acorazado tiende hacia la dureza y la falta de armonía.

He aquí el esquema del proceso:



La existencia de la coraza no impide al organismo acorazado amar o tener miedo. Sus manifestaciones vitales provienen de "todas" las capas profundas del organismo. Comunica con el mundo por así decir mediante los agujeros y defectos de la coraza. Como no tiene la libertad de

expandirse plenamente, su amor es un amor mezquino, comedido, equitativamente partido y repartido, su solicitud por el niño está “controlada”, “tiene en cuenta todas las circunstancias”, su actividad está “equilibrada”, “meditada” apuntando al trabajo “inteligente” y “útil”, su odio es “consciente de su objetivo”, perspicaz. En otros términos: no pierde jamás la cabeza, es reposado y “moderado” como pueda ser un “político realista”. Tal organismo detesta la libertad ordenada pero multiforme de los procesos naturales, o la teme.

Su odio destructivo apunta en primer lugar se podría decir casi exclusivamente a las manifestaciones auténticas y desbordantes de la vida, todo aquello que, en la vida, es espontaneidad, abandono, entusiasmo, impulso, embriaguez, locura. Su primera víctima es siempre la espontaneidad y la libertad en el dominio somático. En su oposición destructiva a la vida, el organismo acorazado no tiene miramientos. Ahí, ensalza las cualidades que constituyen el ideal según él del comportamiento humano. Anteponiendo pretextos de idealismo o de higiene, el organismo acorazado sabe apagar todo movimiento espontáneo de la vida en él mismo y en los otros. Léase cuidadosamente el artículo de ahí debajo que apareció en 1945 en un periódico neoyorquino de gran difusión. El autor tiene conciencia de la importancia de la respiración. Conoce los perjuicios de una mala técnica respiratoria. Quiere aconsejar, ayudar. En realidad redacta un inventario de cosas «a hacer» y «a no hacer»

Ejercicios de respiración profunda.

Los efectos de la respiración profunda son tan variados como benéficos. Una respiración correcta purifica la sangre, reanima la tez, facilita la buena asimilación del alimento. Existen ejercicios que mejoran el talante, favorecen el buen funcionamiento de los órganos internos del cuerpo, producen buenos hábitos respiratorios. Os agrada quizás practicarlos todos los días:

Nº 1) Alargaros en el suelo mismo, sobre la espalda. Poned vuestra mano derecha sobre vuestro diafragma. Aspirad lenta y profundamente. Mientras aspiráis, vuestro diafragma y vuestras paredes abdominales deberán levantarse. Cuando espiréis vuestra mano retomará su posición normal. Después contraed los músculos abdominales y aspirad; al mismo tiempo, apretad vuestra espalda contra el suelo tanto como se pueda.

Nº 2) Quedad en la misma posición. Aspirad profundamente y plegad las rodillas, poned vuestros pies planos sobre el suelo. Comenzad a respirar por el diafragma hasta que sintáis vuestras costillas separarse. No levantéis vuestro tórax. Espirad contrayendo o distendiendo vuestros músculos abdominales, pero no dejéis a vuestras costillas hundirse. Espirad el aire mediante una serie de pequeñas contracciones abdominales. Vacíad vuestros pulmones completamente y dejad hundirse a vuestras costillas.

Este consejero recomienda exactamente lo que intenta hacer en un esfuerzo biopático nuestro enfermo acorazado cuando se le invita a no retener su respiración. "Se activa", "se entrega a los ejercicios", "demuestra", "se **afana**", "exhibe su respiración". Pero no respira en conformidad a la inervación natural. Podríamos extender este ejemplo a innumerables manifestaciones del organismo acorazado. Tienen siempre esto en común, que apuntan a impedir o a entorpecer las expresiones vitales espontáneas, involuntarias. El hombre acorazado puede ser tolerante en todas las situaciones de la vida, a veces incluso encantador, amable, servicial. Pero en el momento que se encuentra colocado en presencia de un organismo viviente funcionando sin coraza, tiene la reacción lógica de furor.

La actitud destructiva de la vida acorazada respecto de la vida no acorazada es atestiguada por las relaciones que vinculan la mayor parte de los educadores a los recién nacidos. El recién nacido está desprovisto de coraza. La vida se despliega en él según sus propias leyes, no tiene en cuenta alguna las "exigencias de la civilización". Su primera manifestación vital es la actividad de su boca fuertemente cargada de orgón. En nuestras maternidades tan renombradas, una ley de hierro prohíbe dar el seno a los recién nacidos durante las veinticuatro o cuarenta y ocho horas siguientes a su nacimiento. Es necesario usar amenazas para persuadir a una enfermera o a un médico a violar esta regla. Los lactantes sufren y gimen. La "civilización" se burla siempre que vayáis a informaros de las razones de esta medida. ¡No hay ninguna que se tenga en pie! Todo lo más se os repetirá una de esas respuestas que se parecen a los anuncios de una máscara. Por otra parte los recién nacidos no deben sentir a su madre más que durante algunos minutos por

día. ¡Pensad pues! ¿Confiarlos a su madre? ¡Qué crimen contra las reglas de la higiene! El recién nacido que acaba de ser arrancado del contacto orgonótico del cálido útero donde ha vivido durante nueve meses, que pasa brutalmente de un ambiente de 37° C a una habitación de 18° o 20° centígrados, se ve privado de la tibieza del cuerpo de su madre. Actuar de otro modo, sería enfrentarse al reglamento de la administración de los hospitales, sería sublevarse contra la civilización y el decoro, arriesgarse al complejo de Edipo, violar las buenas viejas costumbres, brevemente ello sería una manifestación vital condenada por la más noble de todas las ciencias, la medicina, representada por las lumbreras médicas y los rectores de las universidades en un mundo en el cual los electrones y los protones danzan el baile de san Vito de las explosiones atómicas con los neutrones y los positrones. Es ahí y en ninguna otra parte donde se inculca a los recién nacidos la sumisión a las exigencias de la guerra, que no se decide solamente en los congresos de diplomáticos. El recién nacido reacciona al frío primeramente mediante angustia, después por la contracción de su sistema autónomo, la primera contracción de su vida si su organismo no ha sido ya dañado por la estancia en un útero muerto.

Esa masacre de recién nacidos, de la cual se puede percibir el eco ensordecedor y desgarrador en todas las maternidades del globo, esa masacre, digo, no tiene la menor relación con las exigencias de la higiene. Se trata de la primera medida inconsciente, pero dramática de organismos acorazados médicos, directores, padres en el encuentro con la vida activa que se presenta ante ellos, inviolada e indeformada. Reflexiónese un poco: miles de médicos y enfermeras oyen los gritos de los lactantes, pero son sordos y mudos. Compárese esta manera de actuar con la puesta en escena solemne de bocas protegidas por una máscara, de manos enguantadas en caucho, puesta en escena destinada a camuflar el desplazamiento del centro de gravedad, la sustitución de lo esencial por lo accesorio, la lucha encarnizada contra la vida.

Pretendo que la medicina y la pedagogía tal como son practicadas y oficialmente enseñadas en nuestras escuelas están marcadas por una incomprensión total del ser viviente y de los «procesos vitales» más rudimentarios. Digo bien "procesos vitales" y no «numero de glóbulos rojos». Es esta actitud que confirma una vez más que "el organismo no podría sentir más que aquello que expresa él mismo". El médico acorazado no oye los gritos de los lactantes, o los considera como una fatalidad porque ha apagado en él mismo los gritos, porque no comprende ya el lenguaje del otro organismo. Algunas raras voces valerosas parecen probar que una mejor comprensión se vislumbra.

No tengo intención de redactar aquí la lista de las masacres pedagógicas. Que otros, y más competentes, se encarguen. Se trata primeramente de poner en claro las razones profundas de "todos" los atentados a la vida. No dudo de la buena voluntad de los médicos, enfermeras, educadores y padres. Pretendo sencillamente que su amor por el recién nacido, amor sepultado en lo más recóndito de ellos mismos, es incapaz de traducirse en hechos prácticos. No comprendiendo la vida del recién nacido, la temen, la juzgan peligrosa y extraña. La pedagogía psicoanalítica ha tomado abiertamente parte y causa para la «exterminación del animal» en el niño. Esta actitud debe ser públicamente denunciada, sus móviles revelados.

La supresión del contacto con el organismo materno es seguida de otras frustraciones: se impide al niño moverse (hace algunos años todavía se encordelaba literalmente como un paquete envuelto en pañales), se le fuerza a respirar por la nariz en lugar de dejarle respirar naturalmente por la boca entreabierta; se le inclina a no llorar o gritar; se controlan sus evacuaciones y se le viola administrándole supositorios y lavativas; se le prohíben todas las manifestaciones directas de la vida, sobretodo la masturbación.

"La vida acorazada responde a la vida no acorazada mediante el miedo y el odio". En algunos casos, el miedo se convierte en pánico, el odio en rabia ciega, sanguinaria, mortífera. El organismo acorazado no soporta los movimientos ágiles, flexibles del recién nacido. Aquel que ya ha tenido en su mano un pequeño pájaro, sabe a qué sensación hago alusión. Se comprende mal porqué el lenguaje de nuestros educadores es tan pesado, porqué exigen tanto del niño y de una manera tan dura, porqué los castigos apuntan siempre a humillar. No se encontrará, en el marco mental de la civilización moderna, ninguna explicación de la dureza de la cual se hace gala respecto al niño. Uno no sabría explicar mediante razones plausibles porqué el ideal de la educadora es la mujer de mediana edad, delgada, fea, virgen. En muchos países se exige del

maestro el celibato, y allí donde el celibato no está prescrito de una manera formal, se espera del educador mediante un acuerdo tácito que no se case.

Todo el mundo sin embargo sabe que el organismo sexualmente frustrado siente las manifestaciones naturales de la vida como una provocación. A uno no le gusta estar colocado en presencia de su propia desgracia, de su propia frustración. En realidad el problema no es tan simple. El organismo acorazado no detesta la vida en un principio. Más bien al contrario, busca el contacto con los demás, y tiene reacciones racionales y amables. Pero poco a poco las relaciones de amor se truecan inevitablemente y mediante una especie de compulsión en odio furioso. El estudio profundo del proceso muestra que el organismo acorazado es incapaz de establecer el contacto en su plenitud, o de mantenerlo. El primer movimiento de ternura y amor se encuentra tarde o temprano interceptado por la coraza. Siendo la consecuencia un sentimiento penoso de frustración. El organismo acorazado no tiene conciencia de esta interferencia actuando en contra de su amor y en consecuencia reacciona como si fuese el organismo no acorazado quien rechazase sus sentimientos. Es a consecuencia de la tentativa desesperada de traspasar la coraza y manifestar su amor como el impulso amoroso se trueca en odio y rabia destructiva. Este odio no es querido, no es fruto de una decisión consciente. La motivación del furor está siempre traída por los pelos, es una racionalización.

El mecanismo descrito aquí arriba tiene una trascendencia universal. Sin haber desmontado los engranajes es imposible comprender ciertas particularidades de las relaciones humanas. Volveremos en otro contexto sobre esta evolución fatal resultante de la brusca transformación del entusiasmo y el amor en odio ciego. Es la incapacidad del organismo acorazado en expandir libremente sus pulsiones de amor, en expresar su entusiasmo, en darse por entero a una causa, quien determina sus movimientos destructivos.

A lo que se añade la actitud del niño no acorazado frente al educador acorazado. Los niños sanos sienten confusamente la inautenticidad de ciertos comportamientos. Se apartan del hombre acorazado y van al encuentro del hombre no acorazado. Frente a un organismo acorazado, el organismo no acorazado se siente "con estrechez", "desconectado", "repelido". No estamos todavía en condiciones de medir esas reacciones con precisión mediante la ayuda de instrumentos, pero no se podría dudar de su naturaleza biofísica. Se trata realmente, en todos esos casos, de "fenómenos de contacto, de excitaciones del campo orgonótico".

Muy diferente es el encuentro de dos organismos no acorazados, de una madre sana y un niño sano, por ejemplo. La expresión somática está desprovista de todo elemento inauténtico. Las manifestaciones de amor son tan racionales en su motivación y en su expresión como las reacciones de defensa o de odio. Al contrario de las relaciones sofisticadas y complejas entre organismos acorazados, el trato entre seres no acorazados es de una gran "simplicidad". Con seguridad, conoce también fricciones, pero no se observan jamás reacciones biopáticas tales como la fijación neurótica, la venganza mezquina, los conflictos sin salida.

Es precisamente esta «simplicidad» en las relaciones humanas lo que el organismo acorazado no llega a comprender. ¡Luego todo lo que es natural y grande es también simple!. Uno sabe que son las líneas "grandes y simples" de la expresión del movimiento que caracterizan a los grandes pintores, poetas, novelistas, sabios. El organismo acorazado ignora la simplicidad. Sus pulsiones revisten una forma tan complicada, su trayectoria es tan tortuosa y contradictoria que no tiene ningún órgano para la expresión del movimiento directo y "simple". El sentido de la simplicidad le falta. Su amor no va sin odio y sin miedo. El organismo no acorazado ama simplemente cuando el amor es admisible, odia cuando necesita odiar, coge miedo cuando hay razones para tener miedo. El organismo acorazado odia cuando debería amar, ama cuando debería odiar, coge miedo cuando debería amar u odiar. "La complicación es la expresión vital característica del organismo acorazado". El organismo acorazado se enreda de alguna manera en la maleza de las contradicciones de su existencia. Como aborda todas las experiencias personales mediante su estructura caracterial complicada, sus experiencias personales terminan por complicarse. Se extraña de las realizaciones de un organismo sano o las atribuye a un talento particular al cual no tiene acceso. El "genio" es a sus ojos una especie de "monstruo" anormal porque no comprende la gran simplicidad de la expresión vital del «genio». Descortezando las diferentes capas de su carácter, se constata que la complejidad del carácter acorazado es un aparato de defensa

ejemplar. El organismo acorazado es complicado porque tiene un miedo "mortal" de todo lo que es simple, recto, inmediato, directo. Digo bien: miedo "mortal". No se trata de una metáfora literaria. El término describe correctamente el proceso: "La simplicidad, la rectitud, la inmediatez resultan necesariamente de las convulsiones plasmáticas orgásticas periódicas",

El hombre acorazado no puede expresarse directamente porque sus pulsiones naturales están deformadas, troceadas, frenadas, desviadas por la red complicada de su coraza caracterial. El hombre acorazado siente fuertemente su complicación y la del mundo, porque no tiene ni contactos ni relaciones inmediatas con el mundo que le rodea. Al cabo del tiempo, como efecto secundario, el mundo circundante termina por complicarse "efectivamente" para él. Como el nudo de complicaciones donde se enreda hace imposible una existencia ordenada, las «relaciones humanas» obedecen pronto a reglas artificiales. De donde los hábitos rígidos, las costumbres, las reglas del decoro, las leyes, las astucias diplomáticas.

El organismo no acorazado no tendrá jamás el impulso de vomitar en presencia de otras personas o aflojar un viento, esto es porque el organismo no acorazado no tendría jamás la idea de dictar una regla en términos de la cual sería malsano vomitar en presencia de otra persona o de dejar libre curso a sus hinchazones de vientre. En cambio, el organismo acorazado está expuesto a una serie de pulsiones de ese género. El hombre acorazado saca del origen de sus pulsiones secundarias las reglas y costumbres destinadas a "contenerlas". El número y el rigor de las reglas de decoro y las prescripciones sobre la conducta de la vida permiten hacerse una idea precisa de la naturaleza e intensidad de las pulsiones sociales secundarias que agitan a los hombres.

El organismo no acorazado no siente jamás la pulsión de violar o matar niñas inocentes, de procurarse placer por la violencia, etc. **muestra** la mayor indiferencia en lo que atañe a las reglas destinadas a contener ese género de pulsiones. No comprende cómo se puede hacer el coito con una persona del otro sexo por la única razón de que la ocasión se presta, porque se comparte, por ejemplo, su habitación. El individuo acorazado en cambio no vive correctamente reglada sin leyes severas contra violación y el homicidio sexual. No comprende que un hombre pueda aislarse con una mujer sin entregarse a intimidades sexuales. Brevemente, está lleno de perversidad y el mundo le parece una invitación a la perversidad. El psicoanálisis ha padecido mucho tiempo la perversidad de esos perversos que se rebelaban contra las entrevistas del psicoanalista con una mujer enferma. De la misma manera, los individuos perversos y acorazados continúan injuriando a la economía sexual calificándola de escuela de depravación. Un sádico afectado de una espesa coraza que un día pidió mi ayuda se declaró arrebatado por mis escritos puesto que preconizaba "el revuelco de cama en todos los lugares y circunstancias". Después de algunas semanas de dura labor conseguí corregirle de su error. Más no puedo verificar cuántos individuos sádicos y perversos leen mis libros y hacen pasar a continuación sus fantasías lúbricas por mis ideas. En realidad, el médico que combate a la peste sabe que corre riesgo de contagio. La interpretación libidinosa de la economía sexual es la enfermedad infecciosa de nuestro oficio.

Veremos más adelante que la infección pornográfica no está limitada a los medios perversos e inmorales. Gentes completamente «honorables» son portadores de microbios de la peste emocional. Uno de los objetivos de nuestro estudio es hacer la separación rigurosa entre la vida "sana" y la vida "enferma", permitir a los hombres tomar conciencia de sus diferencias, proteger así al médico que lucha contra la peste emocional de la «infección» peligrosa.

Las pulsiones habiendo atravesado la coraza caracterial se manifiestan pues exteriormente mediante una brutalidad sádica, una lubricidad inmoral, una actitud de defensa nacida de un miedo mortal. Como la mayor parte de los animales humanos están acorazados, uno no podrá extrañarse de que la economía sexual y más tarde la biofísica del orgón se hayan tropezado con un muro de brutalidad, de pornografía, de miedo mortal, cuando se han puesto a hacer luz, de manera sencilla y directa, sobre algunos problemas esenciales de la vida. Si no hubiese asumido la pesada responsabilidad de establecer una clara distinción entre las pulsiones vitales naturales y las tendencias sádicas e inmorales de la muchedumbre, habría voluntariamente renunciado a este descenso al lodazal de las perversiones psíquicas. Pero no tengo derecho a encerrarme en la confortable torre de marfil del hombre de ciencia. Lo puesto en juego es demasiado importante. Aunque esté libre de toda pulsión de venganza, no puedo disimular un sentimiento de triunfo por

haber escapado al infierno dantesco de la existencia humana, sano y salvo, por ningún concepto derribado o ensuciado, pero no sin algunas cicatrices dolorosas, sin algunas heridas en mi honor, seguro del valor de mis descubrimientos científicos a despecho de las calumnias increíbles que los individuos biopáticos han lanzado contra mí.

Vamos a remontarnos a los orígenes de la vida no acorazada, al océano de orgón cósmico. Vamos a seguir la vida acorazada en sus encaminamientos grotescos y peligrosos. Vamos a establecer una distinción entre esas dos formas fundamentales de la materia viviente que no se encuentran más que en algunos lugares precisos. Esta distinción es artificial, y como toda especulación artificial no ofrece más que un aspecto inanimado de las funciones vivientes. Dejaremos sin respuesta cuestiones importantes, no alejaremos todas las dudas, no descorreremos todos los velos. Pero en fin, descubriremos una ley que resume todas las funciones orgonóticas y sus variantes multiformes y polimorfas en una armonía natural tan simple como grandiosa. Y sentiremos de otro lado tanto más dolorosamente la desviación de la especie humana respecto a esta ley de la naturaleza; quedaremos sobrecogidos de horror tomando conocimiento de lo que he llamado mediante un término médico la PESTE EMOCIONAL DEL ANIMAL HUMANO y del cual he suministrado la descripción. La peste emocional es como una gran disonancia en la naturaleza que ignoran el animal y a planta, el lactante y algunos raros animales humanos bastante dichosos y bastante vigorosos para escaparse de ella.

No puedo apoyarme, para describir la lucha a muerte entre la vida no acorazada y la vida acorazada, más que sobre mis experiencias personales y mis observaciones de médico en contacto con mis enfermos. En ese dominio, los límites entre la biología en el sentido estricto del término y la sociología se borran. La existencia social del hombre no es más que una mala variante de su existencia natural. Es a la luz de la vida armoniosa que aparecerá la cara gesticuladora de la peste emocional en la vida social. Para ampliar el campo y lograr una mejor visión de conjunto, trascenderemos nuestra existencia mental en tanto que seres sociales y lo abordaremos desde la perspectiva de la vida en el hombre. Valoraremos la gran tragedia que se ha cernido sobre el animal humano cuando ha decretado que lo viviente era su peor enemigo. Haciendo camino, captaremos nosotros mismos la experiencia de su odio a la vida. Como examinaremos el dominio social desde la perspectiva de la materia viviente, seremos capaces de condenar no al hombre apestado, sino las circunstancias que le han desnaturalizado hasta hacerle el más maléfico de todos los animales.

Invitamos pues al lector a un viaje largo y penoso. Aquel que no quiera seguirnos o que prefiera la fraseología biológica y sociológica habitual que vuelva a su casa. Mas nosotros aceptamos la compañía de todos aquellos que tienen el coraje de afrontar algunas verdades desagradables.

CAPÍTULO IV

ANIMISMO, MISTICISMO, MECANICISMO

FALTAN PÁGINAS 1 y 2

su naturaleza, sobre su instrumento más precioso, y que el misticismo haya podido apoderarse tan completamente y de manera tan destructiva del dominio de las sensaciones vitales.

También los hechos grotescos tienen siempre una función determinada y obedecen a una intención secreta. Sería falso naturalmente el imaginarse que los animales humanos acorazados hayan celebrado cierto día una reunión secreta y hayan tomado la decisión de impedir todo conocimiento de la naturaleza de las sensaciones, el lazo de unión entre el Yo y la naturaleza, castigar a los divulgadores de ese secreto, perseguirlos, quemarlos, torturarlos. Tal reunión jamás se ha celebrado, tal resolución no ha sido nunca acordada. La lucha a muerte de la peste emocional contra el conocimiento de la naturaleza de las sensaciones ha sido dictada, dirigida, y puesta en práctica por las "leyes funcionales del carácter" de los seres vivos acorazados.

Ha necesitado esperar la "teoría de la estructura caracterial", fruto del análisis caracterial, para poner término al maleficio y abrir de par en par la puerta del conocimiento de la naturaleza de las sensaciones. El descubrimiento subsiguiente de los fenómenos energéticos biológicos en el interior del organismo sensible y el descubrimiento de la energía orgón atmosférica en el sentido estrictamente físico eran las consecuencias lógicas de la "primera" conquista, a saber el descubrimiento de que la sensación es una función de la emoción, que hay pues identidad funcional entre la cantidad de una excitación y la intensidad de la sensación correspondiente". Así, la sensación se ha convertido ella misma en objeto de investigación científica. Las consecuencias ulteriores de este descubrimiento son bastante elocuentes por ellas mismas.

La sensación es una función de la membrana que separa al sistema viviente del océano de orgón circundante. Es a través de esta membrana como el cuerpo viviente orgonótico comunica con todos los otros sistemas orgonóticos. No es una casualidad si los órganos sensitivos nerviosos se desarrollan a partir del ectodermo, de la hoja germinativa "externa" de la gástrula.

Como la visión física de la naturaleza es una consecuencia de la constitución biológica del observador de la naturaleza, la «imagen del mundo» no podrá ser separada de su creador. Brevemente, "el estudio de la naturaleza que ha conducido al descubrimiento de la energía orgón cósmica, se opone de manera clara, tajante, inconciliable a esa otra manera de estudiar la naturaleza a la cual debemos la bomba atómica. Está la cuestión de saber si la naturaleza es un «espacio vacío con algunas manchas ampliamente dispersadas», o si es un espacio lleno de energía cósmica primordial, un continuum funcionando de una manera viviente y obedeciendo a una ley natural de validez universal".

El "técnico" de la ciencia física cuyo pensamiento ha sido modelado por la ideología mecanicista, estima que "todos" los problemas físicos sin excepción están resueltos. Su imagen del mundo se limita a la posibilidad de teledirigir aviones por medio de aparatos perfeccionados para que se pueda prescindir de un piloto de carne y hueso. Colabora en la aparición del arma más mortífera y más infame de la historia de la humanidad para el «alba de la era de la energía atómica». El mundo se hunde bajo sus pies, pero su «imagen del mundo» es sólida y compacta, consistiendo esencialmente en un «espacio vacío» lleno de algunas manchas. No tenemos intención de discutir su punto de vista, aunque sea un elemento esencial de la formación de la opinión pública. Tal visión del universo no deja ningún lugar a la materia viviente. Lo que es más grave, el efecto "práctico" de su visión de la naturaleza es "destructivo"; en el plano teórico, descarta a la sustancia viviente de todas sus consideraciones, en el plano práctico siembra la muerte social y la guerra.

Ocurriendo diferentemente en los "fundadores" de esta ideología mundial muerta y mortífera.

Los fundadores del universo vacío y muerto son hombres inteligentes e instruidos. No creen que todos los problemas están resueltos. Más bien al contrario, admiten abiertamente que su imagen del mundo físico tiene absoluta necesidad de un correctivo. De todas maneras están en contradicción con su propia teoría. Afirman haber dado la espalda a la realidad para retirarse a una torre de marfil repleta de símbolos matemáticos. Uno tendría pues razón en reprocharles haber trocado el mundo real por un mundo de sombras, de no manipular ya más que sombras y símbolos abstractos. Cada uno puede hacer lo que quiera mientras no perjudique a los demás. ¿Pero esta forma de abordar los problemas es verdaderamente inofensiva? ¿Pero esta física no es, al contrario, nociva puesto que excluye al hombre, mistifica la vida, conduce -lo quieran o no sus autores- al descubrimiento de materias explosivas?

Trataré de describir el aparato sensorial del observador mecanicista que ha elaborado la visión mecanicista del mundo. ¿Cómo se explica que la física mecanicista haya hecho depositar su balance por sus representantes más ilustres, que no haya sido capaz de romper el anillo de hierro que encierra su pensamiento y del cual se siente prisionera? Si, consecuentes con nosotros mismos, imputamos la responsabilidad de la imagen del mundo mecanicista a la estructura caracterial de físico, tenemos inmediatamente que responder a varias cuestiones: ¿Cómo se presenta pues la estructura caracterial mecanicista? ¿De qué propiedades particulares deriva la incapacidad total de algunos para observar la naturaleza? ¿Cuál es el origen de esta estructura caracterial? ¿A qué circunstancias sociales debe su existencia?

No tengo intención de rememorar aquí la historia de la ciencia mecanicista. Me limitaré a escharbar en mis experiencias personales y a describir al físico mecanicista típico tal como se manifiesta en el análisis psiquiátrico.

El físico mecanicista típico piensa según los principios de la construcción de máquinas que es su preocupación esencial. Así pues, "una máquina debe ser perfecta". También el físico debe pensar y actuar de una manera «perfecta». EL PERFECCIONISMO es la señal distintiva del pensamiento mecanicista. No admite el error. No le gustan las situaciones fluctuantes o inciertas. El mecanicista, cuando realiza sus experiencia, opera con maquetas de la naturaleza. La experiencia mecanicista del siglo XX ha renunciado a lo que constituye la esencia misma de toda investigación seria, al control e imitación de los procesos "naturales"; es el control e imitación de los procesos naturales que caracterizan el trabajo de todos los pioneros de las ciencias naturales. Todas las máquinas "del mismo tipo" son idénticas hasta en sus menores detalles. Toda desviación es considerada como una imperfección. Esto es un principio perfectamente válido en materia de construcción de máquinas. Pero aplicado a los procesos de la naturaleza, constituye una fuente segura de errores. "La naturaleza no está sacada con tiralíneas. Su modo de operar no es mecánico sino funcional". Es por lo que el mecanicista se equivoca siempre cuando aplica a la naturaleza sus principios mecanicistas. Hay una ley de la armonía de las funciones naturales, una ley que impregna y domina todo lo que existe. Pero esta armonía y estas leyes no tienen nada que ver con la camisa de fuerza de la técnica mecánica que el hombre mecanizado impone a su carácter y a su civilización. La civilización mecanicista es una "desviación de la ley natural; peor, es una "perversión de la naturaleza"; una variedad mortal, al igual que un perro rabioso es un defensor de la familia de los perros.

Lo que caracteriza a los procesos de la naturaleza es la ausencia de cualquier perfeccionismo a despecho de las leyes que rigen sus funciones. Se observa efectivamente, en un bosque natural, un principio de crecimiento homogéneo. Pero no hay dos árboles sobre cien mil en los cuales dos hojas se asemejen como dos copias de un cliché fotográfico. El dominio de lo variable es infinitamente más vasto que el dominio de lo uniforme. Aunque sea verdad que la ley natural de homogeneidad se aplica al menor detalle y puede ser resaltada, nada en la naturaleza obedece al principio del perfeccionismo. A pesar de las leyes, los procesos naturales son INCIERTOS. Perfeccionismo e incertidumbre se excluyen mutuamente. No se podría oponer a esta afirmación el rigor de las funciones de nuestro sistema planetario. Sin duda, las órbitas de los planetas no han cambiado desde hace milenios. Pero mil años, qué digo, millones de años, son poca cosa en la evolución de la naturaleza. El origen del sistema planetario es tan incierto como su futuro. Esto todo el mundo lo reconoce. Así, el sistema planetario mismo, mecanismo "perfecto" a los ojos del astrofísico, es imperfecto y sometido a las variaciones "desordenadas" de los períodos de

calentamiento, manchas solares, seísmos, etc. La meteorología y las mareas no siguen las leyes de la máquina. Que en esos dominios de la naturaleza los mecanismos científicos están en jaque salta a la vista. Del mismo modo que su dependencia de las funciones de una energía cósmica primordial. La naturaleza tiene leyes. Pero esas leyes no son mecanicistas.

El perfeccionismo es pues una necesidad de la civilización dominada por la máquina; es válida en el interior, pero no fuera de las funciones mecanicistas, de los modelos artificiales de la naturaleza. Así como todo es lógico en el interior de la lógica formal pero ilógico fuera de esta lógica, del mismo modo todo es coherente dentro de los límites de una matemática abstracta, pero sin sistema de referencia fuera de esos límites, asimismo los principios pedagógicos son lógicos en el interior del sistema educativo autoritario, pero inutilizables y antipedagógicos en todas partes, así el perfeccionismo mecanicista pone de manifiesto la anticiencia y la pseudoexactitud en el momento que se le separa de su marco lógico: en realidad, no hace más que entorpecer el estudio de la naturaleza. La investigación sin errores es imposible. Todo estudio de la naturaleza es tanteante, irregular, inestable, flexible, continuamente en vías de recomenzarse, fluctuante, incierto, poco seguro, pero no pierde nunca el contacto con los procesos "reales". Pues los procesos reales de la naturaleza son, a pesar de que las leyes que los rigen son extremadamente variables, "libres" es decir independientes de las leyes, imprevisibles e imposibles de reproducir.

Es esta libertad de la naturaleza que espanta a nuestros mecanicistas si llegan a encontrarla. El mecanicista no soporta la incertidumbre. Pero la libertad de la naturaleza no es ni metafísica, ni mística, es funcional, reglada por leyes.

El análisis caracterial nos ha enriquecido, en ese dominio, con algunos conocimientos esenciales. En efecto había llegado la hora de aplicar nuestros conocimientos psiquiátricos de las reacciones humanas a la repulsa tan incomprensible como arisca de los fenómenos orgonómicos. He insistido en todas mis publicaciones sobre el hecho sorprendente de que los físicos no han querido ver reconocer la existencia de la energía orgón cósmica. Esta obstinación durante siglos no puede ser resultado del azar. Mi trabajo de psiquiatra me ha permitido muy afortunadamente comprender parcialmente ese misterio analizando a un físico de talento pero inhibido, representante de la escuela mecanicista clásica.

Hemos encontrado, en efecto, que experiencias infantiles bien determinadas, pero sin importancia en este contexto han hecho nacer en nuestro sujeto una nostalgia cósmica onírica y fantasmática, que por otra parte le había empujado a estudiar física. En el centro de ese fantasma se encontraba la idea de que nuestro físico planeaba sólo y solitario en el universo, en medio de las estrellas. Un recuerdo concreto de los dos años situaba ese fantasma en acontecimientos históricos reales. De niño, nuestro físico había adquirido el hábito de observar las estrellas por la ventana. Había esperado siempre su aparición con una emoción mezcla de temor. Su «evasión a los espacios siderales» tenía además la función de sustraerle al ambiente penoso de su hogar. La grave inhibición que sufría se remontaba precisamente a esas experiencias dolorosas que le habían sugerido la «huida hacia el universo». Pero ellas habían inhibido también su capacidad de abandono y bloqueado sus sensaciones de órgano. Llegados, en el transcurso de nuestro tratamiento, al umbral de la resolución en sensaciones orgásticas, constatamos la aparición de una grave angustia, origen de su inhibición en el trabajo. Era la misma angustia que había sentido de niño ante sus fuertes sensaciones de órgano. En las sensaciones de órgano el hombre realiza la experiencia de la función orgón de la naturaleza en su propio cuerpo. Esta función se encontraba investida de una fuerte angustia y por ese mismo hecho, retraída. Nuestro físico quiso consagrarse al estudio de la biofísica del orgón de la cual había reconocido su exactitud y su importancia. Había visto el orgón en la cámara metálica y había dado una descripción detallada. Pero en el momento que abordaba el trabajo "práctico" una grave inhibición le impedía actuar, inhibición cuyo núcleo era el miedo a dejarse ir, a abandonarse completamente a las sensaciones de su propio cuerpo. En el transcurso del tratamiento orgonterapéutico, el fenómeno de progresión y retroceso angustioso se repitió tan a menudo y de una manera tan típica, que no podía haber la menor duda sobre "la identidad del miedo a las sensaciones de órgano y el miedo al estudio científico del orgón".

Las reacciones de odio que salían a la luz por idéntico motivo eran las mismas que se observan cuando uno trae a colación, en sus relaciones cotidianas con físicos y médicos, el

problema del orgón. Estamos pues en el derecho de generalizar nuestra experiencia clínica: "es efectivamente el miedo a las sensaciones de órgano autónomas quien impide ver el orgón".

La autopercepción es el problema más arduo y más profundo del estudio de la naturaleza en general. La comprensión de la sensación preparará el camino a la comprensión de la autopercepción. Juzgamos la capacidad de sentir de los organismos vivientes por su "respuesta a los estímulos". La excitabilidad está estrechamente vinculada a una EMOCIÓN, es decir al movimiento del protoplasma. Sabemos que un organismo ha experimentado una excitación cuando responde por medio de un movimiento. La respuesta emocional a los estímulos se identifica, en el plano funcional, a la sensación, no sólo en el plano cuantitativo sino además en el cualitativo. Así como todos los estímulos que impresionan a un organismo pueden, en principio, ser reducidos a dos formas fundamentales: los estímulos placenteros y los estímulos "displacenteros", de igual modo las sensaciones se reducen a dos emociones fundamentales, el "placer" y el "displacer". Esto, ya la psicología prefreudiana lo sabía. Freud ha precisado este pensamiento en su "teoría de la libido". El mérito de la biofísica del orgón ha sido probar la identidad entre el "placer" y la "expansión biológica", entre el "displacer" o la angustia y la "contracción" biológica funcional.

La expansión y la contracción son en el fondo funciones "físicas" que se encuentran ya en el dominio "inanimado" de la naturaleza. Comprenden muchos otros campos además del de las emociones. Se puede suponer que no hay emoción sin expansión o contracción, pero que la expansión y la contracción sin emoción existe, por ejemplo en el orgón atmosférico. Deducimos que las emociones se añaden en la evolución de la materia viviente, en ciertos lugares, a la expansión y a la contracción orgonóticas cuando se reúnen ciertas condiciones. En términos de una hipótesis provisional, "la emoción está unida a la existencia y al movimiento de una sustancia protoplasmática. en el interior de un sistema limitado, pero falta si esas condiciones no son reunidas". Veremos no obstante, cuando estudiemos el medio de las ondas electromagnéticas, que se observa sin embargo también una "excitabilidad" del orgón puramente físico.

Muchos problemas esperan ser resueltos. Pero a despecho de todas las incertidumbres que enturbian todavía nuestra mirada, una cosa es cierta: en adelante la sensación y la emoción se sitúan en el "interior" y no ya, como en el pasado, fuera del estudio "físico" de la naturaleza. La ciencia mecanicista está "obligada" a relegar la sensación fuera del dominio de sus investigaciones, porque no dispone de ningún medio de valorarla. Como la sensación y la emoción son las experiencias más inmediatas y más ciertas del organismo viviente, debían, más que ninguna otra cosa, atraer la atención de la filosofía naturalista de la Antigüedad y acosarla a preguntas. Northrop insiste en su libro "Meeting of East and West" sobre la importancia de la sensación de órgano inmediata para toda la filosofía naturalista de las antiguas civilizaciones asiáticas. Para Demócrito la sensación no era una función metafísica o mística. No era la obra de un Dios. Se insertaba en el marco de las funciones físicas y era atribuida a átomos especiales, particularmente lisos y sutiles. Esta concepción antigua es infinitamente más válida que la de la ciencia moderna y **sigue** mucho más de cerca el proceso de la naturaleza.

La concepción primitiva de la vida emocional no era mística como en nuestros días, ni espiritualista, ni metafísica, sino "animista". La naturaleza era concebida como algo "animado", pero esta animación se inspiraba, en experiencias sensoriales vividas. Los espíritus tenían una "expresión terrestre". EL sol y los astros actuaban como actúan humanos "verdaderamente vivientes". Las almas de los difuntos sobrevivían en los animales reales. La inteligencia primitiva animista no transformaba ni el mundo interior ni el mundo exterior. En un único punto estaba en oposición con la visión científica del mundo: atribuía a objetos "reales" funciones "reales" que no estaban en ellos, transponía su propia realidad a una realidad extraña; brevemente, procedía mediante "proyecciones". La inteligencia primitiva se mantenía muy cerca de la realidad cuando identificaba la fertilidad del suelo a la fecundidad de un cuerpo femenino o cuando concebía a la nube, proveedora de lluvia, como un ser sensible. Animaba a la naturaleza conforme a sus propias sensaciones y funciones; la animaba sin «mistificarla» como harán los hombres algunos siglos más tarde. El misticismo designa aquí la transformación de impresiones sensoriales y sensaciones de órgano en entidades supranaturales e irreales. La antropología nos enseña que el diablo con rabo y tridente, así como el ángel alado son productos tardíos de la imaginación

humana, productos sin la menor relación con la realidad y a la que deforman. El «diablo» y el «ángel» responden a las sensaciones de una estructura humana que se distingue "esencialmente" de la de los animales o de los hombres primitivos. Esta observación se aplica también al «infierno» y al «cielo», a los espíritus amorfos azul gris, a los monstruos peligrosos, a los enanos minúsculos, que son todos proyecciones de sensaciones de órgano "contrarias a la naturaleza" y deformadas.

El proceso de animación del mundo circundante se lleva a cabo de la misma manera en el primitivo animista y en el místico. Ambos animan a la naturaleza proyectando en ella sus sensaciones somáticas. "Lo que distingue al animista del místico, es que el primero proyecta sensaciones de órgano naturales e inmediatas, mientras que el segundo proyecta sensaciones de órgano contrarias a la naturaleza y pervertidas". En los dos casos, podemos inferir de la mitología la estructura emocional del organismo. Pero podemos también darnos cuenta de la diferencia esencial entre uno y otro, diferencia que denota el paso de una cierta forma de existencia "biológica" a un modo de vida totalmente "ajeno" al animal humano.

Estamos en el derecho de calificar al animismo de concepción realista de la naturaleza, incluso si la idea animada y el objeto animado no coinciden en la realidad, ya que la idea y el objeto son ambas realidades objetivas "inalteradas". El misticismo en cambio no podría ser considerado como una concepción conforme a la naturaleza, ya que para él no es solamente el mundo exterior sino también el mundo interior y personal quienes se encuentran "alterados" y desfasados con respecto a la naturaleza. La nube o el sol no están en verdad animados, pero el diablo y el ángel están desprovistos de toda realidad, tanto en el plano formal como en el plano funcional. La única realidad sobre la cual se apoya la animación mística es la sensación de órgano desnaturalizada del hombre acorazado.

Este análisis es de una importancia capital, puesto que nos permite clarificar algunos problemas fundamentales del estudio de la naturaleza. Encontraremos más tarde, en Kepler, una visión animista de la función planetaria que no hay que confundir con el misticismo. Pues, a menudo se ha reprochado a Kepler su misticismo. Se sabe que Galileo, quien ha formulado las leyes de la función mecánica, no estaba en buenos términos con Kepler. Reencontramos en Newton un animismo del cual se tratará de extraer la significación. Importa distanciarnos del sentimiento de superioridad que los mecanicistas evidencian en lo que atañe a los esfuerzos calificados de místicos de un Kepler o de un Newton en vistas a comprender la ley de armonía de la naturaleza. Vamos a demostrar que nuestros mecanicistas son infinitamente más místicos de lo que piensan, que se separan mucho más de la naturaleza que el animismo de los hombres primitivos. Se puede suministrar la prueba histórica de que el concepto mecanicista de las ciencias naturales no se ha desarrollado en reacción contra el animismo de un Demócrito o de un Kepler, sino en oposición al misticismo invasor de la Iglesia Medieval. La Iglesia cristiana había trocado el animismo tan próximo a la naturaleza de los sabios de la Antigüedad y la filosofía tan próxima a la vida de su fundador por el misticismo, concepción tan alejada de la naturaleza como de la vida. El obispo místico hacía perecer a la bruja animista en la hoguera. Tyl Ulenspiegl era un animista próximo a la naturaleza, Felipe II de España un místico brutal y sádico. La ciencia natural funcional tiene el deber de defender el animismo primitivo contra el misticismo perverso y acogerle todos los elementos experimentales respondiendo a la "percepción" de la naturaleza.

Los representantes extremos de una ciencia natural mecanicista acusan al funcionalismo de ser «místico». Esta acusación reposa en la tesis de que aquel que intenta comprender el misticismo es un místico. El mecanicista no tiene la menor idea de los procesos emocionales; los ignora en tanto que experiencias personales y en tanto que objeto de investigaciones. Se buscará en vano en no importa cual tratado de neurología o de patología orgánica un estudio sobre las emociones. Por otro lado, las emociones son la base experimental del misticismo. Luego, aquel que se ocupa de las emociones, concluye equivocadamente el mecanicista, es un místico. El pensamiento mecanicista comprende tan poco las emociones que no les concede ningún sitio en las investigaciones científicas. "El funcionalismo no puede ignorar la emoción, está perfectamente cualificado para introducirla en el dominio de la investigación científica". El sabio mecanicista califica esta manera de actuar de misticismo, porque confunde misticismo y estudio de la mística.

Para la patología mecanicista, las enfermedades funcionales son enfermedades imaginarias.

Si el médico mecanicista no puede constatar ninguna alteración de la fórmula sanguínea, ninguna modificación de la estructura histológica, no hay enfermedad para él, incluso si el enfermo muere. El médico funcionalista, el orgonoterapeuta conoce, él, la función "somática" de las emociones. Comprende de qué manera se puede «morir de tristeza». Identificándose la tristeza en el plano funcional a una retracción del sistema nervioso vital, es en cierto modo un shock prolongado. Para él, la fiebre funcional no es una invención gratuita sino una excitación real, "biofísica", del biosistema.

La distinción entre animismo y misticismo es importante, ya que permite por fin distinguir entre la "motilidad orgonofísica" de la substancia viviente y la animación de una substancia "inanimada" por una parte («animismo»), y la deformación grotesca de las sensaciones de órgano («misticismo») por otra. Para el místico el cuerpo está "habitado" por un alma. Entre el cuerpo y el alma no hay otra unión más que la influencia que el cuerpo ejerce sobre el alma, y el alma sobre el cuerpo. El cuerpo y el alma son para el místico y el mecanicista (por mucho que crea en un elemento psíquico) dominios netamente separados, sometidos a relaciones mutuas. Esta observación se aplica al paralelismo psicológico tanto como a la relación causal inspirada del psicologismo cuerpo— alma o alma— cuerpo. La identidad funcional en tanto que "principio de investigación" del funcionalismo energético no aparece en ninguna parte con mayor evidencia como en la "unidad" de lo psíquico y lo somático, de la emoción y la excitación, de la sensación y el estímulo. Esta homogeneidad o identidad en tanto que principio fundamental de la concepción de la vida excluye total y definitivamente toda idea de trascendencia o incluso de autonomía de lo psíquico. La emoción y la sensación son y permanecen solidarias de la excitación orgonofísica. Esta visión voltea las campanas a muerto de cualquier misticismo, ya que el misticismo se basa esencialmente en la idea de una "autonomía" supraterrrestre de las emociones y las sensaciones. Este es el porqué toda visión de la naturaleza que atribuya a lo psíquico una autonomía es mística, cualquiera que sea el nombre con que se disfrace. Ello se aplica especialmente al mecanicismo incapaz de negar la sensación cuando incluso lo quisiera, y que no puede comprender entonces cómo debería explicarla. Ello se aplica con mayor motivo al misticismo propiamente dicho, en particular al espiritualismo religioso. El paralelismo psicofísico forma parte igualmente de esta categoría. Por la misma razón, el pensamiento del psicoanálisis en tanto que en las pulsiones no ve emociones fisiológicas concretas y palpables es igualmente un pensamiento místico.

La clara distinción entre animismo y misticismo permite por otra parte distinguir dos tendencias en la investigación:

El animismo toma como punto de partida las sensaciones de órgano personales que indican que un órgano está "en movimiento", efectivamente viviente, o lo que viene a ser lo mismo: "animado". Por más que el animismo basa sus inducciones en su experiencia personal e inmediata, no puede decir nada sobre la "naturaleza" de la sensación, del movimiento, de la animación. El movimiento es el material de experiencia que sirve al recién nacido para la formación de sus ideas. En tanto que el niño dispone de sensaciones de órgano no deformadas y funcionando según las leyes de la naturaleza, puede deducir interpretaciones inexactas sobre la materia "inerte" animándola, pero cuando el niño, cuya sensibilidad es natural, describe la materia "en movimiento, viviente", sus juicios serán sensatos. Si esta función se prolonga más tarde en el estudio de la naturaleza, llegará como fue por ejemplo el caso de un Sigmund Freud a la noción de una «energía psíquica» anclada en los «procesos» del cuerpo. Esta manera de afrontar el problema es correcta puesto que concibe lo "psíquico" como una forma de "movimiento", siendo el movimiento en sentido estrictamente "físico" un desplazamiento de energía. El descubrimiento del orgón cósmico tomaba como punto de partida esta visión animista perfectamente juiciosa: "la exploración de la naturaleza de la sensación desemboca mediante la aplicación de una técnica de razonamiento rigurosa y de una experimentación práctica, en el descubrimiento de la energía orgón física dotada de funciones biológicas específicas".

La concepción mística del movimiento psíquico no puede, en cambio, desembocar en el descubrimiento de procesos energéticos físicos. Ello está excluido por principio ya que el místico no admite ninguna conexión entre lo psíquico y lo físico. Prácticamente, el místico no podrá hacer esta especie de descubrimiento, pues esas sensaciones de órgano no son inmediatas como las

del niño inducido a pensamientos y sensaciones animistas, pero "desnaturalizadas como en un espejo deformante". El místico es capaz de describir las corrientes y sensaciones orgonóticas, puede incluso facilitar detalles sorprendentemente precisos, pero no podrá definirlos cuantitativamente, del mismo modo que no se podría pesar sobre una balanza el reflejo de un tarugo de madera en un espejo.

Experiencias clínicas incontestables prueban que hay en el místico un muro entre la sensación de órgano y el proceso emocional objetivo. Este muro es real. Se presenta bajo la forma de la coraza muscular del místico. Toda tentativa de establecer un contacto desencadena una crisis de angustia o una pérdida de conocimiento. El místico es capaz de sentir la emoción como en un espejo, pero jamás de una forma "real" en el fondo de sí mismo. Esta afirmación se basa en una experiencia que he podido realizar en múltiples ocasiones, si se consigue, mediante la aplicación de la orgonterapia, disolver la coraza del místico, las experiencias místicas se desvanecen al momento. "Es la existencia de un muro de separación entre la emoción y la sensación lo que determina la experiencia mística".

La experiencia mística va lo más frecuentemente acompañada de pulsiones sádicas de una rara brutalidad. Según mis experiencias, la potencia orgástica falta en los místicos, del mismo modo que el misticismo no existe en las personas dotadas de potencia orgástica.

"El misticismo se basa pues en el bloqueo de las sensaciones de órgano inmediatas y en su reaparición en la percepción patológica de «fuerzas sobrenaturales»". Este análisis se aplica a los espiritualistas, a los esquizofrénicos, a los físicos religiosos, a todas las formas de paranoia. Si un carácter místico trata -teniendo en cuenta las particularidades de su estructura- de describir la naturaleza, el resultado será "siempre el mismo": el cuadro que esboza de la realidad refleja efectivamente procesos reales, pero no tal como son sino "deformados". La esquizofrenia paranoide hablará de la influencia de corrientes eléctricas, el espiritualista de espíritus humosos de color gris azul, el epiléptico religioso de un "espíritu del mundo", el metafísico del «absoluto». Cada una de esas impresiones contiene una parcela de verdad: el picazón orgonótico es la «corriente eléctrica» de los esquizofrénicos; el color azulado del orgón es el espíritu gris azul del espiritualista; la universalidad cósmica de la energía orgón es el «espíritu del mundo» y lo «absoluto» del carácter místico.

El animista al igual que el místico acceden pues a una realidad. La diferencia reside en la deformación de la realidad por el místico, a la que transforma en algo absoluto o grotesco, en la animación de lo inanimado por el animista. Las afirmaciones del místico son fáciles de analizar o refutar. Las del animista son difíciles de refutar, pero relativamente fáciles de comprender por la razón. La idea tan extendida y confirmada de una «armonía de la naturaleza» es en el fondo una visión animista que el místico desnaturaliza transformándola en la personificación del «espíritu del mundo» o en un ser universal de esencia divina. El místico queda trabado en lo absoluto. Lo absoluto es intangible. EL animista mantiene su motilidad. Sus conocimientos son frágiles. Dispone, a diferencia del místico, de una concepción de la naturaleza que contiene un núcleo de verdad "práctica. Kepler, el "animista" que descubrió la ley de la armonía planetaria, está todavía hoy, después de tantos siglos, en la verdad cuando atribuye el movimiento de los planetas a la «vis animalis». La MISMA ENERGÍA QUE DETERMINA LOS MOVIMIENTOS DE LOS ANIMALES Y EL CRECIMIENTO DE TODA SUBSTANCIA VIVIENTE MUEVE TAMBIÉN A LOS ASTROS.

Todas las visiones del mundo animistas y auténticamente religiosas tienen su origen en la identidad funcional del orgón, del órgano y del cosmos. Es ella que constituye también el núcleo racional del animismo y de la verdadera religiosidad; se trata para nosotros de liberar ese núcleo racional de su envoltura mística para desempeñar así la materia primaria mental gracias a la cual accederemos por un proceso estrictamente científico a la función física de la energía cósmica. Por «función física» hay que entender aquí la "ley del movimiento orgonómico" presentado bajo una forma "orgonométrica". La identificación poética y filosófica de «sensación vital» y de «función cósmica» es correcta, pero no basta para reconciliar los animales humanos con la naturaleza. El animal humano no puede comprender y amar la naturaleza en él y fuera de él sin que su pensamiento y su acción funcionen como la naturaleza, es decir de manera "funcional" y no mecanicista o mística.

El mundo del funcionalismo «energético» y orgonómico es un mundo armonioso funcionando libremente y, por este hecho, según sus leyes. Ignora el espacio «vacío» que existe el físico mecanicista porque es incapaz de llenar la naturaleza; no está tampoco poblado de espíritus y fantasmas cuya existencia no puede ser probada por el misticismo. El mundo del funcionalismo no es tampoco el «mundo de sombras» que quiere hacer el matemático perdido en sus abstracciones; es un mundo "palpable", lleno, "animado", pero al mismo tiempo perceptible y medible.

El matemático perdido en sus abstracciones no comprende que sus fórmulas no definen los procesos objetivos más que porque su pensamiento es un fragmento de la función natural que capta mediante sus símbolos abstractos. El individuo que conoce las sensaciones de órgano está en disposición de descubrir las fuentes de donde el especialista en matemáticas «superiores» extrae, sin darse cuenta, sus conocimientos. Si es verdad que los símbolos funcionales que pone en lugar del mundo real están desprovistos de realidad e incluso no pretenden reproducir la realidad, no lo es menos que el "creador" de esos símbolos funcionales es un sistema orgonómico viviente que, sin esta vida activa, no podría hacer matemáticas. Las matemáticas "superiores" no podían hacerse pasar por el producto más evolucionado de las ciencias de la naturaleza más que porque su enraizamiento en la naturaleza viviente no era conocido o reconocido. El cerebro del matemático no es un instrumento de un género particular; se distingue de los otros cerebros en que es capaz de expresar las sensaciones de órgano por medio de fórmulas matemáticas. La fórmula matemática es pues un medio de expresión entre muchos otros; no es la varita mágica que quiere hacer la inteligencia estrecha del místico. Es el organismo "viviente" quien clasifica las sensaciones, las reagrupa, las pone en relación unas con otras antes de presentarlas bajo una forma, matemática.

El biofísico del orgón sabe que uno encuentra a veces en sueños la solución de problemas que se ha tratado en vano de resolver en estado de vigilia. Es en un estado de semisueño como he descubierto una serie de ecuaciones funcionales que expondré más adelante, en otro contexto. No dudé ni por un segundo en admitirlo porque no creo que la «razón pura» sea superior a las «emociones»; sé por otra parte que la inteligencia humana no es más que un órgano ejecutivo del plasma viviente en vías de explorar y palpar el mundo que le rodea.

Según la perspectiva funcional, la sensación es una manera de palpar la realidad. Los movimientos lentos, flexibles, tanteantes de las antenas y tentáculos de los animales ilustran mi pensamiento. La sensación es el mayor enigma de las ciencias de la naturaleza. Esto es el porqué el funcionalismo sabe apreciar en su justo valor las sensaciones. Puesto que considera la sensación como un "instrumento", es cuidadoso de su pureza como el carpintero lo es de su cepillo. El funcionalista velará por que la actividad de su inteligencia esté siempre en perfecto acuerdo con su "sensación". El investigador que reduce al mínimo la parte de irracionalismo y debe ser mínima cuando se trata de explorar la naturaleza está atento a las menores advertencias y sensaciones, ya que le indican si sus razonamientos son verdaderos o falsos, oscurecidos por intereses personales o luminosos, si sigue sus inclinaciones irracionales o los procesos objetivos. Todo ello no tiene nada que ver con el misticismo. Se trata simplemente de "salvaguardar la pureza del aparato sensorial", instrumento de investigación. Esta pureza no es un «don», no es un «talento», sino el resultado de un esfuerzo continuo, un ejercicio ininterrumpido de autocrítica y autocontrol. Aprendemos a vigilar nuestro aparato sensorial cuando tratamos a nuestros enfermos afectados de biopatías. Sin un sistema sensorial perfectamente transparente, sin los medios de purificarlo si acaso presenta opacidades irracionales, es imposible alcanzar las profundidades de la estructura caracterial del hombre, de describir objetivamente los procesos de la naturaleza.

Tales observaciones y tomas de posición en materia de estudio de la naturaleza (y la vida del hombre ciertamente forma parte integrante de la naturaleza) no entran en los cálculos del químico, del físico de la escuela antigua, del astrónomo, del técnico. Ellos ignoran el aparato sensorial gracias al cual exploran el mundo. Todo lo que saben hacer, es controlar sus acciones por la experiencia; así pues, la experiencia sin sensación de órgano no ha conducido jamás a la ciencia natural mecanicista a la solución de los enigmas "verdaderamente importantes" de la naturaleza. Esto, los técnicos de la ciencia lo replican, pero los físicos más eminentes lo admiten.

La función vital tiene para nosotros en tanto que sabios naturalistas una significación múltiple:

Constituye, "en primer lugar", a base de toda actividad vital comprendida en el estudio de la naturaleza. Es la puerta a partir de la cual emprendemos nuestros viajes de exploración y a donde regresamos para descansar, poner en orden nuestros hallazgos, reabastecemos.

La función vital es, "en segundo lugar", el instrumento con ayuda del cual exploramos, profundizamos, captamos a la naturaleza y a nosotros mismos (la palabra alemana "begreifen" quiere decir «palpar» y «comprender») (cf. el francés «saisir» «tomar una cosa» y «comprender» (N.d.T.) (francés)). (La referida palabra ha sido traducida aquí por «captar», tiene un sentido de totalidad que no abarca solamente al tacto o a la inteligencia, como usualmente se utilizan; N. T. al castellano). El instrumento esencial del hombre es la "sensación", ya se trate de la sensación interna de órgano o de la percepción sensorial del mundo exterior.

La función vital es "en tercer lugar" objeto de nuestra investigación. Siendo el objeto más importante una vez más la sensación de órgano, instrumento y fenómeno. Explorando el funcionamiento de la materia viviente, profundizamos también un sector de la naturaleza exterior. Pues la substancia viviente "en nosotros" forma parte integrante de esta naturaleza exterior. Si procedemos con prudencia, encontraremos bajo el material que nos ofrece la función vital funciones de una "validez universal, cósmica". De donde la conclusión necesaria e irrefutable: el principio funcional universal está contenido ya en el principio funcional particular por muy pequeño que sea.

De esa manera, la función vital en tanto que parte de la naturaleza objetiva se nos presenta como el modelo de ciertas funciones naturales universales que en sí y originariamente no tienen ninguna relación con la materia viviente. Un cúmulo nimbo no tiene nada en común con una ameba. No siendo menos posible deducir ciertas conclusiones de la observación de una ameba, que se aplican igualmente a la nube; así, la atracción que la gran nube de tormenta ejerce sobre las pequeñas nubes es comparable a la atracción que el cuerpo de la ameba ejerce sobre los biones.

Un estudio de la naturaleza así ordenado y controlado desembocando en relaciones ese género no entra en los cálculos del mecanicista, a lo que frecuentemente tiene horror. No admitirá bajo ningún pretexto que pueda haber alguna relación entre la ameba y la nube y calificará los razonamientos de ese tipo de locura, de charlatanismo, de misticismo. Este es el porqué no descubre, partiendo de la producción de energía de los biones en la materia coloidal, la energía análoga en la atmósfera. Este es el porqué habla para describir el "mismo fenómeno", de "olas de calor" cuando ve como meteorólogo "a la luz del día" la vibración de la atmósfera, incluso a 20° centígrados; de "mala visión" o de "luz difusa" cuando observa como astrónomo por la noche las estrellas; de electricidad estática cuando examina como electrofísico la atmósfera. No habría objeciones a hacer aquí si no afirmase haber resuelto todos los problemas forjando el término de «polvo cósmico ionizado». Su suficiencia pone obstáculos al progreso del pensamiento científico; como el desarrollo futuro de la raza humana dependerá durante siglos de la actitud humana frente a la naturaleza (y de nada más), la necia arrogancia de esas series frena también la evolución social. La situación en la cual se encuentra el mundo hoy es bastante elocuente sin otro comentario.

El pensamiento funcional no admite ningún estado estático. Para él todo lo que ocurre en la naturaleza es "movidizo", incluso cuando se trata de estructuras congeladas y formas inmóviles. Es precisamente ese movimiento y esta incertidumbre del pensamiento siempre fluctuante que pone al observador en contacto con el proceso natural. El término «fluctuante» se aplica sin reservas también al aparato sensorial del observador de la naturaleza. La vida ignora los estados estáticos mientras no esté sometida a la constricción de la coraza. La naturaleza misma es «fluctuante» en su conjunto y en sus funciones derivadas. Ignora los estados estáticos. Este es el porqué pienso que Bergson ha cometido el error, describiendo de manera muy adecuada «la experiencia de la subsistencia», en oponer el hecho biofísico, al que llama «metafísica» a la naturaleza en tanto que dominio de la «ciencia y de la técnica». En realidad Bergson no pretendía mostrar más que una sola cosa exponiendo su filosofía de la naturaleza, a saber: que la ciencia mecanicista se aplica correctamente a la naturaleza inanimada y a la civilización técnica. Que no

es de ninguna ayuda cuando se trata de aprehender al ser viviente sensible o el "acto" de estudio de la naturaleza en el dominio de los procesos biofísicos.

Las investigaciones sobre el orgón han puesto en evidencia que el estudio mecanicista de la naturaleza no solamente ha fallado en el dominio biofísico, sino también en todos los otros sectores de la naturaleza, en el momento que se trataba de descubrir el denominador común de todos los procesos naturales. Pues, como ya hemos dicho, la naturaleza es "funcional" en todos los dominios y no solamente en los de la materia viviente. Es verdad que la mecánica existe. Pero esta mecánica de la naturaleza es en sí misma una variedad particular de procesos naturales funcionales. La prueba suministrada más adelante.

Vamos a atenernos, de manera consecuente, a nuestra hipótesis de trabajo según la cual la energía orgón es la energía cósmica original propiamente dicha; que esta energía cósmica original ha dado nacimiento a continuación de un proceso de derivación extremadamente complicado, a tres grandes dominios funcionales, a la energía mecánica, a la masa inanimada, a la materia viviente; que la energía cósmica original funciona "eficazmente", bajo ciertas formas derivadas, en esos tres principales dominios funcionales. Partiendo de esta hipótesis, nos encontramos enfrentados a la tarea gigantesca de hacer derivar las variedades específicas del principio funcional común del orgón. Varias vías se abren a esta demostración:

Podemos estudiar la energía orgón en su funcionamiento natural a nivel de la atmósfera y del organismo viviente, deduciendo los principios fundamentales funcionales y siguiendo el rastro en las variedades superiores. Podemos, mejor, debemos al mismo tiempo aprehender de una manera concreta las variedades específicas "en" y "entre" los tres grandes dominios funcionales y engarzarlos concretamente unos con otros de tal forma que el principio funcional común de orden superior nos conduzca a los fundamentos funcionales comunes a toda la naturaleza.

Esto no es filosofía, no es siquiera filosofía naturalista. Nuestra tarea puede ser comparada a la de un ingeniero encargado de la construcción de un puente complicado sobre un ancho río. Se trata de unir las dos riberas; para conseguirlo deberá concebir el puente como un todo y proceder "prácticamente" a la unión de los diferentes bloques de cemento. Contrariamente al ingeniero, no prometemos entregar el puente a la circulación a una fecha fija y determinada de antemano. No sabemos cuándo nuestra obra de arte estará dispuesta y cuando acabará. Para estar a la altura de nuestras posibilidades: estamos obligados a prestar atención "al mismo tiempo" a las dos riberas y a los elementos de construcción que permiten franquear el río. Por el momento, no tenemos en cuenta problemas de forma, de materiales, de alumbrado, etc.

Hemos explorado suficientemente y en dominios funcionales bastante variados la energía orgón cósmica para poder enunciar algunos principios universales del fundamento funcional común a la naturaleza entera.

Profundizando en ese fundamento funcional de la naturaleza descubrimos una de las propiedades fundamentales del orgón: el movimiento PULSATORIO. Se divide en dos funciones parciales antinómicas, la "expansión" y la "contracción", que, yuxtapuestas, lo restablecen. Sé muy bien que me sirvo aquí de un lenguaje mecanicista. Ya que no escapamos a la necesidad de resaltar la función a examinar, en el tiempo que durará nuestro estudio, del movimiento general del proceso natural, e incluso inmovilizarla para mejor examinarla. Pero guardémonos de interpretar una medida necesaria por las necesidades de nuestra investigación como una propiedad objetiva de la función. No tenemos derecho a atribuir a la naturaleza propiedades que tiene durante los escasos segundos de nuestra reflexión, pero que no le pertenecen en propiedad. No es una pedantería superflua insistir sobre ese hecho. La ciencia mecanicista está plagada de ese género de interpretaciones erróneas.

El bacteriólogo mecanicista tiñe ciertos cocos y ciertas bacterias con ayuda de colorantes químicos biológicamente activos. En la reacción llamada "gram negativo" los estafilococos se colorean de azul; en la reacción a la eosina, los bacilos de Koch toman una coloración roja. El bacteriólogo habla de esta reacción a los colorantes como si se tratara de una propiedad biológica específica de los microorganismos. Esto es un error, ya que la coloración es una operación artificial para hacer visible el objeto y no una propiedad específica del microorganismo.

El cancerólogo de la escuela mecanicista ha pasado siempre al lado de las propiedades reales de la célula cancerosa porque se ha aferrado a las propiedades secundarias y artificiales que la célula había adquirido en el transcurso de las investigaciones,

El físico mecanicista afirma que la luz se compone de siete colores principales, que está constituida por ellos. El funcionalista dice: si un rayo de luz atraviesa un prisma, toda la apariencia de una banda de siete matices. Sin prisma, sin redescilla de gotas de lluvia, dicho de otro modo, sin la utilización de algo artificial, la luz es un fenómeno homogéneo, dotado de propiedades particulares, por ejemplo la de iluminar una habitación. No olvidamos que no hemos comprendido nada todavía cuando decimos que la luz "ilumina".

Puedo matar un animal y despedazarlo como bien me parezca. Nadie dirá que el animal se «compone» de los trozos que habré hecho del mismo. Es una prueba del absurdo, de la futilidad, de toda ciencia mecanicista. "La intervención experimental altera el objeto de la investigación". La coloración de un tejido canceroso destruye sus propiedades vivientes. La descomposición de la luz por medio de un prisma nos informa exclusivamente sobre el comportamiento de la luz "desviada", no alumbrando en nada nuestro conocimiento de la luz "no manipulada".

Las ciencias naturales mecanicistas han cometido el error de creer, en los vastos dominios de la investigación, que las propiedades "modificadas" de una función natural son idénticas a sus propiedades reales. Pidiendo a un niño de dos años que superponga triángulos o rectángulos, no adquiero ningún "conocimiento" de la naturaleza de un niño de dos años; aprendo solamente cómo reacciona un niño colocado en la "situación particular" de mi experiencia. Desde luego no ocurre lo mismo cuando se "observa" al niño en su entorno natural. El niño crea él mismo sus condiciones de existencia; no reacciona en función de "condiciones" que "yo he" suscitado artificialmente. Este es el porqué la observación directa de la naturaleza es más importante que la experimentación. Puedo, para verificar mis observaciones, disponer mis experiencias de tal suerte que explore la "naturaleza" y no "mi modificación aportada a la naturaleza".

Así, constato que las plantas brotan mejor cuando se benefician de un aporte generoso de orgón concentrado y agua, que cuando están privadas de ello. En ese caso, recreo mediante la experiencia condiciones "naturales" exponiendo las semillas a una fuerte concentración de orgón y comparando su crecimiento con el de semillas no irradiadas. Pero cuando trato la semilla con un producto químico con el cual no entra nunca en contacto en el transcurso de su crecimiento natural, he provocado una modificación "artificial" de la semilla. El resultado puede ser útil, desprovisto de interés o incluso nocivo. Pero yo no exploro ningún proceso natural cuando mi experiencia crea condiciones que no se encuentran en la naturaleza. Un niño no inserta, en su desarrollo natural, cubos en los agujeros, pero juega con arena o tierra. Una célula cancerosa no está coloreada en su medio natural según la reacción de Gram, tiene un tinte que le es propio. El desarrollo de la semilla en la naturaleza se produce gracias a la intervención de procesos orgonóticos y no por la acción del potasio.

"Todo" estudio de la naturaleza vincula la emoción en tanto que causa a la sensación en tanto que consecuencia, o viceversa. Se sabe muy bien que modificaciones cuantitativas comportan modificaciones cualitativas, como se sabe que la vida y la materia inanimada se influyen, se condicionan, se modifican recíprocamente. El pensamiento "dinámico" no es pues una "particularidad" del funcionalismo orgonómico. Que los procesos naturales influyen a los procesos culturales, que los procesos culturales alteran a la naturaleza, es una verdad de palacio para todos aquellos que piensan. De la misma manera, todo el mundo sabe, reconoce, comprende, manipula en la práctica las interacciones funcionales entre animales y plantas, hombres y máquinas, machos y hembras, ciencia y arte, electricidad y mecánica, electricidad positiva y electricidad negativa, ácidos y bases, feudalismo y burguesía, matemática y música, razón y sentimiento, pensamiento y experiencia vivida, etc.

La diferencia "fundamental" entre funcionalismo energético y todas las otras formas de razonamiento debe ser buscada en el hecho de que el organismo viviente no crea solamente conexiones, "sino que se dedica además, a la indagación de una tercera relación funcional más profunda".

Las conclusiones siguientes derivan muy sencilla y lógicamente del engarzamiento de dos

funciones a un tercer principio funcional fundamental:

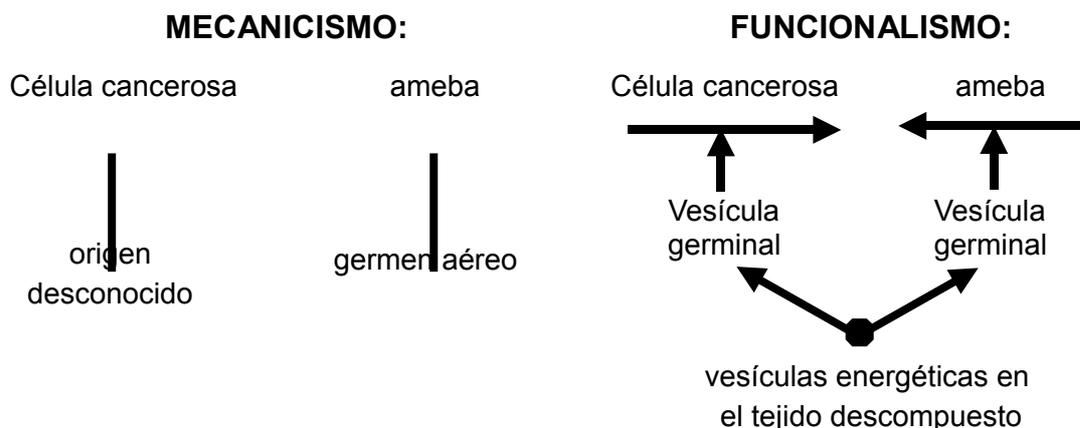
1) Todas las funciones existentes, a medida que se llega a conocerlas mejor, aparecen más "simples" y menos complicadas. Sobre ese punto, el funcionalismo energético está en fuerte contradicción con todos los otros métodos de razonamiento. A los ojos del mecanicista y del metafísico, el mundo aparece otro tanto más complicado a medida que el conocimiento de sus hechos y de sus funciones progresa. El funcionalismo accede a una visión más simple, más transparente de los procesos de la naturaleza.

2) La conexión con un principio de funcionamiento designa al investigador "ipso facto" la dirección en la cual debe orientar sus investigaciones, proponiéndole el descubrimiento de "principios funcionales aún más simples y más universales". Cuando se ha descubierto el principio funcional común al animal y a la planta, a saber el bión, uno se encuentra de grado o por fuerza en la obligación de partir a la búsqueda de "factores comunes" más profundos y más universales, como por ejemplo el funcionamiento común de los biones nacidos de la "materia viviente" y los biones nacidos de la materia no viviente. De esta forma obtenemos una perspectiva a partir de la cual podemos estudiar la materia orgánica e inorgánica.

A nosotros toca decidir si llevamos nuestras investigaciones sobre lo "particular" o lo "general", sobre las "diferencias" o los factores "comunes", sobre las "variantes" o las formas "fundamentales". Las variantes tienen sus propias leyes funcionales que se distinguen de las de otras variantes. "Pero al mismo tiempo", la variante obedece al principio general de su origen.

En el momento de las investigaciones sobre la biopatía del cáncer, la tesis funcionalista ha sido brillantemente confirmada. Una célula cancerosa en el tejido animal se distingue enormemente de la ameba en una infusión de gramíneas. La cancerología mecanicista pretende que la ameba proviene de gérmenes extendidos en el aire, siendo el origen de la célula cancerosa desconocido. La ameba y la célula cancerosa pertenecían así a dos dominios netamente separados ambos sin comienzo ni fin, sin vínculos con otros dominios. El funcionalismo en cambio preparó un vasto dominio de investigación comparando la célula cancerosa a la ameba.

Al mirarlo más de cerca, los "factores comunes" son muchos más numerosos que las diferencias. Las células cancerosas y las amebas se desarrollan mediante una organización natural a partir de biones y de vesículas energéticas. La célula cancerosa es la ameba del tejido animal, la ameba es la célula cancerosa del tejido vegetal. Creando así un vínculo entre la ameba y la célula cancerosa en el tejido viviente que, por degeneración, se descompone en biones, se establece una relación funcional que abre a la investigación cancerológica vastos horizontes apenas vislumbrados. Obtenemos el esquema siguiente:



La mentalidad mecanicista se entretiene en las diferencias y descuida en general los factores comunes; haciendo esto, carece de flexibilidad y traza por todas partes fronteras acusadas. El pensamiento funcionalista se interesa primeramente en los rasgos comunes porque el estudio de los rasgos comunes lleva más lejos y abre horizontes más profundos. En sus investigaciones sobre la manera en que el hombre proviene de los animales superiores, Darwin ha atribuido mucha mayor importancia a los rasgos comunes de los embriones de hombres, cerdos, monos,

perros, que a las pequeñas diferencias que se manifiestan aquí y allá. Así, ha podido descubrir el principio común de la evolución de los vertebrados que se aplica a los hombres como a los monos. El mecanicismo y el misticismo no se han interesado, y no se interesan más que en las diferencias entre el hombre y el animal, en la naturaleza "no animal" o "no sexual" del hombre. Se puede demostrar cómo el estudio disociativo "debe" degenerar en filosofía "finalista" o "mística": es siempre el factor común que apunta hacia el origen común. "El estudio de las funciones comunes de fenómenos diferentes es, por esta razón, al mismo tiempo un estudio histórico y genético". La observación disociativa, como por ejemplo la biología puramente descriptiva, no desemboca jamás en el estudio genético. De donde la tendencia a estudiar las variantes mediante un "fin" o una "finalidad" comunes de sus funciones. Es así como la mística se desliza en la ciencia. Y es la mística del estudio disociativo que conduce en línea recta a las ideologías irracionales de la vida, tales como los prejuicios raciales y la represión sexual de los niños de corta edad.

Lejos de ser un azar, la tendencia de la ideología hostil a la vida en poner el acento siempre sobre lo que separa, se apoya pues en razones sólidas: es así que el nacionalismo que se reclama insiste sobre la diferencia de los pueblos, la ideología familiar sobre la diferencia de las familias, el principio del dinero sobre la diferencia de las riquezas, el principio de autoridad sobre las diferencias de la jerarquía social; la actitud positiva frente a la vida se esfuerza en cambio en señalar siempre lo que es común a todos: el origen biológico de todos los animales humanos, la unidad del hombre, del animal, de la naturaleza, los intereses y necesidades vitales comunes.

Como el pensamiento funcional tiene conciencia del "movimiento" de todos los procesos, está asimismo siempre en movimiento y animado de numerosos procesos evolutivos. El pensamiento mecanicista es esencialmente rígido y ejerce un efecto paralizante sobre el objeto de su investigación, su educación, su medicina, sus esfuerzos sociales. No ponemos en duda la buena voluntad del conservador sino su capacidad de dirigir la realidad viviente. El mecanicista no puede ser más que conservador o retrógrado. Poco importa lo que piense él mismo de sus actitudes y de sus intenciones; es la naturaleza misma de su pensamiento quien lo empuja a ignorar la evolución, a hacerse una idea errónea de la materia viviente o a odiar la vida, a buscar compensaciones en los principios rígidos,

Es la naturaleza misma de la vida funcionar y oponerse a cualquier encasillamiento. La naturaleza ignora la burocracia. Las leyes de la naturaleza son funcionales, no son nunca mecánicas. Incluso allí donde se aplica la ley de la mecánica, la naturaleza abunda en variantes.

El funcionalismo puede superar contradicciones que el mecanicista juzga insuperables, ya que el funcionalismo descubre por todas partes aspectos comunes. Citemos algunos ejemplos:

El mecanicista no logra conciliar «sociedad» e «individuo»; no es la buena voluntad lo que le falta sino los medios. Pues pondrá antes el interés de la sociedad e el del individuo. Sabe muy bien que los intereses de la sociedad son tributarios de la satisfacción dada a los intereses del individuo y viceversa; pero en su pensamiento y en sus actos, no se preocupa nunca más que de uno "u" otro. Es así como toma nacimiento el antagonismo pronunciado entre el Estado y los individuos, que, bajo esta forma, no permite solución.

La oposición acusada entre «religión» y «sexualidad» nos aporta otro ejemplo de disociación mecanicista. El pensamiento mecanicista y místico no puede conciliar la religión y la sexualidad. Esta disociación va tan lejos que, en el catolicismo, el placer es incluso pecado dentro del matrimonio, sin embargo bendecido por la Iglesia. El funcionalismo pone fin a este antagonismo: en efecto, el principio común de la sexualidad y de la religión es la autopercepción de la naturaleza en el organismo. Cuando la evolución del patriarcado desemboca en la represión de las manifestaciones sexuales de la naturaleza en el animal humano, se asiste al nacimiento de un antagonismo marcado e insuperable entre "la sexualidad considerada como un pecado y la religión considerada como redención del pecado". En la religión natural había identidad entre religión y sexualidad: ambas son una emoción orgonótica del plasma. Bajo el patriarcado, la orgonidad es escindida, en «pecado» por una parte, y en «Dios» por la otra. El funcionalista tiene pues una visión muy clara de la identidad de las emociones sexuales y religiosas, de las causas profundas de la escisión, de la antinomia que ha resultado, del miedo a la sexualidad del hombre

religioso, de la degradación licenciosa de la sexualidad del hombre que ha dado la espalda a la religión. El mecanicista y el místico son el uno y el otro productos de esta antinomia de la cual son prisioneros y que reproducen. El funcionalismo derriba las barreras de este antagonismo rígido descubriendo los factores comunes de la emoción, origen y esencia de la sexualidad así como de la religión.

La superación de las fronteras acusadas que el mecanicismo asigna a la naturaleza conduce al sabio funcionalista desde luego a un terreno incierto. La rigidez mecanicista en materia de observación y de elaboración teórica sirve más bien a la seguridad personal del investigador que a la investigación objetiva. A menudo he tenido ocasión de verificar sobre mi mismo y en buen número de mis colaboradores que la adhesión a las limitaciones y a las leyes rígidas tiene "la función de evitar al investigador la inquietud psíquica". Poniendo un freno al movimiento, nos sentimos curiosamente menos amenazados que cuando exploramos un objeto en movimiento".

Una de mis asistentes que había trabajado en un laboratorio de investigación biológica me contó que se le habían dado reglas muy estrictas para sus investigaciones. No estaba autorizada a superar ciertos límites, a acometer ciertos dominios desbordando el "programa de investigaciones". Admito que la tendencia a la arbitrariedad y a la indisciplina de la estructura caracterial neurótica puede hacer necesarias tales reglas, pero sé también que excluyen todo trabajo de investigación seria. El bacteriólogo, por ejemplo, se ciñe de tal manera al estrecho margen de los límites de la esterilización que olvida que la naturaleza no es estéril, "que es necesario estudiar también «los procesos de putrefacción». Veremos en otro contexto que la cancerología ha desconocido los fenómenos de descomposición de los organismos cancerosos porque ha debido atenerse al dominio esterilizado. Hay que decir que uno se siente poco confortado cuando se trabaja con preparaciones no esterilizadas. Pero esta incertidumbre es un buen ejercicio de equilibrio mental. Se trata en efecto de comparar los resultados obtenidos en medio "estéril" con datos naturales "no esterilizados". Es más difícil, pero mucho más fecundo. Uno se desprende de los prejuicios, uno se sitúa más cerca de la realidad.

El estudio de la naturaleza con la ayuda de la experiencia marca un progreso decisivo hacia la investigación "objetiva". Pero la experiencia puesta en marcha con un espíritu "mecanicista" ha desviado al investigador desconfiado, de tal manera de su capacidad de discernimiento y de la racionalidad de sus emociones que ha sobrevalorado la experiencia objetiva. Ha rechazado el estudio del tejido viviente como ha rechazado la observación de la atmósfera a simple vista. Las experiencias objetivas, como por ejemplo las experiencias de Michelson sobre la velocidad de la luz, a continuación de las cuales se ha suprimido el éter, tienen consecuencias catastróficas para el estudio de la naturaleza. Por medio de experiencias, se puede controlar al observador viviente, pero nunca sustituirle. Una estructura caracterial que trabaja y piensa según las normas mecanicistas no puede ser fecundada por la experiencia. Ello es el porqué siempre es el rebelde contra el estudio mecanicista de la naturaleza quien, no obstante las barreras, ha realizado sus descubrimientos gracias a su rechazo de la ortodoxia. Simplemente ha vuelto a la observación directa de los fenómenos y ha establecido vínculos naturales, es decir funcionales, entre ellos. Esos rebeldes de la ciencia han sido también rebeldes del pensamiento; tenían un funcionamiento viviente, menospreciaban las fronteras, derribaban las barreras en los dominios de la inalterabilidad de las materias químicas, de las relaciones entre energía y masa, las conexiones entre el animal y el hombre, etc. Que uno piense en las realizaciones de la psicología obtenidas mediante la observación directa.

El funcionalismo se sirve pues de la experiencia para la confirmación de sus observaciones y de sus realizaciones mentales. "No reemplaza el pensamiento y la observación por la experimentación". El mecanicista no tiene ninguna confianza en su pensamiento y en sus observaciones, en lo cual tiene perfectamente razón. El funcionalista ha perdido confianza en sus sentidos y en sus razonamientos. Se distingue del místico y del creyente por su conocimiento de la incertidumbre que somete a la verificación por la experiencia. Se distingue del mecanicista por su hábito de no expulsar "nada" del horizonte de sus observaciones, de encarar "todas" las posibilidades, de derribar mediante su percepción de las conexiones las barreras entre las ciencias, de progresar de una manera continua y disciplinada hacia la mayor "simplicidad" del principio funcional.

El científico mecanicista está de tal manera poco seguro de lo que hace, sus operaciones están de tal manera complicadas y cargadas de detalles insignificantes, sin la menor relación con el todo, que considera erróneos e inaceptables todos los resultados que se caracterizan por su "simplicidad". ¡El acumulador de orgón ha sido rechazado por personalidades eminentes bajo el pretexto de que no era más que una simple caja de metal! .

La estructura humana mecanicista soporta mal las incertidumbres, evita tensiones prolongadas debidas a la incertidumbre, se aparta de las funciones fluctuantes e imbricadas de la naturaleza. A lo que se añade su miedo a la vida que analizaremos más adelante, en otro contexto.

Franqueando todas las barreras que el mecanicismo opone a la naturaleza, estableciendo una distinción entre las funciones universales y sus variantes específicas, el funcionalismo restablece la variedad de los hechos a relaciones funcionales, las funciones a procesos energéticos, los diferentes procesos energéticos a una ley funcional de la naturaleza de una validez universal. Poco importa lo que concluya práctica o teóricamente en un lapso de tiempo dado. Lo que importa, es la orientación de la investigación científica. Luego esta orientación (simplificación y unificación o complicación) depende de la estructura del investigador.

El punto de vista mecanicista no cuenta con ninguna ayuda cuando se trata de descubrir el vínculo entre las emociones orgonóticas de un organismo humano y los procesos histológicos de sus órganos. Las convulsiones perceptibles y las sensaciones subjetivas de flujo de energía sugieren la hipótesis de que corresponden a procesos concretos a nivel de la sustancia de los tejidos. El mecanicismo es incapaz de ayudarnos a verificar y a confirmar nuestra conjetura bien fundada. Los procesos que se desarrollan en el interior de los tejidos humanos no pueden ser observados directamente. La autopsia o la coloración de los tejidos no nos informan de ninguna manera sobre los procesos in vivo, puesto que un tejido muerto o agonizante se distingue "esencialmente" de un tejido viviente. Las afirmaciones de la patología mecanicista se apoyan en tejidos "muertos" y para colmo "alterados por el empleo de colorantes"; pasan pues al lado del problema de la vida y se extravían. El mecanicismo atribuye además a las funciones histológicas de los hombres y de los animales inervaciones cuyo "origen no se situaría" en los tejidos mismos, sino en los centros superiores. Si es así, la observación de organismos plasmáticos primitivos no conduce a nada, incluso aunque se les haga accesibles a la observación mediante el microscopio. Una ameba no tiene nervios y no dispone de inervaciones correspondientes a las de los animales superiores tal como los ve la ciencia mecanicista. La patología mecanicista excluye pues de buenas a primeras toda posibilidad de establecer paralelos entre diferentes observaciones.

El funcionalismo por su parte ha franqueado esos prejuicios y limitaciones estrechas de las cuales ellos se acompañan. El funcionalista enlaza mediante una operación puramente mental el tejido animal al tejido protozoico (1) porque toda sustancia viviente debe ser idéntica en sus fundamentos funcionales comunes. En el momento en que uno se ha acercado a la idea de tal identidad, se dispone de un gran número de posibilidades experimentales para responder a la cuestión de saber "si las sensaciones orgonóticas que el psiquiatra orgonterapeuta encuentra tan a menudo en su trabajo clínico tienen un fundamento real, discernible en el tejido animal".

Observemos amebas en movimiento: descubrimos corrientes plasmáticas dirigidas, en caso de excitación placentera, hacia la periferia; en caso de excitación displacentera, hacia el centro del organismo. Dicho de otro modo: la ameba va al encuentro de las excitaciones placenteras y se repliega sobre sí misma si la excitación es displacentera. Y he ahí que disponemos gracias a una observación tan simple como juiciosa y a una teoría apropiada, de un puente sólido uniendo el organismo multicelular a la ameba. Ciertamente la ameba tiene reacciones que nosotros hemos podido predecir basándonos en nuestra observación clínica del comportamiento animal humano. Lo que, para el hombre, es el resultado de una deducción psiquiátrica puede ser observado "directamente" en la ameba, a saber "el movimiento del protoplasma" que tiene una significación emocional. Nuestra teoría nos dice esto: "Lo que sentimos en nosotros subjetivamente y lo que llamamos sensaciones de órgano, son movimientos objetivos del protoplasma. Las sensaciones de órgano y los movimientos plasmáticos son idénticos en el plano funcional". Al mirar las funciones de la expansión de placer y de la contracción de angustia del protoplasma, el hombre y la ameba se identifican funcionalmente.

Dejemos morir a la ameba. Su protoplasma pierde poco a poco su motilidad que, finalmente, desaparece completamente. Es la muerte. Después de la muerte, el protoplasma se descompone en los corpúsculos T que el examen de los tejidos cancerosos pone en evidencia. Los procesos microscópicos de los protozoos nos han puesto sobre la pista de la degeneración de los tejidos en el hombre afectado de cáncer. Mejor, el estudio de la organización de protozoos a partir del tejido de gramíneas descomponiéndose en biones nos suministró la clave de la formación de las células cancerosas en el tejido humano degenerado. Las observaciones al microscopio concuerdan perfectamente con nuestras observaciones clínicas. Un tejido se descompone en biones y más tarde en corpúsculos T si pierde su energía biológica, si se transforma en anorgonótico. A esta observación corresponde la disminución de la actividad vital del organismo canceroso, la pérdida de tejido, el olor insípido o pútrido tan característico, la reducción de la motilidad, la actitud de resignación bacteriana, etc. Todo ello indica una pérdida de orgón progresiva del organismo. Creo que pocos juicios de la medicina clásica pueden apoyarse sobre la convergencia de tantos hechos.

A lo cual se añade la existencia del orgón en la atmósfera. Concentrado en los acumuladores, esta energía es capaz de detener procesos anorgónicos en el organismo e incluso hacerles retroceder. La anorgonia de la sangre del canceroso puede ser curada mediante la orgonoterapia. El organismo se siente fortificado, desarrolla pulsiones más energéticas, aumenta peso, etc.

Constatamos que el encadenamiento funcional de datos recogidos en dominios muy alejados unos de otros gracias a métodos de investigación diversos, pero ordenados en función de un "sólo" principio teórico de base, no es brujería o magia, sino una técnica de razonamiento que se puede aprender. Con ayuda de esta técnica de razonamiento franqueamos abismos que siempre han coartado considerablemente a la biología y a la medicina. Es la motilidad biológica original, es la emoción primaria que, simplemente funden en una UNIDAD la materia viviente de diferentes niveles de organización. Hemos afirmado nuestra independencia fundamental con respecto a las vías nerviosas y a las glándulas específicas, ya que hemos situado el problema allí donde surge, es decir "en los fundamentos mismos de la función viviente". Los hilos de Ariadna de nuestro razonamiento no son sustancias o estructuras, sino "movimientos" y "procesos energéticos". Como las sustancias y estructuras son infinitamente complicadas, mientras que los movimientos primitivos son de una gran simplicidad y perfectamente accesibles a la observación, nos hemos asegurado una posición de partida novedosa y prometedora. Por el momento, es precisamente la simplicidad de nuestra posición clínica y experimental que nos separa de la patología mecanicista de nuestros colegas proclives a las sustancias y a las estructuras. La simplicidad no inspira todavía confianza, aunque no sea calificada de anticientífica como hace algunos años. Me doy cuenta perfectamente de cuanto la comparación entre una ameba y un ser humano debe de parecer extravagante al pensamiento complicado. Pero puedo asegurar que la barrera rígida que la cancerología mecanicista ha erigido entre el protozoo en la infusión de gramíneas y la célula cancerosa nos parece todavía mucho más extravagante.

Los métodos de investigación científica prueban su excelencia no solamente por los hechos que desvelan, sino también por los "nuevos" dominios que abren a la investigación. La separación mecanicista de la célula cancerosa y del protozoo ha conducido a un callejón sin salida. Ha condenado durante decenios a la esterilidad la investigación sobre el cáncer.

Esta esterilidad es imputable a un prejuicio de origen religioso y místico: La unidad de la materia viviente es la célula, y la célula deriva desde toda la eternidad de otras células. Así ha nacido el error de razonamiento que ha hecho de la célula cancerosa una célula del cuerpo degenerada. "Luego, la célula cancerosa no tiene nada en común con la célula sana, salvo el hecho de que se organiza a partir de la materia desintegrada de células no hace mucho sanas".

El descubrimiento de un vínculo funcional entre la célula cancerosa y el protozoo en los tejidos desintegrados de gramíneas ha abierto inmensos horizontes a la investigación cancerológica futura.

Adoptando este punto de vista fundamental en materia de técnica de razonamiento, evitamos la discusión completamente estéril sobre los resultados bioquímicos de la biología clásica. No

tienen mucha importancia para la comprensión del fenómeno de la vida y por tanto de la biopatía cancerosa. El ejemplo siguiente sacado de la mecánica, dominio más accesible al pensamiento mecanicista, ilustrará nuestro propósito:

Un tren se compone de un cierto número de vagones remolcados por una locomotora. Los vagones están hechos de metal, de madera, de vidrio, etc. La locomotora se compone de un chasis y de numerosas calderas, palancas, pistones, etc. Líbrenos de lanzarnos a la descripción de la madera, del metal, del vidrio, de las palancas, de analizar todos sus órganos hasta los menores detalles: incluso proseguidos hasta perderse de vista, esos análisis no nos enseñarían nada sobre la función del tren. Esta función está determinada exclusivamente por el hecho de que el tren en tanto que conjunto organizado puede ponerse en movimiento y transportarme de New York a Boston. Para comprender el ferrocarril debo comprender el "principio de su movimiento". La estructura "material" de la locomotora y de los vagones importa poco, es de una importancia secundaria; puede determinar el confort y la seguridad de los viajeros, pero no tiene relación con el "principio" del viaje.

La biología clásica examina las estructuras de la materia viviente en todas sus variedades y en todos sus detalles. Los resultados que puede obtener pueden ser tan finos como elegantes; pero no revelarán jamás nada de la "naturaleza" de la vida.

No existen solamente problemas biológicos. El descubrimiento del orgón supera de lejos el dominio de lo viviente, por mucho que sea ahí donde fue realizado y donde ha encontrado su aplicación más importante. El descubrimiento del orgón ha sido obtenido esencialmente -hemos insistido ya sobre ese punto- mediante un acto mental complicado, pero perfectamente consecuente. Ha sido confirmado por los descubrimientos que ha permitido realizar y por la evolución de las experiencias que han confirmado el acto mental y puesto en evidencia el hecho orgonótico. La representación de este acto mental accede así al rango de factor esencial de la comprensión de la vida. Por él la vida se apodera de sí misma.

Lo repito: "Por el acto del pensamiento la vida se apodera de sí misma". Esta observación se aplica del mismo modo a las funciones de la naturaleza no viviente y a las de la naturaleza viviente. Cuando se construye una máquina, la vida aprehende las leyes y las funciones de la naturaleza inanimada respecto a las necesidades vivientes. En la ciencia humana la vida se esfuerza en comprender las funciones de la vida. No aprehende por consiguiente más que una sola relación de sí misma. Si la vida en el animal no estuviese acorazada y por ese hecho rebajada al nivel mecanicista y místico, el resultado de esta aprehensión de la naturaleza viviente estaría en perfecto acuerdo con las funciones vitales reales. Se adueñan de las estructuras materiales de la substancia viviente "además" de las leyes dinámicas de lo viviente. Pero a consecuencia de la tragedia social que ha afligido al animal humano bajo la forma de degeneración mecanicista y mística, hace de ello varios milenios, el hombre no ha podido acceder más que a sus funciones mecanicistas, a la estructura de su esqueleto, a sus músculos, sus vasos, sus nervios, a los componentes químicos del organismo, etc. Como la vida moviente hace siglos que en el hombre estaba acorazada e inaccesible, el hombre no ha podido comprender el principio mismo de la vida, el "movimiento", lo que hace esencialmente que una cosa sea moviente, esté viva. Lo que el mecanicismo rígido no ha podido hacer puesto que veía en la vida una máquina particularmente complicada, el misticismo ha tratado de suplirlo: "el movimiento de la vida fue transferido al más allá", teóricamente mediante la alegoría, pero prácticamente por las guerras que se hacían los animales humanos rígidos.

El hombre acorazado piensa, en razón de su rigidez, la mayor parte del tiempo en términos de "materia". Siente el movimiento como trascendente o supraterrrestre. Esta observación debe ser tomada al pie de la letra. Su lenguaje expresa casi siempre el estado de las sensaciones de órgano y nos suministra la clave de la autoexperiencia vivida en el hombre. El movimiento, la corriente plasmática, son efectivamente inaccesibles al animal humano rígido, se encuentran pues para él en el «más allá», es decir más allá de las sensaciones de su yo; o bien los proyecta en lo «supraterrreno», es decir que aspira a un "cielo" eterno después de su existencia material. Lo que el organismo acorazado concibe como el espíritu o el alma es en realidad el inaccesible movimiento de la vida. El hombre acorazado ve y siente el movimiento "como en un espejo". Su

descripción del movimiento de la vida, es generalmente correcta. Correcta como puede ser una imagen reflejada en un espejo. La brutalidad del místico se explica en su mayor parte por el hecho de que siente la vida en el fondo de sí mismo, pero es incapaz de vivirla de una forma "real" o de expandirla. Desarrolla entonces el impulso de conquistar a la viva fuerza la imagen reflejada, de apoderarse mediante la violencia, de hacerla palpable. El ser que se refleja en el espejo es para él una provocación permanente que le empuja hasta la locura furiosa. He ahí, la imagen que vive, ríe, llora, odia, ama..., pero siempre en el espejo, imagen que me es continuamente inaccesible, ese Yo que se desvanece como los frutos hacia los cuales Tántalo extiende la mano. Es esta situación trágica la que ha dado nacimiento a todos los impulsos mortíferos dirigidos contra la vida.

Mecanicismo y misticismo se completan recíprocamente para dar una visión fuertemente disociada de la vida: "aquí" un cuerpo compuesto de elementos químicos, "allí" un espíritu o un alma, extraña, insondable, inaccesible como Dios mismo.

El organismo no acorazado se percibe primariamente como una entidad "en movimiento". Sus sensaciones de órgano le dicen que lo esencial de la vida no es la materia química. Un cadáver se distingue poco -en el plano estrictamente material- de un cuerpo viviente. La composición química del cuerpo después de la muerte, antes de que se haga sentir el efecto de la putrefacción, es sobre poco más o menos la del cuerpo viviente. La diferencia reside en la "ausencia de movimiento". Ello es el porqué el cadáver comunica a la sensación viviente una impresión de extrañeza, de horror. "La vida, es pues el movimiento espontáneo". Comprendemos ahora la tristeza desesperada de todo pensamiento mecanicista y místico. Se tropieza sin descanso con la coraza de su propio organismo sin jamás poder traspasarla.

La vida no acorazada en cambio encontrará en sus propios movimientos la expresión del movimiento de la vida en cuanto tal. Lo esencial para ella es el movimiento; la estructura es importante, pero no esencial. La vida es el movimiento espontáneo. Se deduce que la biología del organismo no acorazado se distingue necesariamente de la del organismo acorazado.

El mecanicismo no adopta el principio de organización. Ignora las propiedades de la energía orgánica y debe buscar recursos, si no quiere acantonarse en la simple descripción, a un principio metafísico. Atribuye a los órganos del cuerpo una jerarquía. El cerebro, el producto más elaborado de la evolución, y el sistema nervioso de la médula espinal realizan el papel de dirección general del organismo. El mecanicista cree en un centro de donde partirían todos los impulsos que **movilizan** a los órganos. Cada músculo tiene su centro particular a nivel del cerebro o del encéfalo, con el cual está unido mediante nervios. El enigma sobre la proveniencia de las órdenes dadas por el cerebro permanece insoluble. Los órganos son los bravos súbditos del cerebro. Los nervios hacen el oficio de hilos telegráficos. La coordinación de los movimientos del organismo permanece inexplicada y misteriosa. Incapaz de explicarla, el hombre acorazado recurre a la escapatoria cómoda de la "finalidad". ¡Los músculos de los hombros y de los brazos del mono coordinan sus movimientos "para" apoderarse de algo! No se ha hablado jamás, en mi conocimiento, de un "centro de coordinación", no se ha pretendido jamás haberlo encontrado. Es que si se le encontrara ello no haría más que desplazar el problema; ya que se trataría entonces de saber "quién" da a ese centro las órdenes de coordinación.

Como el mecanicista no comprende la vida, está obligado a refugiarse en el misticismo. Toda concepción mecanicista del mundo es, por esta misma razón, mística, y "debe" ser mística. El pensamiento mecanicista está calcado de la estructura del patriarcado social, siendo el cerebro el "jefe" que los nervios unen como hilos telegráficos a los órganos, «súbditos» encargados de la ejecución de las órdenes. Siendo el motor del cerebro «Dios», «la razón», «la finalidad». ¡Es la confusión más completa y más desesperante!

Para el funcionalismo no hay «centro superior», ni órganos ejecutivos «inferiores». Las células nerviosas no producen los impulsos sino que los transmiten solamente. El organismo en su conjunto forma "una cooperativa natural de órganos de igual valor, pero de función diferente". Si la democracia natural del trabajo tiene una base biológica, la encontramos prefigurada en la cooperación armoniosa de los órganos. La multiplicidad y la variedad se hallan fundidas en una

unidad. "Es la función misma quien dirige la cooperación". Cada órgano tiene una existencia propia y funciona en su propio dominio mediante sus propias funciones y estimulaciones. La mano coge y la glándula secreta. "Los diferentes órganos son seres vivientes autónomos dotados de sensibilidad y función propias". Es lo que han demostrado abundantemente las experiencias sobre el corazón y los músculos aislados. La sensación no está de ningún modo vinculada a los fascículos nerviosos sensibles. Toda materia plasmática tiene sensaciones con o sin fascículos nerviosos. La ameba no tiene nervios sensibles o motores, pero tiene sensaciones.

La oposición entre esas dos concepciones fundamentales del organismo refleja muy bien la diferencia entre vida no acorazada y vida acorazada. Los organismos no acorazados y los organismos acorazados extraen el uno y el otro sus juicios de sus sensaciones de órgano. La vida no acorazada extiende directamente la mano. El pianista no da órdenes a su mano. La mano, "entidad conectada al organismo" entero, es un órgano "autónomo", excitable y motor. Uno escucha con el organismo entero y no solamente con sus orejas. La rueda no es el automóvil. ¡Uno viaja en automóvil y no sobre una rueda!

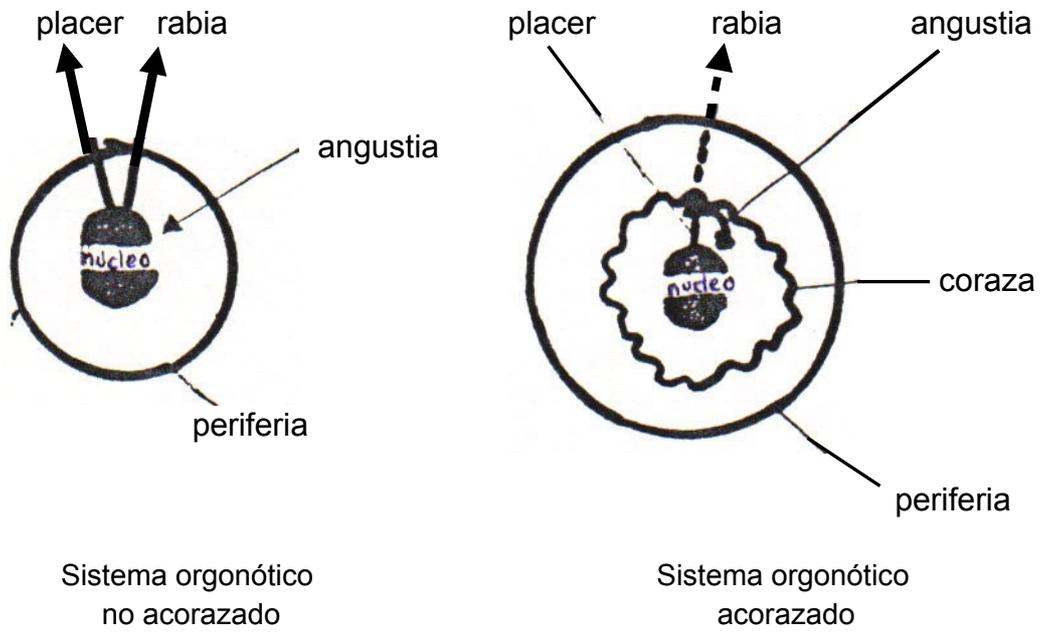
El organismo acorazado siente su propio organismo como compuesto de piezas separadas. Cada una de sus pulsiones debe traspasar la coraza, Es a este hecho a lo que se refiere la impresión de obedecer a un imperativo moral: «tu deberías», «tú debes». Y de esta impresión deriva, de rebote, la idea de que hay en el organismo un «órgano superior» que distribuye las órdenes. Añadid a ello la impresión de pesadez, de inercia, hasta de parálisis de los miembros y del tronco, impresión que justifica la idea de que cada órgano tiene necesidad de una «orden» para sacudirse su inercia. Es la misma lógica que postula un «yo» situado por encima del conjunto, una «razón superior» capaz de «dirigir», de «dar órdenes». De ahí a inferir la concepción estática de la sociedad humana, o viceversa, a inferir de la idea de un Estado absoluto la de un organismo mecanizado, no hay más que un paso.

Es así como se ha formado y como se forma todavía a partir de las sensaciones de órgano del organismo acorazado la concepción de las funciones de lo viviente. La compartimentación de sus órganos y sensaciones tiene como otra consecuencia la de impedir establecer vínculos funcionales o descubrirlos. Es lo que explica también la mitología del cerebro que ha podido dominar durante decenios el primer plano de la escena científica, sin que nadie se haya acordado de que existen desde tiempos inmemoriales millares de organismos desprovistos de cerebro. A la compartimentación de las sensaciones de órgano se añade el terror a las convulsiones totales, a los movimientos involuntarios, a las emociones espontáneas. Este terror hace el papel de zapata de freno. La compartimentación de las sensaciones de órgano impide la unificación funcional de las funciones aisladas; el terror por su parte conlleva como efecto el embargar al hombre acorazado de angustia y de rabia cuando ve a otra persona llenar las lagunas, crear conexiones, comprender o establecer unidades funcionales.

La biología clásica no ha superado la célula, no ha encontrado la pista, sin embargo sencilla, conduciendo a la demostración de su organización a partir de biones, de su descomposición en biones en el momento de su muerte. El ser viviente acorazado está esencialmente caracterizado por el hecho de que no siente, de que no puede sentir el movimiento y la vida, de que no puede por consiguiente comprenderlos. Lo que se llama la rigidez o el conservadurismo de la ciencia tradicional es en realidad una consecuencia de la incapacidad y de la angustia de algunos investigadores eminentes, a los cuales los hombres de ciencia de segunda fila cortan el paso encasillándolos. Conocemos numerosos ejemplos de sus dogmas: «la indestructibilidad de los átomos», «la distinción entre materia y energía», «Omnis cellula ex cellula», etc. Todo ello ha sido objeto de numerosos escritos. Pero es la primera vez que tales dogmas han sido comprendidos y de hecho conmovidos. El desarrollo del pensamiento funcional pondrá término a muchos otros dogmas.

"La diferencia sin duda muy importante entre esos dos tipos reside en el desarrollo de un sadismo destructivo por parte del sistema orgonótico acorazado". Como toda corriente plasmática y toda emoción orgonótica chocan, en su deseo de establecer contactos, con un muro, se asiste al nacimiento de la pulsión irresistible de traspasar por todos los medios ese muro. En el curso de ese proceso, todas las pulsiones vitales se transforman en rabia destructiva. El organismo aspira a romper a cualquier precio la coraza, se siente como encerrado en una prisión.

"Estoy profundamente convencido de que hemos descubierto en la coraza rígida y permanente del animal humano la respuesta al problema del odio destructivo". Así, hemos descubierto el dominio del diablo.



CAPÍTULO V

EL REINO DEL DIABLO (1)

(1) Este capítulo y el siguiente han sido redactados por W. Reich en inglés (N.d.T.)

Toda verdadera religión responde a la experiencia cósmica, «oceánica» del hombre. Toda verdadera religión comporta la experiencia de la unión a una potencia omnipresente, experiencia a la cual se mezcla la de una separación temporal y dolorosa de esta misma potencia. La nostalgia del retorno al origen (retorno al regazo materno, retorno al seno de la tierra de donde el hombre ha salido, retorno a los brazos de Dios), de fundirse una vez más en lo «eterno», impregna todos los deseos humanos. Es la raíz de todas las grandes creaciones intelectuales y artísticas; se encuentra en el centro de la «onda de existencia» del adolescente ¿?(tal vez hay un error de traducción ¿se refiere a crisis existencial?); anima todas las grandes aspiraciones en el ámbito de la organización social. Se diría que el hombre es cuidadoso en captar las razones de su separación con el océano cósmico; conceptos tales como el de «pecado» sacan su origen de este esfuerzo en vistas a explicar la separación. Si el hombre no está unido a Dios, debe de haber alguna razón. Y debe de haber una vía que conduzca hacia él, que permita regresar a la casa del padre. De este combate entre el origen cósmico y la existencia individual del hombre es de donde ha nacido, de alguna manera, la idea del «diablo». Poco importa que se le llame así, o que se le dé los nombres de «infierno», «infierno» o «hades».

El género humano no sabía nada del «éter» en el sentido físico del término. Concebía el éter como «Dios», «prana», «entelequia», etc. Las ideas de un «porvenir mejor», de un «paraíso» tenían por centro la idea de la «unión a Dios». Pero Dios, que representaba para el espíritu humano el proceso de la vida, no podía ser abordado y permanecía por siempre jamás inaccesible. En tanto que ínfima parte del océano de orgón cósmico, el animal humano no podía esperar alcanzar al creador que lo envuelve todo. Pero podía esperar la salvación por la resurrección del Mesías que iba a redimirle de sus pecados y reunirlo de nuevo con el océano de orgón cósmico («nirvana», «retorno a Dios»). Uno está en el derecho de preguntarse porqué el hombre no ha comenzado por sentirse unido a Dios. ¿Por qué se sentía pecador? ¿Por qué necesitaba recurrir a la redención, como en el cristianismo, o al castigo severo del cual el judaísmo nos proveyó un ejemplo?

¿Qué clase de realidad está subyacente a la idea del «diablo» y de otras fantasmagorías del espíritu humano?

La mayor parte de las filosofías religiosas y de los estudios científicos sobre las religiones no han sabido explicar el «diablo» porque se atenían al interior del marco de pensamiento tradicional en lugar de trascenderle. Nunca han descrito o explorado el carácter humano desde el punto de vista de su entorno cósmico, pero contrariamente han explicado el dominio cósmico a partir de la naturaleza humana. Según esta visión había una entidad tal como el diablo, o algún otro ser maléfico asumiendo el papel de antagonista de Dios. Dios representaba el "bien", el "diablo", el "mal". Dios era inaccesible, incognoscible, se sustraía a la comprensión del espíritu humano; pero el alma humana había caído bajo el imperio del diablo. Dios y el diablo eran dos polos totalmente opuestos. El uno y el otro deben su existencia a graves errores. En realidad, ambos derivan de la estructura caracterial del hombre. Ambos han impedido al hombre comprender su verdadera naturaleza y realizarse a sí mismo.

Citemos entre las simples funciones de la vida que han quedado inaccesibles al hombre: las relaciones naturales de trabajo entre los hombres. De hecho, son ellas quienes han fundado la existencia humana, pero el hombre no lo sabe. Cosa más grave: no comprendiéndolas, tuvo un reflejo de extrañeza cuando se habló de ello. Lo que, al contrario, no tenía ningún fundamento en la existencia humana, el político, el paladín, el rey, el representante de Dios contra el diablo, etc., ocupaba el espíritu humano a través de las épocas.

El trabajador asumía una pesada responsabilidad cuando construía puentes, conducía trenes,

educaba niños. Llevaba esta responsabilidad realmente en cada movimiento de su cuerpo, pero lo ignoraba. Creía que él no era nada y que era solamente su patrón, o el juez, o el jefe de la Policía quienes llevaban una responsabilidad social.

El trabajador veía, a través de la épocas, funcionar y crecer la naturaleza en sus niños. Veía nacer a sus niños como pequeños animales dotados de órganos genitales y de deseos naturales. Pero no comprendía y castigaba a los niños por ser animales. Es verdad que Dios ha creado todo, comprendidos los órganos genitales. Pero eran de alguna forma una invención del diablo. Tocarlos era un gran pecado. Durante millares de años, una organización de un poder espantoso predicaba que sentir placer durante la unión genital era pecado. Y los humanos le creían, no sentían su propio cuerpo, no concedían confianza a sus propios sentidos, se desviaban de sus propios orígenes y perdían la clave de su fecundidad.

El trabajador tenía en sus manos todo el poder para ser verdaderamente libre, pero no lo sabía y se remitía a sus dueños. Habría podido impedir todas las guerras que la humanidad ha conocido en el curso de su historia, pero no lo sabía. Su vida real estaba ahí, sus ideas sobre la vida en otra parte. Se menospreciaba todo lo que aseguraba la supervivencia de la vida: el trabajo manual, el amor entre adolescentes, los juegos sexuales de los niños, la alegría de vivir. Se respetaba y se honraba a todo aquel que no pensaba más que en matar la vida: el emperador, el jesuita, el asesino profesional de los pueblos. Después de haber accedido a cierta madurez, el hombre votaba para elegir a un secretario, pero la cuestión de la guerra no era jamás puesta a votación. El hombre estaba lleno de curiosidad y de miseria sexuales; sus reuniones mundanas, sus kioscos de revistas, sus fantasías desbordaban sexualidad. Pero había desterrado de sus universidades el estudio de las convulsiones orgásticas del plasma y el estudio de la vida.

¿Cuál es la significación de todo ello? ¿Cuál es el sentido de este sinsentido? Debe haber un sentido en cada tipo de comportamiento irracional. Uno no podría mejorar la condición humana reprochando a éste o aquél esto o aquello. «Pasing the buck» (hacer recaer la responsabilidad sobre los demás), como se dice en el argot americano, no arregla nada. No estoy de acuerdo con mis amigos que critican muy justamente el statu quo social, pero que renuncian a remontarse hasta la causa última, la estructura humana acorazada, biológicamente desmembrada, que está en la base de esta situación. A riesgo de verme reprochar mi "parcialidad" o mi "fanatismo agresivo", oso afirmar "que la mayor parte de las teorías filosóficas sobre la miseria del hombre dejan de lado lo esencial". Afirmo por otra parte que todo ser humano que vive hoy o vivirá mañana sabe y sabrá muy bien de dónde viene toda la miseria. Pero así como el colono americano se imagina que no es nada mientras que el primer exvicepresidente venido repleto de ideas místicas

FALTA UN FOLIO

base de este conjunto de ideas basculando alrededor del concepto de sobrenatural. Ahí aún tenemos entre manos un encadenamiento tan trágico como lógico. La vida no está ya al alcance del hombre, es «trascendente». Se convierte en el centro de esa nostalgia religiosa de un salvador, de un redentor, de un «más allá». Así como las sensaciones de órgano escapan a la comprensión del hombre, asimismo su capacidad intelectual de aprehender el dominio viviente se ha bloqueado. Por otra parte, como el dominio bloqueado de la vida se manifiesta bajo forma de angustia en el momento en que la autopercepción intenta atravesar la barrera rígida, la nostalgia del «más allá» se asegura la colaboración de dos aliados: la "brutalidad" nacida del esfuerzo continuo de vencer la rigidez del organismo, la "angustia profunda", que es experimentada como el miedo al fin en el momento en que el hombre es puesto en presencia del «paraíso perdido». Es pues perfectamente lógico que el «homo normalis» acorazado esté caracterizado por una mezcla de misticismo, de brutalidad y de miedo a las funciones naturales de la vida, especialmente a la función del orgasmo. Las ideas de «absoluto», de «eternidad», de pecado son igualmente un producto de la personalidad disociada, como ya hemos indicado más arriba. Lo «absoluto» refleja la rigidez; la idea del «más allá» la inaccesibilidad del núcleo biológico; la brutalidad es la expresión de la tentativa repetida de traspasar la coraza; el miedo anclado en las profundidades de la vida nos enseña que el hombre acorazado no es ya capaz de funcionar según las normas autorreguladoras del carácter genital,

Podemos proseguir el anclaje social de esta escisión a través de toda la historia escrita de la humanidad, a través de sus religiones, de sus concepciones morales, su vacilación permanente entre la ley y el crimen, entre la autoridad absoluta y la irresponsabilidad de la muchedumbre de los trabajadores.

Aquellos que se dan cuenta de que nuestra civilización (y cualquier otra civilización respondiendo a los mismos criterios) salida de esta estructura del hombre y de su sociedad está en tren de desintegrarse, estarán sin duda de acuerdo con nosotros para afirmar que ninguna ideología fundada sobre la culpabilidad o la moral pondrá jamás término al antagonismo trágico que domina la condición humana. Es imposible romper ese círculo vicioso imponiendo el principio de culpabilidad o de moral. Si alguien intenta mejorar la moral, la perversidad y la brutalidad aumentarán. Si contrariamente, alguien quiere abolir la moral por la violencia, el resultado será una moral más universal y más escrupulosa, como por ejemplo la que hizo estragos en la Rusia imperialista del siglo XX.

Para romper el círculo vicioso en el cual el hombre se ha embrollado él mismo, necesita:

1) "Comprender y reconocer lo racional y útil -tanto como lo inútil- en lo irracional, en el marco tradicional (y solamente ahí) de la vida y del pensamiento". Sin tal esfuerzo de comprensión, toda tentativa de mejorar la condición humana es arrojada al traste y conllevará a crear condiciones de vida peores que las que se proponía mejorar.

2) Detener el lanzar nuevos programas y el crear nuevas "plataformas" políticas. El hombre ha emprendido la huida ante sí mismo en el momento en que ha tomado conciencia de su miseria profunda, desde que aspira a la libertad; es por lo que ha lanzado un programa detrás de otro y todos han fracasado lamentablemente. Ello no es culpa de los programas sino de la huida del hombre ante su puesta en marcha. Todos los grandes movimientos religiosos y sociales eran de partida racionales. Pero todos han degenerado tarde o temprano, habiendo dado nacimiento el proceso de degeneración a una mayor o menor crueldad. Cada movimiento siempre ha reprochado a algún ser la causa de la miseria del mundo. Los Cristianos abrumaron a los Judíos, los Judíos a los Cristianos. Los burgueses denunciaron la casta feudal, la casta feudal al populacho. El proletariado la tomó con los burgueses, el burgués con el proletario. Ya es hora de poner fin a las recriminaciones, de buscar el denominador común de tantas masacres cometidas en nombre de un pensamiento confuso, de retroceder al origen de múltiples y excelentes iniciativas fundadas sobre ideas, en programas o ideologías políticas que no están tan alejadas unas de otras como quieren hacernos creer aquellos que estiman que todas son censurables salvo las suyas.

"El denominador común de todos esos avatares lamentables es el hombre que se ha apartado de su propia naturaleza". Todo lo que --- está condenado a la fatalidad en tanto que no se ataque a su propia estructura biofísica. No se trata ya de política, se trata de desembarazar al animal humano de su coraza, se trata de la educación de nuestros recién nacidos.

Al comienzo de los años veinte, las investigaciones incompletas de la economía sexual han mostrado de una manera irrefutable las funciones naturales que, en el joven, rigen y conservan la autorregulación: "en el centro se encuentra la función biosexual fundada en el expansionamiento genital". La autogestión en el dominio de los procesos sociales depende entera y fundamentalmente de la autorregulación natural en cada recién nacido. Muchos emprenden continuamente la huida ante este hecho simple, claro y decisivo, para refugiarse en las construcciones artificiales de la psicología experimental, en la «adaptación cultural» del psicoanálisis, en la mentira de las «clases» en lo que se refiere a los movimientos sociales de masas.

Alexander Neill, durante decenas de años, ha realizado un trabajo destacable demostrando la exactitud de mi afirmación de que el desarrollo natural, autorregulador de los niños "es posible". Bronislaw Malinowski igualmente ha corroborado mis declaraciones gracias a sus estudios sobre la sociedad trobriandesa. La función de autorregulación no supone en adelante más problemas. Se trata ahora -y en el futuro- en primer lugar de asegurar el desarrollo natural de los niños, de ponerlos al abrigo de la opinión pública alimentada en las fuentes de este animal acorazado, rígido, sin vida, ansioso, desesperado como es el "Homo normalis".

Es evidente que el hombre debe dejar de huir ante sí mismo, ante sus programas, sus plataformas, sus intenciones, sus capacidades. Las gentes hablan demasiado, escriben demasiado, discuten demasiado sobre bagatelas para expresar su vida interior, para eludir la única cuestión verdaderamente importante, "la razón de su huida, la razón de su deserción".

3) "Si queréis abandonar el marco mental de lo «absoluto», de los valores eternos, de la antítesis Dios-diablo, bien-mal, intelecto-emoción, si queréis dar la espalda a todo esto, tomad una bocanada de aire fresco; reemprended todo comenzando por el principio. Para llevar a buen término este penoso proceso de reorientación, es necesario actuar como un cirujano confirmado, como un buen psiquiatra, liberarse de la confusión irracional y del caos del mundo del "Homo normalis". En el momento en que se ha puesto el pie fuera del marco del pensamiento tradicional, todo se simplifica: la opresión se revela ser una enfermedad, lo que parecía en buen estado de salud se revela patológico, como la idea de la continencia preconyugal, la inocencia sexual de los niños, o la pesadilla de la miseria de los niños.

Situarse fuera del decorado social y moral tradicional no quiere decir complacerse en la anarquía o en el aislamiento puramente negativo. Más bien al contrario, se trata de mirar los acontecimientos, las ideologías, los programas de partido, las «plataformas» políticas desde la perspectiva de la vida no armada. Desde esta perspectiva el senador que se dedica a una sesión de canto antes de asistir a un mitin para mostrar su popularidad y su espíritu democrático parece perfectamente ridículo. La misma observación se aplica al místico que descubre Rusia no en 1918, cuando estaba empeñada en una lucha a muerte por una nueva existencia, sino en 1948, después de que un dictador cruel y corrompido -llamémosle Ivan el Horrible- hubo reducido doscientos millones de rusos a la miseria más absoluta. Se trata de algo muy diferente, de proteger nuestros esfuerzos, de dar una vida nueva a nuestros recién nacidos contra la estupidez de todas las clases de "candidatos" irresponsables, que prometen a los trabajadores el paraíso sobre la tierra sin cargarles la responsabilidad de su propio destino, una responsabilidad que son perfectamente capaces de asumir; contra la estupidez de los muchedumbres que aclaman a tales personajes. Se trata de saber cómo superar los límites del pensamiento actual y tomar posición en un lugar a partir del cual se abarque con la mirada completamente el terreno en vistas a descubrir los medios de adaptar los principios de la vida a la concepción del Estado de un político nocivo, criminal, bueno en nada. Se trata de proteger contra esta gran empresa, contra las viejas jóvenes frustradas, contra los perturbados y neuróticos ocupando altos cargos, contra los fascistas rojos, contra los funcionarios que, por su propia autoridad, ponen su nariz en lo que no les importa y de lo cual ignoran completamente, interrumpiendo así durante meses de angustia un trabajo de interés vital para millones de personas. Se trata de saber por qué procedimiento se puede hacer retomar conciencia de su valor a los miembros de la población laboriosa y liberarlos de las actuaciones ruinosas, malévolas, asqueantes de un mundo donde campean por sus fueros la política, los negocios deshonestos, la educación neurótica, una medicina de abandono y de cobardía. Cómo ayudarles a aprender a gobernarse ellos mismos sin caer en las garras de nuevos dictadores, de nuevos horribles policías, de nuevos perturbados o de nuevas ideologías. ¡He ahí los verdaderos problemas habiendo muchos otros! Así, no se trata de saber lo que se podría o lo que se debería hacer. La respuesta es relativamente fácil. El verdadero problema es saber por dónde comenzar.

Entre los obstáculos que nos encontraremos sobre nuestro camino está el cirujano que, por el mayor de los azares, se ha convertido en el director de una clínica psiquiátrica y que aplica la terapia de shock (¡Shockadle! dice cuando un esquizofrénico sexualmente frustrado ataca a una enfermera, en vez de buscar los móviles profundos de tal agresión); el fascista religioso que se engrasa del sentimiento de culpabilidad de sus semejantes y abusa para explotarlos aún más cruelmente, que ignora todo de la vida, del amor, de los niños, del trabajo, de la buena ejecución de una tarea; el inspector del Estado neurótico y escurridizo que se pretende el servidor de los trabajadores en periodo de elecciones; el eminente especialista que, en toda su vida, jamás ha tocado un problema caliente como el del entre los adolescentes, pero que emite sobre esas cuestiones declaraciones tan perentorias como desastrosas. "Pero el último obstáculo contra el cual chocaremos es el miedo" de las personas interesadas, de las madres, de los padres, de los educadores, de los médicos, de los jardineros de niños ante la vida, el amor, la simplicidad de las funciones naturales" Veremos y constataremos cuan fácil es establecer nuevos programas y cuan

difícil es ocuparse del caso particular de una adolescente que queda encinta por el hecho de la negligencia criminal de algún Servicio pedagógico.

La gestión que consiste en encontrar el camino arduo de la respuesta simple, a salir de las rutinas, a mantenerse fuera del contexto recibido, o no dejarse apagar por las conspiraciones de educadores, de médicos, de trabajadores sociales, de padres, de adolescentes y de NIÑOS, será la revolución mis grandiosa y más radical para nuestra vida y la vida de nuestros hijos y de los hijos de nuestros hijos. Esto es la revolución y no la idiotez de un Ivan el Horrible jugando con vidas humanas en un «corredor» por encima de una gran ciudad. Vivimos en un tiempo en el cual vemos tales monstruosidades, tales estupideces, sin ser capaces de desterrarlas fuera del planeta, en algún «Décimo Reich» de su creación...

Somos incapaces de expulsarlas... está ahí el problema social más doloroso y más grave. El mundo del animal humano está lleno de problemas prácticos urgentes que esperan ser resueltos, esperanzas justificadas que pueden ser satisfechas y que serán un día satisfechas, aspiraciones susceptibles de transformar el mundo en el cual vivimos en un grado que no podemos incluso imaginar. Pero los supuestos gobiernos y organismos pedagógicos se enredan en formalidades mezquinas. El hombre no está ya a punto de realizar lo que desea tan ardientemente, Dios, el bien, la paz, la cooperación, la fraternidad internacional, la felicidad, son objetos inaccesibles. El diablo gobierna el mundo. ¿La biopsiquiatría puede aportar la respuesta? Estoy convencido de ello. Pero una vez más, el diablo se afanará en impedir toda realización. Respuestas juiciosas han sido dadas por muchos hombres a través de milenios. ¡Sus respuestas no están en entredicho, sino el diablo! La respuesta es clara y simple, no espera más que ser puesta en práctica. El problema, son los obstáculos que uno acumula en el camino, el diablo y su reino, la inercia del animal acorazado, la imposibilidad actual de traspasar la coraza y permitir así al hombre pensar y actuar según las reglas de la racionalidad.

¿Qué queremos nosotros decir cuando oponemos el «diablo» a «Dios»? Cuando digo «diablo», hablo exactamente de lo que los Cristianos o los místicos describen como el «mal». El nudo del problema es la angustia profundamente anclada en el organismo, a la cual se le ha dado el nombre de «miedo al orgasmo» y que impide al hombre realizarse y realizar sus aspiraciones, sabemos que es la coraza del animal humano quien le ha descarriado del camino de la vida biosocial racional. Pero todo ello no explica porqué el hombre no se ha dado cuenta desde hace mucho tiempo y porqué entra en una cólera azulada cuando se denuncia su coraza. ¿En qué consiste el obstáculo que le obstruye el acceso a una vida racional? ¿qué es lo que hace el desmantelamiento de la coraza tan difícil y tan peligroso?

Ello no podría ser la coraza como tal. Las personas comprenden en general muy bien cuando se les habla de su «rigidez caracterial», de su «coraza muscular». Comprenden y aprecian este lenguaje mucho mejor que todas las otras teorías psiquiátricas. Si mi trabajo ha sobrevivido a numerosas catástrofes y amenazas de destrucción, ello es debido esencialmente a la simpatía y a la comprensión de los humanos acorazados. En consecuencia no es la coraza, quien en primer lugar se opone a nuestros esfuerzos. ¿Qué es pues?

Busquemos la respuesta en nuestro gabinete médico. Examinemos nuestras experiencias más esclarecedoras, las más impresionantes que hayamos podido realizar sobre el hombre acorazado. Y procuremos encontrar la respuesta a esta cuestión de un interés capital.

Cuando analizamos a nuestros enfermos, estudiantes, colegas, a toda clase de personas en su entorno habitual, cuando reflexionamos sobre sus reacciones más ordinarias y más típicas, respondiendo perfectamente al comportamiento desastroso de la mayor parte de los hombres, nada nos sorprende tanto como el "terror" que se apodera del individuo acorazado cuando entra en contacto con su núcleo biológico, con lo que nosotros llamamos las "corrientes plasmáticas". La biofísica del orgón llama a esta reacción el «miedo al orgasmo». Sería minimizar los hechos el afirmar que el miedo al orgasmo no es más que un miedo como otros, que no es más que una de las innumerables reacciones específicas, contrarias a la vida que la biopsiquiatría moderna ha **recogido** tantas veces durante los veinticinco últimos años. El miedo al orgasmo es mucho más que esto, se distingue muy claramente de una simple fobia o de una crisis de angustia neurótica. El miedo al orgasmo es a una simple reacción de angustia neurótica lo que una inundación

cubriendo millones de hectáreas anegadas de tierra de labranza y ahogando a miles de personas es a la ruptura de una cañería de agua de la casa.

Una simple fobia apunta a un sólo objeto o a una sola situación, por ejemplo a un cuchillo o a un cuarto oscuro. El miedo al orgasmo es una experiencia biológica global contra la cual no hay ningún refugio. Una simple fobia puede trastornar a ciertas gentes o limitar las actividades de una persona enferma. El miedo al orgasmo se acompaña de una pérdida total de la personalidad y de la orientación en la vida. El suicidio es raro en las simples crisis de angustia si la parte principal de la coraza queda intacta. El miedo al orgasmo, en cambio, comporta siempre el peligro de un hundimiento total pudiendo desembocar en una situación tan penosa que el suicidio parece la única salida. Más de un suicidio es debido al hundimiento súbito y agobiante de la coraza protectora. Si el enfermo se encuentra en manos de un orgonterapeuta hábil y muy experimentado, perfectamente al corriente de los síntomas y de las fases del proceso, y que procede con prudencia y por etapas, el peligro queda reducido al mínimo: la situación no tiene nada de dramática. Pero cuando una persona cuya coraza se hunde brusca y totalmente es abandonada a sí misma, el suicidio, la muerte, el agotamiento psicótico son las consecuencias más frecuentes. Es la brusca pérdida de control de las energías profundas del biosistema lo que constituye el peligro. Pero es también -y puede ser sobretodo- la incapacidad en que se encuentra el organismo de acomodarse a la plenitud bioenergética natural lo que hace la situación de este género tan crítica. El individuo que desde su más tierna infancia ha sido habituado a las emociones intensas, que ignora las fuertes pulsiones secundarias, no está amenazado por la aparición de emociones profundas. Pero el individuo que, habiendo soportado la coraza durante toda su vida, jamás ha sentido fuertes emociones, o que no dispone más que de la válvula de la descarga de energía neurótica sintomática, se siente completamente desorientado y desesperado cuando debe de repente hacer frente a toda la potencia de su bioenergía. A lo cual se añade el hecho de que el individuo en buen estado de salud que descarga regularmente su bioenergía en el abrazo genital no acumula jamás una cantidad de energía, que añadida al impacto de las emociones refluidas, podría amenazar con el hundimiento de la coraza. (165 – 166)

Resumamos: el peligro resulta de la incapacidad del biosistema acorazado de hacer frente a una bioenergía potente, de la cantidad de energía acumulada por estasis durante toda la vida, de la naturaleza muy particular de las funciones biofísicas profundas que se distinguen esencialmente la vida superficial de los individuos acorazados. Así, la coraza asume una función extremadamente importante, incluso si es de orden patológico. Asegura en efecto una protección contra una situación que, aunque natural a los ojos del humano no acorazado, provoca en el individuo continuamente acorazado nada menos que una desorientación completa. Lo que llamamos el «vértigo de la libertad» es la consecuencia de la incapacidad del organismo acorazado de funcionar de una manera natural. Observamos el «vértigo de la libertad» en los niños tanto como en los adultos bruscamente transplantados de un entorno enteramente condicionado por la coraza, a un entorno basado en los principios naturales de la autorregulación. Si hoy o mañana, como consecuencia de la brusca supresión de la organización autoritaria del Estado, los hombres fuesen libres de hacer lo que les pareciese a su antojo, el resultado no sería la libertad sino el caos. Años de confusión correrán antes de que el género humano aprenda a vivir de acuerdo con los principios de la autorregulación natural.

Esta organización biopática y arraigada en la profundidad aparece, a los ojos del observador atento del comportamiento humano, como la principal razón del fracaso de todas las tentativas emprendidas hasta aquí en vistas a asegurar al hombre la libertad. Hay que decir que es ignorada por el político, quien, sin el menor escrúpulo, promete a los hombres la libertad y el cielo sobre la tierra, pero que es el primero en desertar si lo que él promete llega. El educador medio, que tenga ideas progresistas o tradicionales, no sabe nada de ello. Esta es también la razón por la cual los métodos de educación puestos en marcha por Alexander Neill no pueden ser utilizados por otros pedagogos y quedan confinados a islotes autogestionarios como «Summerhill». Sólo una persona cualificada puede realizar cosas válidas, sólo una persona incapaz hace cosas insensatas. Únicamente los humanos cuya estructura es apta para la libertad pueden vivir libremente, según el principio de autorregulación. Si transplantáis un niño educado por humanos acorazados a una atmósfera de libertad, constatareis inmediatamente que "la autogestión social requiere estructuras caracteriales autorreguladoras", (167)

Pongo el acento sobre estos hechos no porque soy un adversario de la libertad, sino porque soy, al contrario, un defensor feroz. Si construyo una casa sobre cierto terreno, debo examinar la naturaleza de ese terreno ¿El subsuelo está constituido por roca o por arcilla? Si sé que no hay más que arcilla, tengo la posibilidad de drenar el suelo y rellenarlo de piedras. Pero si soy inconsciente hasta el punto de desconocer los cimientos de mi casa, voy al encuentro de un jaque seguro. En el dominio de la educación, la situación es particularmente peligrosa, ya que el educador autoritario sacará de este de razonamiento buenas razones para aplicar como en el pasado sus métodos de exigencia y vejación. El diría que mi método basado sobre la libertad no conduce a nada y yo estaría en la imposibilidad de probarle lo contrario. No hacemos avanzar nuestra causa si cerramos los ojos sobre la **¿empresa?(¿cuestión?)** -en anchura y en profundidad- de la peste emocional, que ha dominado nuestra vida social durante milenios. Nuestras simpatías van al liberalismo y a los liberales. Pero deploramos su repugnancia a mirar de frente el problema de la degeneración humana. La opinión pública está dividida entre aquellos que afirman que el hombre es «esencialmente bueno» y aquellos que lo consideran como «malo de cabo a rabo». Creo que nuestro conocimiento bien asentado de la estructura humana está bastante cerca de la realidad para que nosotros podamos vislumbrar un cambio a más y mejor. Nosotros no hemos repudiado toda esperanza como el hombre autoritario, ignorante de las funciones autorreguladoras profundas, y no cedemos fácilmente al desaliento cuando constatamos la incapacidad casi tan profunda del hombre para vivir su libertad.

Pero retomemos el hilo de nuestro razonamiento:

No es la coraza en tanto que tal quien impide al animal humano alcanzar sus objetivos de libertad, de felicidad, de prosperidad; el animal humano habría aprendido hace mucho tiempo a desembarazarse de la coraza si fuese la única causa de su sufrimiento. No, los grandes obstáculos que se acumulan sobre su camino son su desorientación completa, la amenaza del hundimiento de todo su ser, ser social tanto como individual, su terror ante la perspectiva de un género de vida completamente diferente, la capa de crueldad y de odio que se extiende entre él y su aspiración a la paz y a la bondad. La religión y el misticismo no cometían sinrazón proclamando el reino del diablo; cometían sinrazón al no mirar más lejos, al no tomar conciencia del hecho de que el Dios eterno, incognoscible, inaccesible, es una realidad que ha sido pervertida en diablo. Nadie jamás ha superado el infierno de Dante, símbolo del reino del diablo. Pero esta gran obra de arte se ha confinado en los límites estrechos de algunos milenios en lugar de trascender al hombre para descubrir sus raíces en la inmensidad de sus orígenes naturales. Cometeríamos sinrazón al sorprendernos de este gran error. El reino del diablo es tan horrible, la profundidad de la estructura humana tan cargada de pulsiones esencialmente antisociales y criminales, que todos aquellos que la han explorado siempre han pensado que constituye la capa última, la capa más profunda de la vida humana.

Es la orgonomía quien ha conseguido trascender el dominio del diablo, no por la virtud de alguna inspiración particular o de un sentido sobrenatural, sino a continuación de una exploración fiel y concienzuda de la función del orgasmo, en efecto, esta función hunde sus raíces en las leyes orgonómicas y cósmicas, y rige no solamente todo el dominio viviente, mucho más allá de los hombres, sino que representa además lo que el hombre verdaderamente religioso llama su «Dios inaccesible». La orgonomía ha sabido traspasar el diablo porque ha superado los obstáculos aterradorantes que se acumulan sobre el camino de todo hombre deseoso de trascender el dominio del diablo, es decir el dominio de las pulsiones secundarias inconscientes. En el momento en que uno ha tocado el fondo de la función orgonómica natural, representada en el biosistema por la convulsión orgástica, en el momento en que uno ha establecido la neta distinción entre las profundas funciones biofísicas y las distorsiones de la vida por la coraza, el diablo pierde la mayor parte de sus aspectos más pavorosos. Lo vemos «por la parte de abajo», lo vemos «por el otro lado» y no ya «desde las nubes», es decir desde la perspectiva de los intereses del Estado o de la Iglesia. Se podría decir, para emplear el lenguaje del Cristiano auténtico y sin caer en el misticismo, que el «diablo» ha sido cazado por «Dios» o «Jesús».

Escojo a sabiendas ese lenguaje para convencer al lector de la profundidad de las verdades contenidas en ciertas enseñanzas religiosas, incluso si han sido desnaturalizadas por el animal humano acorazado.

El diablo representaba el «mal» absoluto tal como ha sido concretizado en la creación bien conocida del infierno por el pensamiento cristiano, tal como ha sido tan poderosamente personificado en el Mefistófeles de Goethe. El hombre ha sentido la tentación del mal. Se impone la cuestión de saber porqué nunca ha sido igualmente tentado por Dios. Si el diablo simboliza la naturaleza pervertida y Dios la naturaleza primaria, auténtica, ¿porqué el hombre se siente de tal suerte más atraído por el diablo que por Dios? ¿A qué bien podía servir el esfuerzo eternamente frustrante apuntando a librar al hombre del pecado (es decir de la tentación del diablo) puesto que la belleza, la armonía, la potencia vivificante de Dios eran postuladas de una manera tan evidente y tan convincente?

He aquí una vez más la respuesta: "el diablo es tan atrayente y tan fácil de seguir porque representa las pulsiones secundarias caracterizadas por su accesibilidad. Dios es fastidioso y distante porque representa el núcleo de la vida hecha inaccesible por la coraza". Es por lo que Dios es el gran fin inaccesible, mientras que el diablo es una realidad omnipresente y devorante. Para que Dios llegue a ser una realidad viviente, la coraza deberá ser abolida. La identidad entre Dios y la vida original, entre el diablo y la vida deformada, firme y prácticamente establecida. Desgraciadamente, hay identidad entre Dios y el proceso vital que no se manifiesta en ninguna parte tan claramente como en la descarga orgástica. De momento, como esta aproximación a Dios estaba bloqueada, el diablo reinaba a su aire. ¡Y cómo reinaba! ¡Qué trágico e inmenso, este error del hombre, esta búsqueda interminable de un Dios inaccesible, búsqueda condenada a terminarse en el reino del diablo!

«Dios», símbolo de las fuerzas naturales de la vida, de la bioenergía en el hombre, el «diablo» símbolo de la perversión y de la distorsión de esas fuerzas vivas: he ahí las realizaciones últimas del análisis caracterial aplicado a la naturaleza del hombre. Por esta conclusión, me parece haber llevado a bien la tarea que me he asignado redactando esta obra. A partir de aquí, la palabra la tiene la física del orgón. En adelante es el problema del éter quien requiere nuestra vigilante atención; problema fundamental de toda teoría física y de toda filosofía naturalista. No siendo menos verdad que la "estructura caracterial" del hombre, observador de la naturaleza, y su núcleo biofísico, la "función del orgasmo", nos servirán de postes indicadores en el reino de la naturaleza no viviente. Esto es lo que es necesario no perder jamás de vista.

CAPÍTULO VI

LA ENERGÍA ORGÓN CÓSMICA Y EL «ÉTER»

No tenemos la intención de probar la existencia de un éter difundido en todos los lugares, ni por otra parte la identidad de este éter y la energía orgón cósmica. Nuestro propósito es simplemente poner en evidencia la existencia de una energía que penetra en todas las cosas y cuya presencia puede ser demostrada y observada. Esta energía universal llena ciertas lagunas en nuestra comprensión del universo, lagunas a las cuales generaciones de físicos y filósofos han tratado en vano de remediar recurriendo al concepto de un «éter» omnipresente, substrato original de las funciones fundamentales de la naturaleza.

Las funciones del orgón cósmico han sido estudiadas durante un breve lapso de tiempo solamente, apenas una decena de años. Pero todas las observaciones hechas en el transcurso de este periodo han conducido a las conclusiones siguientes:

NO EXISTE LO QUE SE PODRÍA LLAMAR UN «ESPACIO VACÍO». NO EXISTE EL "VACUUM". EL ESPACIO ESTA DOTADO DE DETERMINADAS PROPIEDADES FÍSICAS. ESTAS PROPIEDADES PUEDEN SER OBSERVADAS Y DEMOSTRADAS. ALGUNAS PUEDEN SER REPRODUCIDAS Y CONTROLADAS MEDIANTE EXPERIENCIAS. ES UNA ENERGÍA BIEN DEFINIDA QUE ES RESPONSABLE DE LAS PROPIEDADES FÍSICAS DEL ESPACIO. ESTA ENERGIA HA RECIBIDO EL NOMBRE DE ENERGÍA ORGON CÓSMICA.

Enumeremos en principio las conclusiones que se derivan del hecho de que no hay espacio vacío; después daremos la lista de los fenómenos que nos han llevado a la conclusión de la energía cósmica original, que hasta aquí se había presentado bajo la forma del «éter» postulado, ha terminado por ser descubierta de una manera concreta, directamente accesible a la observación y a la experimentación.

1) Todas las teorías físicas que reposan sobre la hipótesis de un «espacio vacío» se derrumbarían si se pudiera demostrar (y solamente en ese caso) que las estructuras matemáticas abstractas concretas del espacio no concuerdan con los nuevos hechos observados.

2) Las propiedades que caracterizan al espacio deben ser de esencia estrictamente física y accesibles a la observación y a la reproducción en condiciones de vacío.

3) La hipótesis teórica de un «éter» ha conservado toda su validez. Los fenómenos que tienen lugar en el «vacío» deben estar de acuerdo con las propiedades atribuidas al éter en vistas a explicar las funciones de las acciones de los campos en el espacio tales como la gravitación, la luz, la atracción a distancia, la transmisión del calor del sol a la tierra, etc.

4) Se trata de comprender bien el resultado negativo de la experiencia de Michelson-Morley puesta en marcha para probar la existencia del éter.

Las premisas que han conducido a las experiencias de Michelson-Morley reposan sobre hipótesis erróneas. La física del orgón parte de observaciones completamente nuevas y de hipótesis teóricas nuevas. Encarado desde una perspectiva esencialmente orgonómica, el razonamiento mismo debe ser comprendido como una función de la naturaleza en general. En consecuencia, los resultados de un simple razonamiento no tienen más que una importancia secundaria con respecto a las funciones observables de la naturaleza. En calidad de funcionalistas, nos interesamos en primer lugar en las funciones observables de la naturaleza; es a partir de ahí como llegamos a las funciones del razonamiento humano por medio de las funciones emocionales (bioenergéticas) en el hombre que observa. Mientras la naturaleza observable no constituya el punto de partida del razonamiento humano, mientras, por otra parte, el razonamiento no derive él mismo de una manera lógica y consecuente de funciones naturales observables en el interior del observador, todos los resultados de razonamientos puros no confirmados por lo observación se prestan a la puesta en cuestión metodológica y factual. Esto es

lo que pone en evidencia la conclusión que se ha querido extraer del resultado negativo de la experiencia de Michelson. Con todo, dejando el cuidado de aportar un juicio crítico sobre esta experiencia a los físicos perfectamente al corriente de las condiciones en las cuales ha sido realizada, las notas siguientes me parecen apropiadas puesto que derivan de observaciones realizadas en el dominio de la física del orgón.

a) Una de las hipótesis sobre la cual se basa la experiencia de Michelson es la de un éter en reposo; en consecuencia la tierra se desplazaría a través de un éter "inmóvil". Así pues, la observación del orgón atmosférico prueba que esta hipótesis es incorrecta. Si el éter representa un concepto entrante en la categoría de la energía orgón cósmica, "no es inmóvil sino que se desplaza con mucha mayor rapidez que la tierra". La posición del globo terrestre con respecto al océano de orgón cósmico circundante no es la de una pelota de goma sobre un agua estancada, sino la de una pelota de caucho balanceándose sobre olas encrespadas. Así se encuentra invalidada la primera hipótesis sobre la cual se basa la experiencia de Michelson.

b) Las observaciones orgonómicas nos obligan necesariamente a distinguir, en la función de la «luz», entre «luminiscencia» y «excitación» que se desplaza en el espacio a la "velocidad de la luz". La luz no se desplaza en absoluto sino que resulta de un efecto de "luminiscencia del orgón". Así se encuentra invalidada la segunda premisa de la experiencia de Michelson, a condición de aceptar -y no se puede hacer de otro modo- las observaciones orgonómicas irrefutables realizadas en la naturaleza. Hago aquí alusión al fenómeno de la luminiscencia orgonómica en el vacío, a la «luz difusa», a la aurora boreal, a la corona solar, al anillo luminoso de Saturno, etc. Si la luz es debida a "la luminiscencia orgonómica local" y no se desplaza de ningún modo en el espacio, se comprende muy bien que Michelson no haya podido constatar ninguna diferencia de fase en los «rayos de luz» «enviados» en el sentido de la «corriente» del éter y perpendicularmente a esa corriente.

5) Las funciones físicas en el vacío no deben contradecir las funciones cósmicas que constituyen la base del movimiento de los planetas. Más bien al contrario, deben desembocar, llegado el momento, en la integración de la función de la energía cósmica original a los movimientos de los cuerpos celestes.

6) Si las generaciones de físicos y astrónomos nunca han podido demostrar la existencia del éter en tanto que conjunto de "funciones estrictamente físicas", esta deficiencia debe tener razones concretas. Esas razones se sitúan en el funcionamiento del "observador" y en los métodos de razonamiento humano.

Vamos a dar un resumen de las principales funciones que han sido objeto de observaciones y demostraciones en lo que he llamado la «energía orgón cósmica» desde su descubrimiento en la materia «biónica» en 1936 y en la atmósfera en 1940.

1) FORMA DE EXISTENCIA

Ciertas funciones de la energía orgón pueden ser demostradas en todas partes donde el hombre es capaz de observar la naturaleza directamente o con la ayuda de instrumentos apropiados que reaccionen a las funciones energéticas, tales como el termómetro, el electroscopio, el contador Geiger, el microscopio, el cuarto negro forrado de chapa, e incluso los organismos vivos, ya sean protozoos, ratones cancerosos, personas anémicas, proteus,

LA ENERGÍA ORGON PUEDE SER DEMOSTRADA EN TODAS PARTES, PUESTO QUE TODAS PARTES ESTA PRESENTE. TAMBIEN PENETRA TODAS LAS MATERIAS, AUNQUE A DISTINTA VELOCIDAD.

Hasta aquí no se ha encontrado ningún dispositivo permitiendo separar netamente un dominio de funcionamiento de la energía orgón desprovisto de masa del dominio vecino, como se separan dos líneas eléctricas. Es por lo que debemos considerar el organismo viviente como una parte organizada del océano de orgón cósmico, parte dotada de propiedades particulares que llamamos «vida»; no comprendemos este organismo de una manera bioenergética si nos aferramos al concepto mecánico de «potencial energético». Ese potencial mecánico, ya sea en movimiento térmico, eléctrico o mecánico, fluye siempre del sistema superior hacia el sistema inferior, del

sistema más fuerte hacia el sistema más débil, y jamás en sentido contrario. Por otra parte, el organismo viviente no sería solamente incapaz de conservar un nivel de energía más elevado que su entorno, perdería en muy poco tiempo su calor, su motilidad, su energía en beneficio de su entorno a nivel energético más bajo. Y quedaría sin respuesta la cuestión de saber cómo tal organismo ha podido constituirse en su origen. No podemos pues eludir el hecho de que hay en la naturaleza otra función energética, que hemos llamado POTENCIAL ORGONÓMICO INVERTIDO: "la energía orgón fluye del sistema más débil hacia el sistema más fuerte, del sistema inferior al sistema superior". Este fenómeno no solamente está de acuerdo con las funciones fundamentales de los organismos vivientes, sino que puede ser directamente observado en la naturaleza inanimada, por ejemplo en la función de gravitación o en el «crecimiento» de las nubes en el cielo.

El potencial orgonómico no está en contradicción con el antiguo potencial mecánico. Explica incluso cómo es posible que un nivel de energía más elevado pueda existir. Es verdad que aceptando esta función, se voltean a muerte las campanas del segundo principio de la termodinámica, de la formulación absoluta del principio de entropía. Sabemos que muchos físicos se acomodan mal a este principio. Nosotros estábamos por otra parte obligados a renunciar a un gran número de creencias absolutas, ya se tratase de la conservación de la materia o de la inalterabilidad de los elementos químicos.

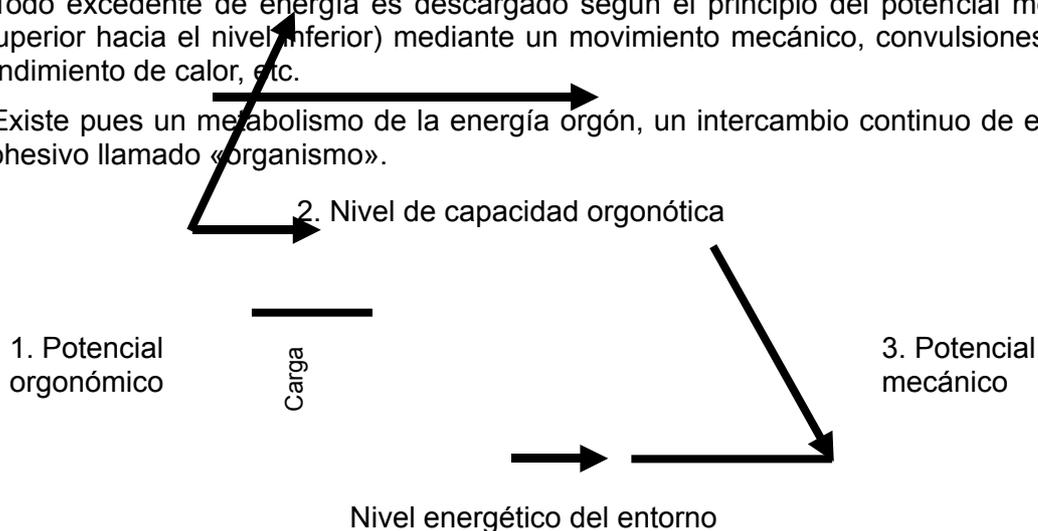
La concepción orgonómica de las funciones energéticas en el organismo viviente, tal como deriva de observaciones y deducciones, puede definirse de la manera siguiente:

1) El organismo viviente en tanto que sistema energético de alto nivel de energía extrae su energía de sistemas con nivel de energía más bajo: es el POTENCIAL ORGONÓMICO. Este principio se aplica no solamente al organismo en su conjunto, sino también al núcleo de toda célula viviente, núcleo que extrae su energía del protoplasma circundante de nivel energético más bajo.

2) Cada tipo o género de organismo tiene su nivel energético específico; tiene una capacidad orgonómica específica. Si fuese de otro modo, el organismo viviente no cesaría de acumular energía; estallaría o crecería indefinidamente.

3) Todo excedente de energía es descargado según el principio del potencial mecánico (del nivel superior hacia el nivel inferior) mediante un movimiento mecánico, convulsiones orgásticas, desprendimiento de calor, etc.

4) Existe pues un metabolismo de la energía orgón, un intercambio continuo de energía en el todo cohesivo llamado «organismo».



Esquema del METABOLISMO DE LA ENERGÍA ORGON
en los cuerpos vivos.

Resumamos sus funciones principales: la conservación de un cierto «nivel de capacidad» mediante la "absorción" de energía proveniente del océano de orgón circundante o de las materias nutritivas, y mediante la "descarga" de energía en el océano de energía circundante. Cuanto más bajo es el nivel de capacidad tanto más baja es la capacidad de absorción, como en la atrofia biopática. El organismo moribundo pierde poco a poco su capacidad de absorción y su capacidad

de mantenerse a un nivel de funcionamiento. El nivel de capacidad disminuye hasta nivelarse con el del océano de orgón circundante. La descomposición después de la muerte está marcada por un proceso opuesto al del crecimiento inicial. Los tejidos de la materia pierden su cohesión a continuación de la pérdida de su energía orgón; para terminar, se desintegran en biones, después en bacterias saprofitas (proteus, etc).

La característica principal de la energía orgón se revela ser el movimiento y por lo tanto metabolismo. Se observa en ciertos casos, por ejemplo en los casos de anorgonía grave, una interrupción del movimiento de la energía orgón. Tal interrupción desemboca inevitablemente en una disminución del nivel de capacidad, en la desintegración final de la unidad orgonómica llamada «organismo», lo que se traduce por su muerte. Me atrevo a decir que la desintegración debida a la detención del metabolismo del orgón se produce también en las construcciones de madera que han quedado deshabitadas durante un largo lapso de tiempo. Si pudiéramos descubrir las causas que conducen a una disminución del nivel de capacidad de los sistemas orgonómicos después de un cierto periodo de funcionamiento (vejez), habríamos dado un paso importante hacia la solución práctica del problema de la longevidad.

LA ENERGIA ORGON ESTA REPARTIDA «POR TODAS PARTES» y forma un continuum ininterrumpido. La «densidad» o la «concentración» de ese continuum puede variar de un lugar otro. Nos servimos todavía de la terminología mecánica tomada prestada al lenguaje de la física, aunque la energía orgón no sea de naturaleza material. Valdría más intentar reemplazar esos términos por otros más aptos para describir las funciones de la energía orgón. El orgón llena el espacio por completo, e incluso el espacio ocupado por los objetos sólidos. Atraviesa un muro de hormigón igual como atraviesa una placa de acero. La diferencia reside en la velocidad de penetración: el cemento absorbe y descarga el orgón muy lentamente; el acero atrae la energía orgón fuerte y rápidamente, pero la refleja también instantáneamente, puesto que el metal parece incapaz de retenerla. Este hecho no está quizás sin relación con la función de flujo rápido de la energía por hilos de metal.

2) EL MOVIMIENTO

Las funciones físicas que la física del orgón ha resumido mediante el término de «energía orgón» están siempre y en todo lugar "en movimiento", o por decirlo de otro modo: "móviles". Hasta aquí, ha sido imposible descubrir las condiciones en las cuales un sistema podría ser calificado de "inmóvil" o de "inmutable" con respecto a otro. Una roca que, en el sentido físico representa una cierta variedad material de la energía orgón cósmica, puede ser descrita como «en reposo» con respecto a otra roca encontrándose en la proximidad; pero la energía orgón, cuya presencia en la roca puede ser físicamente probada, no está jamás «en reposo» con respecto al mismo sistema de referencia.

¿Es que el principio fundamental de la conservación de la energía puede ser puesto en concordancia con la existencia de un potencial orgonómico? ¡Muy probablemente!. La hipótesis siguiente puede ser considerada como una primera tentativa en ese sentido: en el mismo instante en que algunas unidades de orgón se forman por concentración en el océano de orgón, otras terminan su existencia aislada mediante una disipación de la energía en el océano de orgón. Así, la energía perdida por la descarga o la «muerte» de un cierto número de unidades de orgón es recuperada y reconcentrada en otras unidades. La "degradación del universo" en el establecimiento de funciones fortuitas sería así contrarrestada mediante el nacimiento de potenciales energéticos elevados debidos a la concentración invertida («creación»). El potencial orgonómico (invertido) dejaría inútil la entropía.

La energía orgón es, por su naturaleza misma, una energía dinámica, sometida al metabolismo. Es verdad que se podría decir otro tanto de todas las formas de energía, puesto que la energía es una función del movimiento y viceversa. Pero la física clásica habla de una «energía potencial», por ejemplo de la energía del agua contenida en un recipiente elevado. Nada de ese género puede ser encontrado en la energía orgón; ella no es jamás un estado que se pudiera llamar «estático» o «inmóvil», salvo en su forma de materia sólida. Es precisamente el carácter dinámico de la energía orgón que se encuentra en la base del "funcionalismo" de todos los

fenómenos orgonómicos conocidos: ello se aplica incluso a las manifestaciones mecánicas tales como las ondas sinusoidales o la caída libre. Así, el movimiento, la dinámica, el funcionalismo, la variabilidad, son propiedades específicas, es decir indisociables de la energía orgón cósmica.

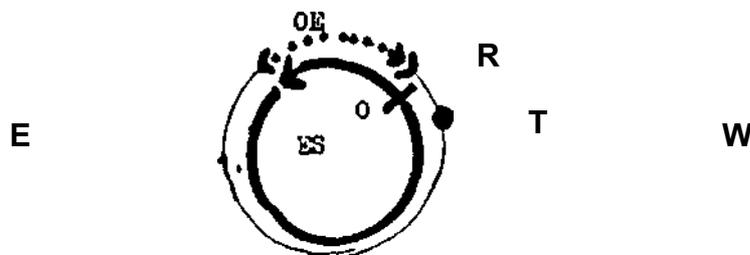
Teniendo en cuenta esta motilidad, se puede discernir, por la observación y la experimentación, un gran número de movimientos diferentes:

a) "Movimientos ondulatorios"

Se distinguen muy claramente los movimientos rítmicos y ondulatorios por encima de la superficie de los lagos de montaña y también en el cielo. Esos movimientos no son uniformes sino que varían continuamente. No hay dos puntos de la superficie del agua que estén animados del mismo movimiento al mismo tiempo. Por otra parte, el movimiento ondulatorio ofrece ritmos diferentes

FALTAN DOS FOLIOS

se observa exclusivamente antes de las tormentas o de las lluvias torrenciales que ocurren al "oeste" del observador. El dibujo de arriba ilustra la inversión del sentido del movimiento de la envoltura de energía orgón.



E = Este

OE = Envoltura de orgón

O = Observador

ES = Globo terrestre

W = Oeste

R = Retorno a E → W

T = Nubes de tormenta

« » = Inversión de la envoltura de orgón

Esa inversión puede ser explicada sin la menor contradicción por la atracción que el orgón altamente concentrado ejerce en las nubes "en el oeste" (si los nimbo-cúmulos aparecen en el este, ninguna inversión del movimiento tendrá lugar puesto que la atracción actuará en el sentido del movimiento general de la envoltura de orgón) en «R» sobre la energía orgón circulando libremente. No es fácil determinar si el viento intenso de oeste a este que a aparece a menudo después del descargamiento del cielo, es decir después del restablecimiento de la orientación oeste-este del movimiento de orgón, es una consecuencia del relleno de la abertura (.....) que se forma en «R» a continuación de la inversión del movimiento.

3) LA VISIBILIDAD EN LA OSCURIDAD

(LUMINISCENCIA ESPONTÁNEA)

Una habitación de al menos seis pies cuadrados completamente oscurecida y chapada en el interior de placas metálicas permite observar los efectos de la energía orgón en la oscuridad. Después de quince a treinta minutos de acostumbramiento, la habitación aparece AZUL-GRIS y no negra. Se distinguen perfectamente formaciones nebulosas; cuanto más se permanece en la cabina metálica, tanto más los fenómenos luminosos se manifiestan. Después de algún tiempo, surgen puntos fuertemente luminosos de un azul tirando a violeta. Más tarde, cuando el organismo del observador habrá excitado el orgón de la pieza a un grado suficiente, las formaciones

nebulosas marcarán una clara tendencia a la «concentración»; el cuarto es recorrido por destellos luminosos ("Strichstrahlen") blanco-amarillentos comparables a destellos crepitando en todos los sentidos. Podemos amplificar esos rayos blanquecinos observándolos con ayuda de una lupa contra una placa de plástico opaca (4x-6x). El lector encontrará una descripción más detallada de los fenómenos que tienen lugar en la cabina negra en el capítulo IV de mi obra "El descubrimiento del orgón", Vol. II, "Biopatía del Cáncer".

4) CAMBIO DE FORMA

En 1939, cuando observé por primera vez la luminiscencia orgonótica en una cabina negra, creí que la energía orgón se presentaba bajo tres formas distintas: se percibían alternativamente formaciones nebulosas azul-gris, puntos de luz de azul-violeta oscuro, rayos blanquecinos fulgurantes. Después las investigaciones han probado que no se trataba de tres tipos de energía orgón distintas, sino de tres formas de la misma energía manifestándose en condiciones diferentes. La energía orgón pasa de la forma nebulosa a la forma radiante cuando es excitada o irritada. La excitación puede ser estimulada:

a) por sustancias metálicas; el metal ni retiene ni absorbe la energía orgón, pero la refleja vivamente; constituye pues un «obstáculo» si uno se empeña en aplicar también un término «mecanicista» al dominio de las funciones del orgón, es decir a las funciones del éter.

b) por organismos vivientes permaneciendo en una cabina negra forrada interiormente de chapas. Con toda evidencia, la energía orgón de los órganos excita la energía orgón atmosférica y viceversa.

e) mediante la acción de un campo electromagnético discontinuo; un sistema de bobinas de inducción acelera la transformación de la formación nebulosa en formación radiante, produciéndose el efecto ya al cabo de veinte minutos, en lugar de las 1 ó 2 horas habituales.

Cada tipo de condicionamiento y de forma es móvil, dinámica, de velocidad variable, jamás estático-mecánico.

5) LUMINISCENCIA

La visibilidad de la energía orgón en la cabina negra es aparentemente debida a la función de «luminiscencia». La energía orgón «emite» o «transmite» luz; en otros términos, funciona de tal manera que nuestra vista percibe una impresión luminosa; tiene efectos de «luminiscencia». Esta luminiscencia orgonótica, en cualquier condición que ocurra, es en la mayor parte de los casos de un tinte AZUL-GRIS, AZUL-VERDOSO o AZUL-VIOLETA. Es por ello que la luminiscencia del orgón se distingue de otras luminiscencias, especialmente de la de los gases; La luminiscencia del neon es roja, la del argón blanca, la del helio verde. La luminiscencia orgonótica en el "vacío" es de un azul-violeta característico e impresiona de azul una película de color.

La luminiscencia es particularmente fuerte cuando hay un contacto de excitación entre dos campos de orgón o entre un campo de orgón y un campo electromagnético.

La luminiscencia orgonótica es «fría», no desprende ningún calor, como por ejemplo el paso de una corriente eléctrica por un hilo de débil sección o una combustión química. Los fenómenos atmosféricos tales como los destellos difusos, las auroras boreales ondulantes, los fuegos de San Telmo azulados, lo mismo que el débil fulgor de las luciérnagas, la luminiscencia azulada del bosque descompuesta en biones, son otros ejemplos de la función de luminiscencia fría de la energía orgón.

Al microscopio, se observa la luminiscencia orgonótica en las células vivientes y en las materias «biónicas» con ayuda de una luz fuertemente refractada. Los biones terrosos o de los glóbulos rojos fuertemente cargados se caracterizan por un aura de luminiscencia alrededor de la membrana. Cuando las células se debilitan y pierden su carga de orgón, el aura o el campo energético desaparece.

6) PRODUCCION DE CALOR

Mientras que la luminiscencia orgonótica es «fría», otras funciones de la energía orgón se acompañan de una producción más o menos marcada de calor. El nivel de temperatura de la atmósfera terrestre es siempre mucho más elevado que la temperatura mucho más baja del espacio sideral. En el acumulador de orgón se nota una diferencia de temperatura constante (To-T) entre el aire inmediatamente por encima del acumulador y el aire ambiente. Esta diferencia de temperatura varía un promedio de 0,3° a 1,5° C en un cuarto cerrado; al aire libre, alcanza a menudo valores elevados, entre 15° a 20° C al sol. Esta diferencia de temperatura es aparentemente debida al calor producido por la reflexión o el frenado de la energía cinética del movimiento de la energía orgón por las paredes metálicas. La supresión de las paredes metálicas interiores reduce la diferencia a 0° o a casi 0° C.

De acuerdo con la teoría de la física del orgón generalmente admitida, la diferencia de temperatura constante To-T es un efecto de la concentración de la energía orgón en el sistema orgonótico, ya se trate de un organismo viviente, de un planeta o de un acumulador de orgón. Es una ilustración del potencial orgonómico fluyendo del nivel más bajo hacia el nivel más elevado y contradice la validez general e ilimitada del segundo principio de la termodinámica. Junto al proceso de disipación de energía bajo forma de calor, hay un proceso inverso de concentración de energía.

7) LA ELECTRICIDAD ESTÁTICA

La electricidad estática es una función específica de la energía orgón atmosférica. La teoría de la electricidad afirma paradójicamente que la atmósfera está a la vez "exenta" de cargas eléctricas y "llena" de cargas «estáticas», siendo aquí estático sinónimo de «eléctrico». Los destellos difusos y los relámpagos de tormenta no han podido jamás ser explicados. La orgonomía pone en evidencia las cargas atmosféricas mediante las descargas espontáneas del electroscopio, llenando así una laguna llamada "natural" de la física clásica. Esta descarga es más rápida cuando la atmósfera orgonómica está menos concentrada, es más lenta en presencia de una fuerte concentración orgonómica. Es más lenta a mediodía que al alba o al anochecer; ese hecho está en contradicción con la teoría de la ionización (cf. "El descubrimiento del Orgón", Vol. II, "Biopatía del Cáncer").

8) LA CONCENTRACION DE LA ENERGÍA ORGÓN

Una concentración de energía orgón doble o triple es necesaria en la atmósfera para obtener ciertos efectos o realizar ciertas experiencias orgonómicas.

Ciertas experiencias, como por ejemplo la carga de un vacío, no son posibles a la concentración atmosférica natural. La concentración es obtenida por la presencia, en el inmueble donde la experiencia debe ser realizada, de una «sala de orgón» o de varios acumuladores de orgón. El acumulador de orgón es capaz de concentrar la energía orgón atmosférica gracias a la disposición especial de sus capas. Está constituido de dos o varias capas (pueden haber hasta veinte) hechas de materias no metálicas en el exterior, de chapa o de lana de acero en el interior. Esta disposición tiene por consecuencia que el flujo de orgón atmosférico que se dirige hacia el interior sea más importante que el que fluye hacia el exterior. Así se establece en el interior del acumulador un potencial orgonómico más elevado que en el exterior, potencial que está conservado de forma permanente: la presencia del «potencial orgonómico» puede ser demostrada por la descarga más lenta del electroscopio en el interior del acumulador y la diferencia de temperatura constante "por encima" de la placa metálica "superior" (To-T).

La energía orgón concentrada tiene numerosos efectos saludables sobre los organismos vivientes, que he tratado de describir en mi libro "Biopatía del Cáncer".

9) POTENCIA Y SENSIBILIDAD ORGONOMICAS DEL OBSERVADOR

A diferencia de los organismos con buen estado de salud, los organismos humanos afectados de débil potencia orgonótica o de una espesa coraza no perciben fácilmente las manifestaciones de la energía orgón. Los enfermos sufriendo de atrofia biopática cancerosa no sienten el orgón del acumulador, a menos de frecuentarlo durante días e incluso semanas, dicho de otro modo: de recargarse. Por otra parte, los observadores con una débil potencia orgonótica sufren también de débil percepción orgonótica. Tales sujetos de experiencia serán por ejemplo incapaces de provocar la luminiscencia de un tubo de gas. No percibirán más que difícilmente los fenómenos luminosos en la obscuridad y estarán en la incertidumbre sobre sus sensaciones de calor y de picazón que los organismos adecuadamente cargados registran tan fácilmente.

La estructura biofísica del observador es pues de una importancia capital para el estudio orgonómico. Los individuos fuertemente acorazados desarrollan angustia en la cabina negra en el momento en que divisan fenómenos de luminiscencia. A veces, son presa del pánico. Tenderán a minimizar la importancia de sus observaciones con explicaciones puramente verbales: «Es una impresión subjetiva», o: es "simplemente sugestión", etc.

La importancia de la estructura del observador se explica por el hecho de que es la energía orgón en los órganos de los sentidos del sujeto de experiencia la que reacciona a los fenómenos orgón exteriores. La inclusión de la estructura del observador en la apreciación de un fenómeno natural es un paso importante, si no decisivo, hacia la integración de "lo subjetivo" y de "lo objetivo", de "lo psíquico" y "lo físico". Es en primer lugar la ignorancia del funcionamiento biofísico y de la psicología de las profundidades lo que ha conducido a los hombres de ciencia de tendencia mecanicista al callejón sin salida en que se encuentra hoy la física teórica. Se aferran a un concepto de conciencia que no tiene, por así decir, ningún fundamento en el organismo, que no está arraigada en los procesos biofísicos. No se dan cuenta de los grandes progresos realizados durante la primera mitad del siglo XX en vistas a correlacionar las funciones de percepción a las funciones de las emociones, y de correlacionar estas últimas a los procesos bioenergéticos, es decir "físicos" en el verdadero sentido del término, que se desarrollan en el organismo que observa y razona. El estudio científico de la naturaleza es una actividad que reposa completamente sobre la interacción entre el observador y la naturaleza, o, para emplear una fórmula un poco diferente, entre las funciones orgonóticas en el "interior" y las mismas funciones orgonóticas es el "exterior" del observador. "Así, la estructura del carácter y los órganos de los sentidos son en el observador los instrumentos mayores, si no decisivos, para la investigación científica. No podría haber la menor duda de que la estructura fisiológica del cirujano no juegue un papel decisivo en la operación que emprende, o que el sentido del equilibrio y del desplazamiento rápido del aviador no contribuya enormemente al ejercicio perfecto de su oficio. Pero en el dominio de la investigación científica ese principio ha sido desconocido y malinterpretado. Mucho me temo que no sean las funciones emocionales, y en el dominio emocional más especialmente las funciones "biosexuales", quienes han impedido al sabio rellenar la zanja entre la naturaleza que explora (biopsíquica) y la naturaleza que es explorada (biofísica).

De la misma manera, la investigación orgonómica en el dominio de la naturaleza no viviente encuentra su mejor orientación si se atiene a lo que ella ha aprendido en el dominio de la naturaleza viviente sobre la intensidad de las sensaciones de órgano, sobre la convulsión orgástica, sobre los fenómenos **endópticos**, sobre las reacciones de campo biofísico bajo la epidermis del organismo. El funcionamiento orgonótico no inhibido del organismo del observador y del experimentador, es pues una condición esencial en materia de investigación orgonómica científica. Es una lástima que el pensador cuidadoso de los problemas de la física clásica no pueda llegar a la comprensión de las funciones bioenergéticas del observador y que se haya consagrado en cuerpo y alma a los conceptos de la psicología fenomenológica de hace cincuenta años, para la cual la «conciencia», y la «razón» flotan todavía libremente, sin raíces, sin relaciones, sin que se pueda comprenderlas, en el espacio vacío.

Quisiera citar la lista de las funciones atribuidas al éter por muchos investigadores que han tratado de describir el substrato universal de todos los fenómenos físicos conocidos. Es

sorprendente constatar que la mayor parte de esas funciones, que no han sido jamás observadas directamente, coinciden con un gran número de funciones de la energía orgón cósmica que ha sido directamente observada y reproducida mediante la experiencia. El problema biopsiquiátrico que provoca nuestra sorpresa es el siguiente:

Los observadores de la naturaleza han descrito correctamente la energía cósmica original en tanto que fuese cuestión de sus funciones. A pesar de eso han sido incapaces de establecer un contacto con esas funciones si ello no era mediante deducciones; no tenían ningún acceso a la observación y a la experimentación directa. Es evidente que este hecho no es imputable al éter sino al observador. Se trata pues de un problema de biopsiquiatría que se correlaciona sobretodo con la biofísica de la percepción, con la interpretación de impresiones sensoriales y sensaciones de órgano. Como muy bien ha mostrado toda la evolución de la orgonomía, no existe más que un sólo camino para llegar al estudio físico del éter: este camino es la corriente orgonótica en el hombre, o para emplear otra fórmula: el «flujo del éter» en la estructura membranosa del hombre. Durante mucho tiempo, la humanidad ha llamado a esta fuerza original «Dios». Empezamos a comprender porqué la mayor parte de los grandes físicos que se han dedicado a los problemas cósmicos y más especialmente sobre el éter han, como Newton, reflexionado intensamente sobre el problema de Dios.

RESUMEN DE LAS FUNCIONES

"Postuladas para el éter"

- 1) existe en todas partes
- 2) llena todo el espacio
- 3) atraviesa todas las materias
- 4) es la fuente de toda energía
- 5) se transforma en materia o en masa
- 6) es la causa de la cohesión de los átomos
- 7) transmite la luz
- 8) es transparente

"Observadas en la energía orgón cósmica"

- Existe en todas partes; los acumuladores de orgón funcionan en todos los lugares
- Llena todo el espacio; la presencia de la energía orgón puede ser demostrada en el vacío
- Atraviesa todas las materias
- Se presenta bajo formas variadas, como calor, electricidad estática, relámpagos y destellos difusos, electricidad, magnetismo, gravitación
- La superposición de dos o de varias ondas de energía orgón ("Kreiselwelle") da lugar a la formación de una partícula de masa
- Asegura la cohesión de los biones, unidad de la materia. La fuerza de cohesión es liberada y puede ser demostrada cuando un cuerpo sólido se desintegra en biones - vesículas de energía orgón
- Transmite las "excitaciones orgonóticas" a la velocidad de la luz; la «luz» es una manifestación de la luminiscencia orgonótica y presenta un carácter "local"
- Es transparente; puede hacerse visible como «refracción de la luz», como «ondas de calor», como «mala visibilidad»

9) no hay calor en el éter

La mayor parte de las funciones orgonóticas son «frías»: luminiscencia, circulación por un hilo, atracción. Su reflexión por un metal produce sin embargo calor; una concentración altamente móvil en el interior de la materia, de un planeta, de un organismo, se acompaña igualmente de un desprendimiento de calor.

10) no hay pérdida de energía

No hay pérdida de energía, pero se observa un «metabolismo energético»:

- a) flujo hacia el nivel superior.
- b) mantenimiento del nivel superior, «capacidad»
- c) descarga hacia el nivel inferior

11) está en reposo, estacionario; la tierra se desplaza en el éter como una pelota girando en un agua estancada

Está continuamente animada de un movimiento ondulatorio o pulsatorio; la envoltura de orgón se desplaza "más rápidamente" en el océano de orgón galáctico que el globo terrestre; se puede comparar este movimiento al de una pelota girando en la superficie del agua más lentamente que las olas

12) no puede ser demostrada; la mala interpretación de la experiencia de Michelson era debida a la hipótesis de un éter inmóvil, y a la idea de que la luz se desplaza a través del espacio

Puede ser puesta en evidencia en todas partes mediante la percepción, el desprendimiento de calor, el electroscopio, el contador geiger; es la causa de fenómenos naturales que no han podido ser explicados hasta la fecha: la laguna natural, la mala visión, la acción de campo en el espacio vacío, la electricidad estática, «los rayos cósmicos», el azul del cielo, del océano, de las montañas lejanas, el polvo cósmico ionizado en las auroras boreales, etc.

Traducción de los 6 capítulos: Josep Fernando Alemany